



EUGENIO NOËL

LA PROVIDENCIA
AL QUITO

COLECCIÓN POPULAR DE
BIBLIOTECA HISPANICA

61507

LA PROVIDENCIA
AL QUITÉ

Es propiedad,
Queda hecho el depó-
sito que marca la Ley.

EUGENIO NOEL

LA PROVIDENCIA
AL QUITE

VIDAS PINTORESCAS DE FENÓMENOS,
TOREROS ENFERMOS, DIESTROS
Y SINIESTROS DEL EMBRUTECIMIENTO
NACIONAL



BIBLIOTECA HISPANIA

CID, 4. — MADRID



EX-
LIBRIS

EVGE-
NIO-
NOEL

VIDA DE UN FENÓMENO



I

4.^a Pulso y fortaleza en el brazo derecho y mano nada fina, pues de lo contrario puede sucederle lo que a Aroca y el Castellano, que rara era la función en las últimas que salieron en que no se lastimaban la mano echando no poca sangre por su blando cutis...

Proyecto de Escuela de Tauromaquia encargada de Real orden (1830) al conde de la Estrella.

En aquella casa, y entre dos balcones, a la altura de un sexto piso, había un azulejo donde el simple curioso de larga vista podía leer que hasta allí, aquel mismo año, llegaron las aguas del río durante la inundación.

En tal piso, casa y año ocurrió al anoche-
cer de cierto día un hecho insólito. La due-
ña, la muy por todos conceptos respetable
señora doña Venancia del Albaicín, que es-

taba en el noveno mes de su embarazo, tuvo un espanto.

Figurósele que de una estampa clavada en la pared descendía el mismísimo Martincho, un torerazo del tiempo de Goya que, con fuertes grillos en los pies y el castoreño a guisa de muleta, echaba a rodar un toro de una estocada hasta los dátiles.

Martincho se acercó a nuestra heroína con grandes reverencias de vientre, y habló así:

—Vengo, mujer, desde el báratro, donde reinan las sombras eternas, a traerte una noticia...

Al llegar aquí, buscó una silla con los ojos y, encontrándola, tomó asiento, entre el natural asombro de la incauta señora.

Martincho continuó solemnemente:

... He sido delegado por Las Parcas, que tejen la filástica de nuestra existencia, para avisarte que parirás muy pronto un hijo, al cual quieren los benéficos Hados que pongas por nombre Peporro el *Delicias*.

El espíritu de Martincho esperó el efecto que producían sus palabras de epifanía en el alma de cántaro de la simple mujer. Ésta, en un rincón, le oía, estremeciéndose, y abriendo los ojos de cuarta a cuarta y media, Martincho prosiguió:

—No te asustes, prenda. Si vengo del otro mundo, no es por mi voluntad, sino por man-

dato providencial. Ya sabes, o debes saber, que España es hija predilecta del que todo lo puede. Andaba yo por los campos de asfodelos del otro mundo, cuando vi acercárseme el espíritu del Omnipotente que, sin mostrarse me dijo: —Ve a casa de Venancia y anúnciala que parirá un fenómeno. España necesita un hombre, y no quiero que mi hija predilecta esté sin ese hombre—. Luego, mujer, pensándolo un poco, me volvió a decir: —Le pondrán de nombre Peporro, y por mote el *Delicias*, a causa de las muchas que hará a sus coetáneos—. Ya lo sabes, Venancia: tu hijo será torero, salvador y fenómeno. No tendrás necesidad de educarle. Estos angelitos se educan solos. Y durante la lactancia la Providencia pondrá en tu leche un jugo misterioso que dará a su sangre un vigor taurino y una frescura polar. No te preocupes de él, pues todos los toreros del otro mundo tenemos órdenes concretas de enseñarle cuanto hicimos en vida.

Dicho esto, se levantó, y elevándose palmo a palmo, desapareció de la vista de Venancia, no sin antes decirle desde el marco del cuadro:

—No olvides, mujer, que parirás un fenómeno.

Venancia se quedó haciendo cruces; pero el destino es el mismo demonio, y a las once y cuarto de aquella misma noche daba a

luz, con toda felicidad, un niño más feo que Picio.

La madre, a pesar de ser madre, no pudo menos de exclamar:

—Razón tenía Martincho: esto es un fenómeno.

El niño, apenas nació, tuvo una ocurrencia genial.

Parece ser que dijo en alta voz:

—¡Ele!...

La comadrona se desmayó del susto; pero un asadura, que estaba presente al interesante acto de vestir por vez primera a un crío humano, le alargó un chato de manzanilla clásica de Sanlúcar que el bebé se bebió en un suspiro.

El asadura sentenció:

—¡Y que no va a dar que hacer este angelito!...

La noticia corrió como pólvora por la vecindad. Sólo se oía en el barrio:

—¡La señora Venancia ha parido un fenómeno!...

Y la casa era un jubileo.

La primera vez que salió a la calle la señora Venancia a misa de parida la iglesia parecía una romería.

Según parece, el niño dijo durante la misa:

—¡Eh!... ¡Toro!...

Como en las iglesias suele haber el toro

de San Marcos, ningún clérigo podía atribuir al demonio esta inusitada procacidad.

Además, se lee en los Anales santos que al morir el Borromeo, un niño de teta dijo a su madre: «Un santo ha muerto». Podríamos, si nos diera la gana, citar más ejemplos; pero los acontecimientos se relatan, no se garantizan.

Además, lo maravilloso se da en la tragedia humana.

Esto es apodíctico, indiscutible y perfectamente lógico.

En el Museo de Teratología de Nápoles hay razones.

A los eruditos les aconsejamos leer el libro de Vaschide y Vurpas, «La logique morbide»; la «Introducción a la Medicina del Espíritu», de De Fleury, y la «Bibliothèque Diabolique», de Bourneville.

A los muy eruditos les rogamos se lean de cuernos a rabo la obra colosal de Josephs Bizonard, «Des rapports de l'homme avec le démon», en seis volúmenes de novecientas páginas cada uno.

A los ignorantes les recomendamos nos crean, bajo palabra de honor, que Pepporro *el Delicias* pudo decir todo lo que dijo sin violentar lo posible.

Otra vez le oyeron:

—Una pescucera es siempre indecente.

Los hombres célebres son así, y en paz.

Cuando dijo la admirable frase anterior no tenía aún dos meses.

De Santo Tomás de Aquino se cuenta que un día su niñera le vió tragarse un papel. Quiso arrebatárselo; pero el niño se defendió con llaves y saltos dignos de Arpín. Sin embargo, fué vencido. Y ¡oh, estupefacción! En aquel papel estaban escritas estas palabras: Ave María.

No había cumplido los tres meses Peporro, y ya decía:

—Dejarlo quieto.

Otra vez largó el siguiente epifonema, que dejó turulatos a sus admiradores:

—El volapié y la vergüenza se parecen en que no se parecen en nada.

El niño crecía en fealdad y facultades de un modo asombroso. La infancia de los grandes hombres tiene sus inconvenientes para los que la historían. Al mismo que lo escribe le parece mentira; pero si no fueran así, ¿serían fenómenos?

El de nuestro relato era cada vez más feo. Se le apuntaba ya la joroba que le hizo inmortal, y las piernas, una más larga que la otra, se combaban de mala manera. El chiquillo tenía, pues, mala estampa. A los cinco meses comía carne cruda, siempre que fuera de toro, y como tenía una mandíbula muy separada de la compañera, cuando comía, presentaba un aspecto horroroso.

Martincho se aparecía todos los sábados trayendo de los profundos abismos del báratro una docena de botellitas con una leche especial. Lo más admirable era que Peporro se negaba tenazmente a ingerirla. La señora Venancia se la regalaba, para que Martincho no se diera cuenta, al hijo de su comadre que más tarde por esta razón fué un desopilante picador de reses bravas.

A los seis meses largó otra frase que hizo furor en el barrio:

—El porvenir es tuyo, Peporro.

Y cinco días más tarde:

—Si no existiera el toro habría que inventarle.

Algunos de los centenares de historiadores de este fenómeno extraordinario transcriben esta frase que seguramente no es suya, aunque muy bien pudo inspirarla.

—El torero es una ecuación cuya incógnita está en los cuernos.

Como hemos dicho anteriormente, esto, salvo toda clase de reservas y respetos, es una tontería. Más bien parece de algún cronista de toros, de esos que aplican a sus revistas las ciencias ocultas, la balística y hasta el Código de Papinio.

El día que cumplió un año sucedieron cosas estupendas que estamos tentados a no creer; pero el deber de fieles cronistas nos impulsa a referirlo. Lo falso que se dice de

nuestra vida, ha dicho aquel otro fenómeno que se llamó Víctor Hugo, ocupa tanto espacio en nuestra existencia como lo verdadero.

Sentado este principio relatemos con imparcialidad.

Mediada la noche la señora Venancia oyó que llamaban a la puerta con golpes misteriosos. Salió a abrir. Era una cabalgata la que se estrujaba en la puerta, enracimándose en la escalera. Los primeros personajes de aquella tropa se quitaron cortesmente el sombrero y entraron. Al ruido saltó Peporro de la cama con su camisilla al brazo, a guisa de capote de brega y el cuerpo enteramente desnudo. Leş preguntó:

—¿Qué os trae por aquí?

Cuando ya no cabían más en la habitación, uno de ellos le interrogó:

—Pero Peporro, ¿no nos conoces?... Míranos bien.

Nuestro héroe se puso la mano sobre la frente a manera de los toreros cuando en la plaza les hiere el sol en la vista, y exclamó:

—¡Cuernos de Belzebú!, madre, si son *tóos!*...

En efecto, eran todos los grandes toreros que habían existido desde que Rodrigo Novelli, en 1726, se quejara en su libro, *Cartilla de torear*, de la muerte del toreo a la giqueta.

Allí estaban Francisco Romero, el inventor de la suerte suprema; Manuel Bellón, para quien un toro era una cucaracha; Martincho, el que inspiró a Goya su Tauromaquia pictórica; José Cándido, que mataba los toros con un puñal, a pie firme y dándoles la salida con la mano, el descubridor del salto de testuz; *Costillares*, que cambió por la faja el cinto de cuero, aireó la cofia o redecilla y adornó la chaquetilla con caireles y alambres; *Pepe-Hillo*, autor en 1796, de una Tauromaquia; Pedro Romero, maestro del toreo rondeño que no conocía ni de nombre la envidia; *Curro Guillén*, inventor del acto de recibir cornúpetos; el *Sombrerero*, cuyo amor de toda la vida fué el rey Fernando VII; Arjona, eximio profesor de la Real Escuela de Tauromaquia, de Sevilla; Montes, a quien por sus méritos de lidiador quiso Isabel II hacer conde; *Chiclanero*, inventor de la vergüenza taurina; *Curro Cúchares*, descubridor de las zaragatas, alivios y «espantás»; Juan Pastor, el *Barbero*, que aplicó la guasa viva a la Tauromaquia y mataba los toros de risa; Redondo, que hizo negocio ídem en la fiesta; el *Tato*, de quien su profesor hizo este elogio admirable: El chiquillo vaciaba con el cuerpo; *Currito*, tan formal en la plaza que mataba los toros de susto; Antonio Carmona, que utilizaba los pies más que las manos; el *Gordito*, que idealizó los

bajonazos; *Lagartijo*, que hacía las cosas mejor que *Frascuero*; *Frascuero*, que hacía las cosas mejor que *Lagartijo*; *Espartero*, a quien le mató un toro por querer casarse con una viuda...

El niño lo iba enumerando como si toda la vida los conociese. Sin duda poseía ideas innatas. Saltaba de gozo al verlos en su casa reunidos con algún objeto relacionado con su persona de fenómeno.

Entonces Martincho, que, aunque era el más bruto de todos, tenía ángel, se acercó al nene y le dirigió este pequeño discurso:

—Admirado fenómeno. Aquel que todo lo puede ha querido hacer un gran presente a España una vez más. Nosotros fuimos el orgullo de esa raza. Los reyes de esa nación éramos nosotros. Hacíamos de ese gran Pueblo lo que nos daba la gana, y en ese bello País, que tan hermosas mujeres cría, no sucedía nada importante a no ser nuestras hazañas. Hoy que cumples un año, Pepporro idolatrado, venimos en Comisión desde el otro mundo para felicitarte y felicitarnos. Tú serás el que recoja nuestra herencia y dé días de gloria a España. Lo ha querido la providencia. España se volverá loca contigo y perderá la poca vergüenza que le queda. Se desplomarán las Provincias por ir a verte y se desplomarán las ciudades por

comprar las localidades en los Circos en que actúe tu divina persona.

El nene respondió con énfasis sublime:

—Señores: puesto que la divina providencia me ha elegido para gobernar un Pueblo y os ha sacado a vosotros del Purgatorio para que vengáis a traerme nuevas tan buenas, no me resta a mí sino decirla y decirlos que m'alegrito de veros *güenos*. De modo que ahuecando.

—¡Pero que muy propio!—gritó Currito.

Martincho ordenó que se formaran aquellas almas de cuatro en fondo, y, a la voz de marchen, desaparecieron por la atarjea.

La señora Venancia y su hijo quedaron solos.

Entonces fué cuando, abrumado por la gloria que se le venía encima, murmuró aquella frase que se ha hecho tan célebre:

—¡Ay, infeliz del que nace fenómeno!

Su madre le miraba sin quitar ojo, contemplando sus desnudeces.

—¿Qué miras, madre?—la preguntó.

—Miro hijo mío—le respondió su madre—, miro la malísima facha de cuerpo que te ha *dao el arrastrao* de tu padre.

Peporro el *Delicias* se quedó pensativo. Luego dijo:

—Haz el favor de rectificar lo de *arrastrao*. Un padre es siempre un padre y yo no puedo permitir ni a mi santísima madre

que llame a mi padre un epíteto mal sonante.

La señora Venancia, que, aunque madre de un fenómeno, se las traía, cargada de tanto prodigio, le cogió y le propinó unos azotes en aquella parte del cuerpo que más tarde había de idealizar una taleguilla color azul celeste.

El niño lloró. Pero después de secarse las lágrimas cogió un palo, colgó en él a manera de muleta su camisilla y acercándose a su señora madre con talante flamenco, la cabeza ladeada a lo gato, los labios fruncidos, el paso rítmico y previsor, grito:

—¡Eh!... ¡Toro!...

La madre se abalanzó furiosa a su hijo; pero, ¡oh, maravilla!, como si el niño desnudo hubiera dado un estirón, la madre pasaba bajo el revuelo de la camisilla, rozándole el cuerpo con sus brazos sin tocarle ni hacerle pupa. Un monumental pase de pecho, tres de molinete inimitables, uno en redondo floreado para chuparse los dedos, cinco ayudados, uno virando de babor metiendo dos cuartas avante, otro ciñéndose como el verbo y dando la tripa con vistas al sarcófago; sesenta obligados pero sin perder terreno ni mover los pies y aguantando mecha como Dios manda... He ahí aquella faena suya, ¡la primera!

Su madre, jadeante, cayó al suelo todo lo larga que era.

El niño la contempló un instante, recogido en la mano, gentilmente, el paño de la muleta y puesta en la cadera con diez arrobas de sal. Después se lastimó diciendo:

¡Qué lástima no fuera un toro del Duque!...

II

—No he inventao na. El vuela-pies lo han inventao los todos; me pedían esa muerte y se la he dao.

(*Sublime frase de «Costillares».*)

De los dos a los seis años, su infancia transcurrió en un perpetuo idilio. No sabía leer; pero eso, en España, ¿de qué sirve?

Oído a la caja.

Su madre, por atavismo, lo llevaba a la escuela.

Era aquella escuela un zaguán infecto, donde recibían instrucción municipal doscientos setenta y dos niños y quinientas treinta niñas. El maestro hacía lo que podía con aquella *menagerie*. Culpa no era de él no poder aplicar alguno de los cuatro métodos de Stuart Mill a tanto asno como le llevaban, asnos de herencia, a los cuales su

ninguna disposición para aprender les hacía mucha gracia. Sin muebles, sin dinero, solo y en una cuadra, el pobre maestro, que por ser maestro era bueno, había convertido su escuela en una curiosa variante anárquica de la famosa de Tolstoï, la de Yasnaïa Poliana. ¿Dónde poner y cómo en práctica los preceptos de la «Didaktik als Bindunge Lels-re», de Willman, o la «Praxis der Volksschule», de Kelsr, o la «Handbuch der Erziehungs und Unterrichtslehre hölhere Schulen», de Baumeister, o la «Enciclopädisches Handbuch der Erziehungskunde», de Lindner?

¡Pobre maestro! ¿Y dónde y cómo aprender el alemán?

¿Y el alemán para qué sirve en España?

¡Pobre Dómine Cabra! ¿Y quién es el majo que convence en este país a un excelentísimo concejal de que para vigilar escuelas es preciso saberse de memoria el «Lehrproben und Lehrgänge», de Frick, o el «Lehrkunst und Lehrhandwerk», de Lager?

¡Pobre maestro! Hacía lo que podía. Como la instrucción en España era cosa de broma, la tomaba a broma.

—Vamos a ver: decídme, niño, ¿cuál es el sueldo mayor en España?

—El de un torero.

—Decídme, niño, ¿cuánto gana un matador de reses bravas en dos horas?

—Seis mil pesetas,

—Decidme, niño, ¿se necesita para eso conocer letra alguna?

—Al contrario. La Historia de la Tauromaquia enseña que cuanto más bruto es un hombre, mejor torero es.

—Decidme, niño, ¿no es el ideal de la Pedagogía preparar a los hombres para que se ganen la vida de una manera independiente?

—Sí, señor.

—Decidme, niño, ¿en España no hay otro oficio o profesión que dé más dinero y fama que ese de los toreros?

—No, señor.

—Decidme, niño, entonces, ¿no será un ideal pedagógico nacional el preparar niños en las escuelas para toreros y abrir Universidades taurómacas?

—Sí, señor, ese es el ideal y a eso caminamos.

De modo que ya véis si es necesario que las escuelas no estén en cuadras.

Nuestro fenómeno iba a una de ellas.

La infancia de los grandes hombres está llena de grandes cosas, y si no lo creéis leed a Preyer y a Compayré.

Entre las cosas sublimes que hacia ved éstas:

Una vez cogió a todos los chicos y se los llevó al campo. Allí organizaron una corrida que presidían niñas. La gente se arremo-

linaba en torno de ellos y los azuzaba con empeño.

Otra vez, jugando a los toros, sacó un ojo a un niño con una banderilla y después lo descabelló a pulso.

Como aún no tenía la edad legal del discernimiento, los tribunales no hicieron otra cosa que reprender a la madre.

La madre, por su parte, preguntó al juez si se había previsto en el Código las faltas de los fenómenos.

En las paredes de la escuela pintaba toros, toreros, aforismos y pasquines indecentes fuera de toda moralidad.

Con sus predicaciones subversivas había logrado dividir en dos bandos a los niños. Uno de ellos era partidario del *Bombo* y el otro del *Platillos*.

Eran estos dos sujetos dos torerazos que habían perdido el seso y el sexo a todo un país. Cuando el *Platillos* hacía una gran faena sonaba el *Bombo*; cuando la hacía el *Bombo*, rabiaba el *Platillos*. Se vivía.

Cierta tarde los niños del partido del *Bombo* escribieron en las paredes de la escuela con un gran carbón:

«El *Bombo* es Dios.»

Pacorro el *Delicias*, que era del bando del *Platillos*, mandó escribir a un empollón:

«El *Platillos* se hace la X en el *Bombo*.»

Recordad lo que hizo Sancho la noche de

los Batanes y tendréis lo que *el Platillos* hacía en *el Bombo*.

Cuando él quería no se entraba en la escuela, y a la puerta ponía cátedra de toreo fino. Se le ofrecían como toros todos sus compañeros, y él los escogía uno por uno.

Como no tenía pelo de tonto, escogía los más pequeños, lo que obligó a decir a un espectador:

—Ese Peporro llegará lejos.

Cuando se le ocurría a algún malaventurado extranjero visitar la ciudad, los chiquillos, capitaneados por *el Delicias*, le toreaaban, picaban, banderilleaban y estoqueaban a la perfección. Se quebraba a cuerpo limpio ante los automóviles y tranvías eléctricos. En menos de una semana, estos vehículos inventados en el extranjero, mataron a doce niños españoles.

Un periodista, que era revistero taurino, publicó cierta crónica, la cual produjo emoción honda.

El tema de aquella pieza literario-social era éste: la civilización atropellando la inocencia; el cálculo arrollando al valor.

Los compañeros le dieron un banquete. Había puesto las cosas en su punto, y esto es privilegio de las grandes almas.

Peporro hizo una de las suyas.

Ordenó que todos los libros de los niños se llenaran de efigies de toreros y lances de

corridas. Los niños rivalizaron en ello. Y como no había periódico en España que no trajera diariamente mil fotograbados, pronto aquellos libros, pasta y páginas, quedaron plagados de toreros y faenas. El maestro se tiraba de los cabellos, roía las uñas y echaba pez.

Una tarde llegó el señor inspector y, como es de rigor, se hizo presentar algunos libros de texto. El maestro le veía encenderse en cólera. La vergüenza y el despecho enrojecían la mofletuda cara del funcionario. El maestro se excusó humildemente. Dijo:

—Señor: Esta gravísima falta tiene su disculpa, su atenuante...

El inspector devoraba libros y más libros, y su rabia crecía de una manera espantosa. *Cara-Ancha*, que así lo bautizaron los niños en cuanto lo vieron, arrojaba a izquierda y derecha los malvados libros así prostituidos, y pedía más, más, todos.

El maestro lloraba de emoción. Murmuraba:

—Tenéis razón, señor, os sobra la razón. España está perdida. Toros y toreros hasta en el santuario de las escuelas.

El inspector le miró de una manera indefinible.

El maestro temblaba; veía huir sus garbanos por el viento.

El inspector se puso en pie de un salto.

Los niños reían.

El fenómeno, en jarras, los observaba burlón.

El inspector rugió:

—Sois un imbécil.

—Tenéis razón—musitó el pobre paria del Estado.

—¿A quién se le ocurre?—añadió el celoso funcionario.

—Comprendo que no es pedagógico, señor inspector—dijo el maestro—, que los libros estén apestados de toreros.

El inspector se acercó a él como una hiena y le mugió en el rostro.

—Oídme bien: ¡como venga otra vez!...

—Señor—interrumpió el desgraciado—yo os juro que...

—Callaos, imbécil, y no interrumpáis; no es eso—gritó el inspector—. ¡Si vengo otra vez y no veo en esos libros el retrato y las faenas del *Gallina chico*, os doy un punta-pié!...

Quedóse el maestro convertido en estatua de sal.

Ahora comprendía que aquel celo manifestado, toda aquella cólera fulgurada, era por despecho de aficionado.

Como que su ídolo era *el Gallina chico*, y no había visto en los pícaros libros un retrato de su nene.

El fenómeno crecía en hígados.

Sus facultades se desarrollaban a infujos misteriosos.

No corría jamás, quebraba, cambiaba y se ceñía.

Sus pies eran de plomo; su cintura, de acero; su cabeza, de corcho.

Como la función hace el órgano, los brazos se desarrollaban a costa de los otros elementos corporales.

—Torear—decía un superhombre que no había leído a Nietzsche—es mover los brazos a fuerza de hígados y echar el cuerpo sobre los riñones. Todo otro movimiento es canguelo, hule, cobardía y convencionalismo. Estirar los brazos sin empinar el cuerpo ni hurtarle. Hay que obrar al pie de la tumba. Todo buen torero ha de lancear a un cornúpeto como si tuviera los pies en la fosa común. El terreno de todo buen torero es un sepulcro.

Esta idea se le clavó en el meollo a Pepporro.

Se pasaba los días de claro en claro ideando filigranas y toreándose a sí propio. Su bendita madre sonreía.

En esto sintió que ya era hombre.

Tenía el angelito siete años de edad.

Entre las niñas de su escuela había doce que le llegaban al alma. Su imagen no se borraba jamás de su corazón.

Los nombres de aquellas doce niñas fue-

ron su primera aureola, ¡ay!, y su perdición.

Helos aquí.

Lola, Clara, Charito, Rosa, Encarna, Concha, Pepa, Juana, Carmen, Julia, Tita y Rita.

Le habían *tañado* las mujeres.

El olor de su fama precedía a la realidad.

Un corazón de mujer es un podenco en eso de seguir el rastro.

El Peporro, como todos los fenómenos, se dejó querer.

Le aguardaban a la puerta del colegio, y más de una vez tuvo la madre del fenómeno que levantarlas las faldas y darlas una mano y hasta una gruesa en ese sitio que no se puede nombrar por así haberlo convenido los escritores.

Sin embargo, Tita le enloqueció y dejó en él una profunda huella que no había de borrarse jamás.

Una tarde salieron al campo y se perdieron.

Un guarda rural que los encontró y condujo a buen camino, se quedó filosofando en las siguientes cosas, que parecen el índice de los misterios de Eleuxis:

—La vida es un fandango, y el que no lo baila un tonto. ¡Está bueno el mundíbilis! ¡Se ve cada cosa!, etc...

Desde aquel día Peporro *el Delicias* no volvió más al colegio.

Una detrás de otra, inconsolables, murieron las doce niñas de tristeza.

Se denunció el colegio por epidemia.

Los médicos, de acuerdo con el maestro, dictaminaron que en tal sitio sólo podían ocurrir casos extraordinarios.

Peporro comprendió entonces que era mucho hombre.

Mataba hasta sin querer.

III

Más se hace en la plaza con una arroba de valor y una libra de inteligencia, que al revés.

(Aforismo del torero Arjona.)

A los once años, y en compañía de unos querubines que los gitanos, prácticos en esto como en todo llaman churumbeles, salía de casa y no volvía en un mes. Hay que confesar que su madre no le echaba de menos ni de más.

Por este tiempo aprendió estas grandes cosas: se viaja bien en los topes de los trenes; si le coge a uno el revisor, se le dice con solemnidad:

—No me haga usted nada y le protegeré cuando atorée (*histórico*); las capeas son la palestra de la juventud, los juegos olímpicos de España y los estadios de nuestro vigor; un torero es un hombre ideal, simbólico y

representativo; por ser torero nadie os alejará de su lado, sino que se sentirá orgulloso; cuando una ciudad crea un torero la villa se enorgullece de su hijo hasta saltársele las lágrimas; un hombre de hígados, de riñones y de circunstancias es mucho más hombre que cualquier otro, aunque se lo garantice el Papa; hay centenares de personas dedicadas nada más que a hacer toreros, dar patentes de masculinidad, quitar y poner ídolos y a convertirse en matones o chulos de compañía de los toreros; hay otra clase más elevada de hombres, algunos con genio en los sesos, que encuentran en el torero de profesión arte, belleza, valor y humanidad espiritual.

Cuando Peporro se enteró de esto, su afición fué frenesí y no tuvo límites. Martinchó, que venía con frecuencia del otro Mundo a éste para ver cómo andaba de tauromaquia su ahijado y decírselo a la Providencia, no le encontraba jamás en casa.

Su madre le reconvenía por esto. Le decía:

—Pero, hijo mío, ¿no ves que vas a enfadar a la corte celestial?

—Eso es bulé puro, madre—le respondía el *Delicias*.

—¿Qué es eso?

—No chanelas. Quiero decir que eso del otro Mundo es arcofuné, cibo, trola, calabea, picosa y cheripí.

Hablar en caló es un progreso. El caló es el lenguaje de los riñonudos. El desprecio tiene un lenguaje, el caló. Por eso Peporro lo había aprendido como esto se aprende, por contacto. Es una mancha que como las de las enfermedades de la lujuria honran a ciertos hombres. Parece que con ellas no bajáis en la escala de la humanidad un pedazo, sino que ascendéis por ella de cuatro en cuatro. No se habla en caló por necesidad, sino por majeza, por ternariló, por peniche de baljoró, por espíritu de baldón.

Además, ¿qué mejor lenguaje para un fenómeno?

El fenómeno siguió su odisea, su bohemia.

Los toreros se hacen fuertes porque no necesitan imponerse. Se los admira antes del triunfo. Es más, se cree en ellos ciegamente. Se les ayuda sin discutirlos. Si su adolescencia es penosa lo es en la apariencia. Quien examina a un maleta ve en él odio. Su existencia constituye por sí sola un imperativo categórico y os dice en silencio:

—Me debes dar las gracias porque existo.

Creemos, sin embargo, que nos ponemos demasiado serios y criticamos. Criticar no es historiar. Y si la Historia, como decía en frase sublime Michelet, es una resurrección, obremos el milagro de resucitar a Peporro y no discutamos.

Discutir es chingarar.

Y no queremos chingar a nadie.

El temple del alma de Peporro se hizo toledano.

Se le preguntaba:

—¿Y si te mata un toro?

Respondía.

—¿Es que el destino no tiene cuernos?...

Quería decir sin duda que en cualquier profesión hay que morir a la fuerza y que no existen muertes pacíficas o violentas.

Y en realidad Peporro tenía razón. ¿Qué cosa más violenta que la muerte en sí?

A los *trece* años mató un novillo en condiciones trágicas.

Venía una boda por un camino.

Por el mismo camino, y en dirección contraria, venía un burel, un jurú, un toro.

En el séquito de la boda venía él, Peporro.

El toro se cuadró. Pensaba: ¿A quién acometer primero?...

Y como un rayo se arrojó sobre el novio y lo hizo un lío.

Iba a correr la misma regocijante suerte la núbil doncella cuando Peporro, quitándole las faldas y dejándola casi en cueros llamó al morlaco con un ¡oooh!... clásico.

Quieto en el centro del camino, cerca del pobre esposo, cuyos ciento noventa y ocho huesos se veían esparcidos y ensangrentados por doquier, recogió la falda de la otra, y citándole a recibir y haciendo por él el

toro vióse allí la despechugación, la hipérbole en salsa a la mayonesa y la conjugación del verbo valer hasta el pretérito pluscuamperfecto.

Creo que nos sabemos explicar. Esto entre paréntesis.

Torció el cuerpo juncal cosa de una millo-nésima de milímetro, desplegó el percal en abanico, lo revolvió en forma de elipse cuya rama de parábola fuera tangente a su pierna izquierda, y el toro quedó bizco. Lo volvió a lancear sin dejarlo darse cuenta de lo que le pasaba y remató la suerte con un farol japonés tan ceñido, tan heteróclito, tan decimal, que el testuz y su persona formaron un solo cuerpo durante media hora. El toro, al comprender su inferioridad, lanzó un ¡ay! que partía las entrañas y cayó de rabo sobre el camino, muerto de vergüenza.

Peporro miró en torno, lanzó sobre el bicho cornudo una mirada despreciativa y cayó todo lo largo que era, que a decir verdad, no era mucho en el seno de la desposada.

Esta mujer, viuda antes de ser casada, duró cuatro días en el alma voluble del fenómeno, una vez logrado su deseo. Entonces—todos los periódicos lo dijeron—se pegó un tiro.

El fenómeno, que había cumplido catorce años, sonrió.

Por entonces, comenzó a correrse la voz fatal, fatídica, funesta.

—¡Fenómeno tenemos!

Los toreros reinantes se estremecieron.

—¡Fenómeno tenemos!—repetía la muchedumbre embriagada de placer antes de conocerle.

Se hablaba de él sin haberle visto.

—Se dice que los toros le obedecen.

—Se dice que en cierta dehesa uno de ellos le pidió perdón llorando y se ofreció para lo que quisiera mandarle.

Se oían diálogos como éste entre dos senadores:

—¿Usted vió a *Lagartijo*?

—Hombre, ya lo creo; antes me...

—Bueno; ¿y a *Frascuelo*?

—¡Caramba! ¡No faltaba más! ¿Por quién me toma usted?

—Bien; péguelos usted con goma uno al otro.

—Ya están. ¿A dónde va usted a parar?

—Multiplíquelos usted ahora por cien, mentalmente.

—Ya lo hice.

—Saque usted ahora su raíz.

—Sacada.

—Elévela usted al cubo.

—Y bien...

—Pues ese es Peporro.

Observemos nosotros ahora, por cuenta

propia, que en España se dan toda clase de fenómenos.

No nos permitiríamos esta digresión si no supiéramos con seguridad que se ha de poner en tela de juicio la existencia de un fenómeno semejante, cuya vida es para maravillarse a cualquiera.

España ha sido siempre un país de brujerías, endemoniados, inquisidores, fanáticos y emplumados. Hemos poseído reyes que tenían los diablos en el cuerpo, energúmenos, estigmatizados, iluminados, videntes, poseídos, ensabanados, jorquinas, hechiceros, magos, incubos, duendes, vampiros, brucolacos y saludadores.

Leed, si os da la gana, al padre Feijóo, y él os colmará las medidas en su discurso del tomo primero del «Teatro Crítico» acerca de Astrología judiciaria y almanaques, y muchos de los capítulos de sus volúmenes de «Cartas», la «Demonología», de Nicolás Remigio, o el «Edicto», de Manrique.

Además, el fenómeno no es una excepción. Es una consecuencia legítima y fatal de un estado de cosas. Los fenómenos no aparecen, se crean. Cuando se da un fenómeno en determinada nación, no es su hijo bastardo, es su hijo legítimo.

Séanos permitido afirmar que, en el tiempo en el que apareció el fenómeno que historiamos, dicho sea con toda reverencia

a la Patria, la Patria estaba histérica perdida.

La histeria se produce en las Naciones cuando los ciudadanos no se preocupan de su alma ni del alma de su raza. Firmes en no filosofar por nuestra cuenta, os remitimos a Bernheim, a Babinsky, a Grasset y a Charcot. Este afirmó que la histeria es una enfermedad psíquica. Y si leéis, nos daréis la razón.

Por aquel tiempo España era la noche de un sábado. Los partidos políticos se partían unos a otros por el eje, y en banquetes memorables se servían pedazos de la Patria a la besamela e ideas a la jardinera. Los intelectuales, llamados así por llamarse de alguna manera, ofrecían banquetes a *Bombo* y *Platillos*, proclamándolos hombres honorarios y comparando una estocada hasta los dátiles con la novena sinfonía de Beethoven. Uno de ellos, que valía muy poco, pero que poseía un gran corazón, se fué a predicar contra el mal de histeria al centro del histerismo, y un escritor le llamó buey. Para hacerle ver que se equivocaba, le zaherían sin cesar, mentían en los periódicos, insultándole y denigrándole, callaban sus triunfos y heroísmos y publicaban caricaturas que eran muy reídas y celebradas. Nadie hacía nada en beneficio de su Patria, todo eran traiciones o vanas jeremiadas sin substancia sobre su

cadáver, y se construía el ataúd de una raza, creyendo fabricar un nuevo altar de Epifanía. Entonces apareció el fenómeno, el Mesías, el cirujano de hierro, el hombre-luz, el varón-estoque, el sér capa.

En una calle, el autor de esta historia oyó lo siguiente:

—¡Que *té* dicho que le han *parío* pa que quite moños!

—Has *dao* en el tobillo, Polonio.

En las cervecerías, cafés, oficinas, Ministerios, Universidades y sacristías no se hablaba de otra cosa.

Las redacciones de los periódicos eran volcán. Se dieron órdenes a los corresponsales de provincias de no poner tasa ni medida en los telegramas siempre que se hablara del fenómeno.

Mientras la fama hacía la cama, Peporro buscaba compañera. Todos los días mataba un becerro y se adiestraba sin cesar. Indiferente a la gloria que su solo nombre despertaba, su afición crecía como su fealdad, su joroba y la malísima facha de su cuerpo.

A los diez y seis del *ala* se cuajó.

La gente le seguía por las calles. Se inventó una flor con su nombre que costaba un duro, y todo el mundo la llevaba en el ojal como una preciada condecoración.

Fué entonces cuando comenzaron a publi-

carse libros hablando de este hombrecito. Se vendían como la honra.

El no hacía caso. Terco, inspirado, conducido por ese vivísimo fuego interior que carbura el espíritu y pone al rojo cereza el corazón, seguía acosando toros, lidiando vacas en los encerraderos, estudiando ese pícaro toro que lleva en el morrillo el bastón de mariscal para quien diquela y no es miope.

Dos millones de postales salieron a circulación con su vera efigies.

Los cementerios tuvieron que ensancharse. Todos los días enfermaban del corazón o de los pulmones sencillas palomas torcaes, doncellas incautas que se abandonaban a su mala estrella de amor en mala hora concebido.

La Prensa contaba esto, y la figura del dios se agrandaba.

En tanto el dios...; pero esto es cosa de otro capítulo.

IV

Creo que deben decirse las
verdades crudas, precisamente
cuando todo el mundo opina
que deben callarse

(Bernard Shaw.)

En tanto el dios... debutaba, vestía el so-
ñado traje de luces.

¡Oh, traje de luces!... ¡Quién tuviera un
plectro o tiorba áurea o forminge homérica
para celebrarte! ¡Ay de mí!... Deslenguado
y como turulato ante tan magnífica gloria,
no oso mancillarla.

Quisiera ceñirme como las propias rosas
al asunto y celebrar la estampa del fenóme-
no luminoso.

¡Oh, «Sartor Resartus»! ¡Oh, Carlyle!...
¡Oh, Paquin!

¿Qué es un traje de luces?

Una luz en la inmensidad caótica de nues-
tros destinos.

Es más.

Es.

¿Me entendéis? Quiero decir que es un traje rotundo, de una vez, afirmativo, imperativo y subjuntivo.

Vestid un traje talar.

Se os respetará hasta cierto punto.

Vestid de militares.

Se os encontrará charros.

Vestid de personas.

Pasaréis desapercibidos.

Vestid de máscaras.

Se reirá la gente.

Ahora bien; vestíos de toreros.

Y la gente babeará de gusto.

Un traje de luces es un traje emotivo, superlativo, copulativo.

¿Copulativo? ¡Atiza! Leed gramática, hermanos.

Un traje de luces huele a piel de España y a ácido fénico.

Un traje de luces tiene el poder de despertar nuestros instintos heroicos y destinos históricos. Colgad una taleguilla en un mástil y os seguirá toda una Nación hasta la tumba fría.

Si el Sol tuviera habitantes bajo su fotósfera, como quería Arago, vestirían así. Las mujeres del planeta Venus, si poseen anteojos de larga vista, deben desear un vestido semejante.

Es el traje típico, nacional, nuestro, español por esencia y presencia.

Coged un periódico extranjero; si veis a un hombre con el traje de luces no puede ser sino español. Es un traje que enardece. Quitad al torero ese traje y lo escabecha el toro. Si personificáis alguna vez el valor, habéis de vestirlo con el traje de luces. No es un traje flamenco, es el traje por excelencia. Si os repugna, tentaos el corazón, no tengáis una caja de pasas o una caja de mixtos.

El fenómeno sintió al contacto de aquel traje lo que sienten los enfermos de la médula cuando se ponen un cinturón eléctrico. La vida se agolpó en las extremidades y en las articulaciones. No exageramos si nos atrevemos a recomendar como un medio de locomoción este traje a los señores médicos. Los paralíticos, las ataxias locomotrices, el artritismo, deben quitarse así. Es un traje jacarandoso hecho para bracear, pasear, camelar, rendir corazones y sentirse nene. Es, en fin, un traje que quita el hipo.

El fenómeno se encorajinó. Dijo a su madre, que lo miraba alelada:

—Madre, ¡que m'echen toros!

La madre, por si acaso, había con anterioridad comprado en el módico precio de tres chulés o duros una bendita imagen de Nuestra Señora de los Siete Dolores. De ro-

dillas le rogó que velara por aquella fototipia carne de su carne.

El fenómeno se acercó violentamente, y con un sarcasmo completamente sardónico y antireligioso exclamó:

—Madre: ¡pero si esa señora tuvo hijo y no pudo librarlo de la cruz!... ¡¡Y creéis que me va a librar a mí de un toro!!.. No divaguéis, señora mía. Tened confianza en mí.

La madre lo miró aterrada, mas el hijo continuó mientras le hacían la dificultosilla operación de liarle en torno de los preciados riñones tres kilómetros de faja roja:

—Madre que me habeis dado el sér, ¿tenéis sentido común?

La madre afirmó, por decir algo. Peporro añadió:

—Pues el sentido común os dirá, madre, que o me libra mi arte o me libra del toro la Virgen. En el primer caso están los toreros con vergüenza; en el segundo, los calzonazos.

—Tiés—le dijo el *Mochales perdido*, su picador—más razón que...

La palabra se le quedó en la boca.

Había entrado Martincho.

—Vengo—le dijo—a darte un abrazo y un consejo.

He aquí el consejo de Martincho, según unos:

—Los toros, Peporro, son como las muje-

res. Hay que aguantarlas mucho, dejarlas llegar y no permitirles que se convenzan nunca de que están haciendo las cosas al revés. Mientras se las consiente a cuerpecito serrano, to va bien; ladeas y... gori gori.

Según otros, el consejo fué todo lo contrario, lo que nos evita escribirlo, y lo dejamos, por lo tanto, a la perspicacia del lector.

Martincho, dicho esto, citó en corto y desapareció entre una humareda mefistofélica.

El fenómeno, ya vestido, tomó el olivo, vulgo puerta, sin acordarse de la Virgen, como hasta él era tradicional.

Pero los grandes hombres son revolucionarios en todo y no es de extrañar esta irreligiosidad. Sin embargo, volvió de su acuerdo, y por no dar un disgusto a su madre se hincó de rodillas y masculó cuatro palabras y se hizo en la frente y boca siete garabatos. Así quedó fortalecido con el doble auxilio del valor y la fe; que nada está de más en este mundo, y a veces es bueno llevar en la bota vino de dos clases, o sea que el hombre prevenido nada hecha en olvido; y aquí paz y después gloria.

Fuerte ya de cuerpo y alma, bajó una a una las escaleras con la solemnidad que requería el caso, acompañado de unas mil personas que lo estrujaban y sobaban que era un asco.

En vano se rebelaba él con coraje fre-

nético a que lo tentaran. Cien manos masculinas se extendían por sus carnes frescas de fenómeno, y era aquel un magreo padre.

Hablemos de esto, si os parece.

Existe la afición, el aficionado, el torero fané, el chulo ful, el idólatra, el curioso, el viva la virgen y el vividor de siete suelas.

La afición tiene vida propia, caracteres que la definen del medio ambiente y os la muestran como fuerza nacional. Se dice: «La afición ve con disgusto...», o bien: «La afición está muy harta de pagar toros y que la den cabras o alimañas...», o bien: «La afición responde...» Existe, pues, una agrupación dentro de nuestra Sociedad, constituida a base de una pasión arrolladora, la que, sin necesidad de acogerse a la ley de Asociaciones, ordena y legisla en materias taurinas. Nadie sabe qué es y, no obstante, decid en un periódico: «Avisamos a la afición que se abroche el bolsillo, porque el empresario Z la quiere jorobar...» E instantáneamente oiréis por el ámbito de la Península un rumor inquietante y misterioso de unos millones de seres que se abrochan.

El aficionado es un elemento. Es casi siempre un sujeto que si tiene dinero va a los toros, y si no lo tiene lo busca, con la agravante de que siempre lo encuentra. Un sér instintivo que, siendo muy buen hombre y hasta un pobre diablo en otras materias,

en cuanto lee un cartel de toros se siente flamenco, chiché o zujemó, ve toros en todas partes y ya no vive hasta el momento supremo. Es decir, que él no se acuerda de los toros más que durante la temporada, o sea un año menos cuatro meses. Compra sus periódicos, unos setecientos, y los lee por curiosidad. Lleva al dedillo el debe y el haber de la Fiesta Nacional, y cuando por casualidad, lo que es muy difícil, se encuentra con un energúmeno de esos que hablan perrerías de la fiesta taurina, monta en cólera despreciativa y se da cuatro pataítas para demostrar que hay arte, y se da dos hostias con María Santísima para demostrar que hay valor. Eso sí; gastarse él en libros o en cultura un céntimo, eso es de primos, enclenques, enfermizos, locos, chalaos y brotomuchós.

Al avío, hermanos.

Queremos decir que entre esos aficionados vividores, chulos y demás pandilla, hay unos cientos dedicados al magreo de diestros y estrellas de la tauromaquia.

¿Por qué magrean?...

¿Por sicalipsis? ¡Oh, no! Por admiración.

Admirar en silencio es muy cursi. Admirar tocando, sobando, al tacto, al roce, eso es... ¿El que es?... ¡Quién sabe si por ello no pasarán las condiciones del sobado al que soba!... ¡Quién sabe si de ese dulce—jay!—modo no se llevará a casa el sobador eflu-

vio de valor y coraje para convertirle en guapo y en gallo y... ¡Chi lo sál!...

El fenómeno, cansado de sentirse tocado como si le dieran fricciones o masaje, se paró en seco y gritó:

—¡A ver si le suelto a alguno una man-guzál!

Los grandes hombres tienen frases definitivas. Acordáos, si sabéis latín, del «Quos ego...» de la Eneida. Como la célebre frasecita del dios de las aguas calmó las ídem alteradas, así el diestro sosegó las ansias de sus admiradores y aficionados... al tanteo carnal o carnívoro.

Ya en la calle, el gentío ofrecía un panorama deslumbrador. Había allí estacionados, para ver al fenómeno, cien mil seres de esos que en los papeles se llaman almas. Esperaban al ídolo. Verle y desencadenarse una tempestad, todo fué uno. Allí fué el oír suspirar, jalear y ver bocas boquiabiertas, ojos encandilados y ojeras soñadoras, frases cariñosas, palabras entrecortadas, dulcedumbres agarrapiñadas, carne de membrillo de Puente Genil y pasas de Málaga.

¡Oh, Píndaro; de existir, qué epodos no saldrían de tus labios dedicados a estos héroes españoles que, si nada tienen de tus atletas, por lo menos cañís sí lo son y más salaos que tocino de cerdo, dicho sea sin ofender a los unos y a los otros!...

El fenómeno se embutió entre los de su cuadrilla, y el coche marchó a la Plaza, arrastrado por cincuenta y cuatro mulas, cuyas colleras de campanillas iban pregonando escandalosamente la mercancía.

Seguían el coche tres mil papanatas.

Describamos al galope la «ida» a los toros.

El sol. Coches. Mujeres enmascaradas. Hombres con botas de vino colgando del bastón portado como un fusil. Carromatos llevando a la Plaza carne de oficinista, de funcionario y de estudiante. Tranvías con las plataformas llenas. Guardias civiles a caballo. Guardias no civiles a pie. Picadores sobre unos animales no clasificados por Cuvier. Monosabios elegantísimos. Peatones. Alguacilillos encargados de recordar a los ciudadanos los sagrados tiempos de la Inquisición. Y todo esto en marcha con su jaleo correspondiente.

Ahora poned aquí el comentario de los millones de escritores, pintores y demás almas que se han embelesado con la «ida» a los toros y tendréis el consabido cliché luminoso-castizo-kaleidoscópico-socialístico.

Una mujer pobre vendía cierta hoja roja, en la que por unos céntimos de peseta veáis al fenómeno en el centro, desafiando al cielo y la tierra, y, en orla, seis toros. Palabra de honor que eran seis toros, o, por lo menos, lo parecían.

Otra mujer vendía abanicos con los colores que la faltaban a ella.

El fenómeno llegó a la Plaza y se coló al patio de caballos, lo que parece simbólico y no lo es.

El patio de caballos se llenó de gente. Un picador hacía monadas.

Peporro recibía felicitaciones. Diputados, nobles, colilleros, escritores, golfos, gentileshombres, no gentileshombres, un océano de caras y profesiones.

Un catedrático del partido transformista lo abrazó llorando, y entre la estupefacción general le habló así:

—Mírame y óyeme, Peporro. Yo represento en el laberinto del Minotauro—(*oportuna cita en un patio de caballos*)—del Estado español el avenir. Tú, fenómeno; nosotros, fenómenos. Así como tú pretendes encauzar las corrientes exotéricas de la tauromaquia actual, desviada de su madre o álveo por circunstancias extra, por derroteros incógnitos, sin por eso atentar contra los principios sostenidos por lo que vulgarmente se llama castizo y nacional... de la misma insólita y heteróclita y magnífica manera, nosotros, los fenómenos de la nueva política, queremos y podemos y debemos querer poder y deber obligar a los poderes mayestáticos a que se enderecen y avizoren—aluspien, que dicen las honradas masas—por la

real carretera por donde en los tiempos modernos ruedan los automotores de la civilización.

¡Ay, Peporro, si ladeas!... ¡Ay de esos Poderes de armiño y lises si semejantes a los que en la suerte suprema se vacían y echan fuera vergonzosamente; ellos cierran los ojos y dan al soberano pueblo un bajonazo que le produce gómito sin despenarle! ¡Ay, Peporro, ay!...

Después de esto, el fenómeno ingresó en el Transformismo.

He aquí, pues, de qué simple manera Peporro se hizo político.

Sonaron los añafles y atabales «con singular armonía», que dijo el poeta.

¡Y tan singular!

Nuestro héroe, que aún no se había doctorado, y, por lo tanto, no tenía derecho a la consabida borla, salió a los medios.

Había en la plaza un millón de ciudadanos y ciudadanas.

Verle y ponerse en pie y palmotear rabiamente, todo fué simultáneo.

No de otro modo retumba el trueno de Jove entre el Ossa y el Pelión o desgaja Sísifo un bloque que rueda por las faldas del Cáucaso.

Más clásico imposible.

Sigamos, y que los manes del tío Jindama sean con nosotros.

Llegó la cuadrilla a la barrera, entre los acordes de una música que se prestaba a espejismos, tales como la pérdida de las Colonias y el barranco del Lobo, o sea, hué de ley.

Anotemos una gran idea de Arjona, el ya citado catedrático de la Escuela de Tauro-maquia de Sevilla (1830):

«La barrera—decía aquel gigante del pensamiento, único filósofo que podemos oponer a Kant—nunca ha de ser saltada por el diestro después de presentarse al toro, porque esto es ya caso vergonzoso.»

El fenómeno hizo señas de que le estorbaba la barrera.

En menos que se persigna un cura loco o se escribe una Pastoral de Diócesis, los carpinteros quitaron la barrera.

¡Josú!... ¡La que se armó! ¡Quitar la barrera!... ¡Vamos, hombre!

Las mujeres se despojaban de sus más caras vestiduras. Los corsés, las ligas, las medias, formaban en torno del héroe una corona de gloria, pero de gloria azúcar cande.

Dos hombres se volvieron locos de tanto gritar alabanzas por la acción pelopidesca de mandar quitar la barrera.

Su locura era simpática e internacionalista.

A uno le dió por decir:

—Ya no hay fronteras, compinches.

El otro refunfuñaba ceñudo y trágico:

—¡Y que esto no se le ocurriera a *Lagar-tijo!*

Quitada la barrera salió el primer elefante.

Antes, filosofemos.

La filosofía de las cosas ayuda a no entenderlas, y eso es lo que nos proponemos precisamente.

Un toro antiguo era un toro.

El toro debe tener, aparte su alma en su armario, las siguientes condiciones de carácter:

Tomar varas hasta que el presidente saque un pañuelo, para lo cual elevará sus ojos con relativa frecuencia al palco del prócer; se crecerá con el castigo, sin llorar, ni moquear, ni mugir, pues es de muy mal gusto; procurará acudir al paño o pañosa evitando disgustos al auditorio y anfitrión; llegar a la muerte como una perita en dulce y se dejará matar procurando hacerse el sueco para mayor lucimiento del artista; una vez muerto pesará cien arrobas y procurará conservar su carne fresca, pues se ha comprobado que los que comen carne de toro muerto a estoque revientan.

El toro moderno es una babosa.

Sabe latín mejor que Cejador y más griego que Unamuno. Conoce a Cohem mejor que Ortega y Gasset. Es intelectual, en una pa-

labra. Por lo tanto, tiene mala intención y acude al bulto.

El fenómeno llamó al toro.

El toro vino a él paso a paso.

La multitud no respiraba.

Se oyó el ruido de un motor de un aeroplano que planeaba sobre el aro del circo para ver al fenómeno. El aviador frenó su aparato en el viento y quedó suspendido como una lámpara en el aire. Aquel fenómeno pasó desapercibido. Peporro magnetizaba a la muchedumbre. El era él y nada más que él y ante él, ellos no existían. ¿Está claro?

El toro se dió cuenta. Aquel torero no era un ansioso. Había que medirse con un fenómeno. Entonces el toro calculó mentalmente el cuadrado de su volumen por la distancia que le separaba del Peporro, y se lanzó inexorable sobre él.

Un ¡ay! brutal, hondo, nervioso, arrancado a las fibras del miedo puesto en tensión de toda una multitud, resonó lúgubre, lóbrego, logarítmico.

Peporro no se movió. Por un poderoso esfuerzo de la voluntad, se adelgazó y el cuerno del toro se llevó, sin que nadie lo notara, el primer tegumento o capa del tejido adiposo subcutáneo de la región de los hígados. ¡Ele!

El toro se quedó pensativo. El público, pa-

ralizado de espanto, no aplaudió. Aquello era extraordinario, extraoficial.

Peporro, sin moverse, llamó con el rabillo del ojo al toro otra vez y repitió el lance o verónica, dicho sea con perdón de aquella buena mujer de ese nombre que socorrió a Jesús en Jerusalén.

La gente se puso en cuclillas.

Peporro dió otro lance.

La gente se levantó sobre la rótula.

Peporro remató la suerte.

¿Cómo?

Escuchad, hermanos. Cuando el bovino, con su asta caliente, humeante y mortífera, trazaba inexorable el círculo de la muerte en torno del fenómeno, él dejó llegar, aguantó mecha. Ya el hálito sulfúreo de la fiera quemaba los dos hemisferios, por sobre-nombre glúteo y en caló gulé, yeque o bú; entonces Peporro, quebró, pero quebrar, amigos, no cambiar y metiendo entre el toro y su cuerpo la tela o manteo hizo tales floripondios, adornos, arabescos, fugas en fusas, boleos a cesta y cascabelerías, que el respetable Senado, fuera de sí, presa del vértigo de las alturas, víctima de la calentura máxima del paroxismo celentéreo de los albuminoides, prorrumpió en aclamaciones indescriptibles.

El toro miraba a Peporro con languidez, de hito en hito, que decía Espronceda, un

banderillo del Tato, si la memoria no me es infiel.

Pero esto era el vermouth y las anchoas.

Dejemos para el otro capítulo el resto del banquete.

V

La fiesta española es sombra
que proyecta el cuerpo de la
Nación. Sin suprimirse éste,
¿podrá suprimirse aquélla?

(*Conde de las Navas.*)

El nene llamó al toro y le dijo en su propia lengua que se fuera a los piqueros.

El toro obedeció a su pesar, y marchó lentamente, con el propósito de embestir una de aquellas fantasmas, que parecían esos caballos de teatro, compuestos por dos hombres y una cobertura imitativa.

Cuando hacía *Lagartijo* un quite—ha dicho el más profundo de sus biógrafos—, componía un cuadro.

El fenómeno fué más allá; compuso una decoración escenográfica.

Colocó los peones como alfiles de ajedrez.

Les ordenó se quedaran inmóviles, aunque vieran su propia asadura pisoteada por el toro.

Sacó, de las riendas, el caballo de turno, al terreno de reglamento.

Se puso en su sitio él mismo, según las más estrictas ordenanzas.

Y levantando la mano, señal convenida entre él y el toro, éste se echó voluptuosamente sobre el caballo como en un colchón.

Caballo y caballero, vinieron al suelo con estrépito. En una de las astas del toro se bamboleaban, siniestramente, vísceras que, a simple vista, lo mismo podían ser del caballo que del picador. La sangre era como un tapiz oriental. El sol daba al rojo color de la sangre un matiz de oro, y la bandera española servía de peana a este grupo sublime.

Peporro aguardaba en su lugar descanso, sin pestañear.

El picador sentía ya en su enorme barriga el belfo húmedo del toro, y rezaba el credo, sin muchas esperanzas de llegar a «su único hijo».

La tragedia era eminente, se mascaba en el aire.

Entonces, y nada más que entonces, el fenómeno se dignó deshacer aquel tercer acto de drama romántico. Se metió entre el picador y el toro, le dió tripita, citó corto, en derecho y sin mixtificaciones, y cuándo el toro, como perdiz sencilla, le creía hecho polvo, Peporro lo sacó de la querencia en

pasos de navarra, jugando con él como si estuviera en la lactancia, dando largas al asunto y quitando moños a Dios y a su Madre.

La ovación se oyó en el Gaorisankar, y asustó a un pájaro.

Indudablemente, el fenómeno era el único.

En el bátrato de las sombras, donde por alta permisión los espíritus taurófilos veían todas las corridas, el entusiasmo no era menor y los angelitos tenían que dar a aquellos bienaventurados algún pellizco que otro.

Peporro quiso deslumbrar.

Su fealdad desaparecía como por ensalmo ante el toro, y algunos decían que le salían alas azules en los omoplatos; pero esto no puede ser verdad científicamente hablando.

El toro, que tenía en el morrillo tres boquetes, andaba algo remolón. Mas el arte del toreo consiste, entre otras muchas cosas, en alegrar a los mismos toros.

¿Conocéis algo más difícil que esto?

Por lo menos, es tan difícil como hacer reír a un condenado a muerte.

Sin embargo, ved lo que llevó a cabo y rabo el ilustre torero:

Sabiendo por intuición que la alegría es contagiosa, movió las caderas con tan sandunguera y repijolera gracia, que el toro se reía las tripas y no hubo otro remedio que entrar por uvas.

Tratábase de dar un quiebro de rodillas. El toro comprendió y se lanzó sobre él como una centella.

Los espectadores dieron un bote tremendo en el asiento.

Se oía por el ámbito: —¡Lo ha matado! ¡Lo ha hecho ceniza!

—¡Quiá, panolis!

Peporro se puso de rodillas, bien dobladas las puntas de los pies, que en los toreros como en las bailarinas son el centro de gravedad. El capote al brazo le servía de contrapeso. En los ojos el alma tomaba notas, con un lápiz, de la velocidad que el animal llevaba en la carrera. Un error de una milésima y el árnica se imponía. Cuando el toro y el torero llegaron a la conjunción, Peporro, matemáticamente, como si él y no Leibnitz y Fermat hubiera descubierto el cálculo diferencial, lo detuvo, lo sumió en un mar de confusiones, que si se tiraría por aquí, que si por allá; en fin, que el toro se hizo un lío y trazando una cycloide el fenómeno salió ileso por las patas de atrás con una limpieza que ni con máquina.

La muchedumbre, escandalizada, ebria, embriagada, convulsa y peripatética lloró de emoción.

Tenía ya su hombre.

España es una raza que no puede vivir sin su hombre.

Unas veces es un hombre de Estado que la desloma.

Otras veces es un militarote que la mete en una calle sin salida.

Otras veces es un orador que la embauca y enmohece.

Otras veces es *Bombo*.

Otras veces es *Platillos*.

Ahora era Peporro.

Oid lo que se oyó en un tendido. Decía el prójimo de marras:

—¡Quién fuera ese toro!

—¿Para qué?—le preguntaron.

Y respondió:

—Para apreciar de cerca lo que ese angelito hace.

El angelito hizo más. Rayó en lo sublime.

Quiso demostrar para qué se nos han dado los hígados.

He aquí la lección, que brindamos a la sección de *perspectivos* de la Escuela de Bellas Artes, por si cae.

Sabiendo por intuición que, según Arquímedes, el volumen de la esfera es igual a los dos tercios del volumen del cilindro circunscrito, se acercó al toro, lo empapó en los vuelos de la capa, le quitó los humos que le quedaban, le hizo trazar círculos sobre la arena y no lo dejó sino cuando el animalito entendió que la determinación de la relación

de la circunferencia al diámetro está comprendida entre 3'1408 y 3'1428.

¿Es esto o no es saber torear?

Como banderillero, el desmiguen, descujan y el acabóse.

Non plus ultra.

Poned dos bolas simbólicas, dos columnas, una cabeza de toro entre ellas, un sol radiante y decid: *Non plus* Peporro.

Banderillear—ha dicho un dogmático del toreo—no es colgar a un animal dos palos por otro animal. Es sentir la suerte.

Para los profanos este apogtema soberbio es incomprensible.

Sentir una suerte es nacer para hacerla.

Más claro.

El toreo nace, no se hace.

Mucho más claro.

El banderillero ha de entender que los rehiletes del licenciado Falces, vulgo banderillas, no son dos palos floridos, sino la prolongación nerviosa de las extremidades nobles que arrancan de los aeromiones y axilas, o sea hombros y sobacos.

Creo que nos explicamos.

Lo que no sé es si nos entendemos.

Peporro lo entendía como un ángel.

Una señora honradísima que le vió poner tres pares sin desfallecer, lo comentó así:

—Es un querube.

Una literata que hacía sonetos a toreros

y tenía tanta influencia que se los publicaban, decía:

—Si ese toro concibiera como yo el arte, se sentiría orgulloso de que le pusieran de ese modo unas vulgares banderillas.

Esta doncella de tan buenos sentimientos pertenecía a una Sociedad Protectora de animales no carniceros.

El fenómeno ponía así los palos:

Primer tiempo.—A quince metros un saltito dado sin violencia y movimiento cadencioso de los grandes huesos. El toro le seguía con los ojos encantado de las figuras que presenciaba.

Segundo tiempo.—Carreritas en torno del animal y golpecitos con los garapullos en el testuz; falsas salidas fingidas y limpiamiento de morros con un pañuelo immaculado.

Tercer tiempo.—Paso a paso avanzando y de pronto inmóvil. Se cita con el bajo vientre; el toro acude vertiginosamente, formando su carrera una línea vertical al ombligo del lidiador; éste deshace el ángulo recto, lo convierte en obtuso; chilla; mete las manos con limpieza como en un azucarero; se empuja en la punta de los pies, hace mutis y vase. El toro muge, se rasca y la plebe triunfa.

Tal castigo infligía a los toros Peporro, banderilleando, que a la hora de difuntos el toro era un puro caramelo.

Por lo supuesto, que habréis notado que la cuadrilla está demás con hombres como éste.

Matar un toro es sencillo.

Acudamos a un Doctrinal.

Dice Severo Lavapiés, que matar un toro requiere dos condiciones en un hombre. Primero, ser hombre; segundo, dejar de ser hombre en el instante supremo y convertirse en estoque.

Escribamos al margen:

¿Qué es un hombre?

Henos aquí entre cúmulus y estratus como un globo. ¡Tantas definiciones se han dado!...

En fin, fuerza es decidirse y nos decidimos por una definición cáustico-humorística de un torero. Decía el amigo:

—Un hombre es un sér sociable, bueno como el pan si no se lo quita otro sér.

Peporro, que era un hombre que si comía era por costumbre, no tenía ni ambiciones ni envidia, pero era un hombre.

Con la muleta aquel sér era un dios. Ved lo que hacía:

En los mismos cuernos del toro, y dejándose mecer en la cuna por todas las auras traidoras, pasándole el pitón por la región umbilical, inguinal y lugares adyacentes, Peporro se daba entero vaciando a diversas alturas y distancias, de pie, de rodillas, en decúbito prono, en supino, íncubo o súbubo

de costado por delante, de ídem por detrás, en redondo. Sus pases tenían los tres estilos dórico, jónico, corintio, con capitel, sin él, con plinto, sin zócalo, al revés, al derecho, sentado o...

Y después, un terremoto.

Cuadrárase o no se cuadrara el toro, hiciera por él o no hiciera, se abriera de patas o no, rápido, sin vuelapiés, ni recursos, ni manzanilla, ni visiones de enfermería, caía a plomo sobre el animal y lo hundía estoque y brazo hasta el hombro.

Y así ocho toros por la mañana y ocho por la tarde y todos los días.

La afición tenía su ídolo.

Le cogieron los morenos, le subieron en hombros y así lo llevaron hasta el coche. Desengancharon las mulas y poniéndose alegremente las colleras le condujeron hasta su casa, sin notar fatiga, sudando a chorros; pero seguros de hacer una gran obra. Los que lo presenciaban aplaudían y algunos, acercándose a las mulas honorarias, pagaban a altos precios el subido honor de tirar del carro del ídolo.

Por las calles que atravesaban, los vítores ensordecían.

La muchedumbre paralizó el tránsito, y como Peporro vestía el traje de luces, su estampa era semejante a la de los Rajahs de la India cuando van de bureo.

Los conductores de tranvías tocaban la campanilla en su homenaje; los *chauffeurs*, la bocina; los músicos callejeros, la Marselesa. El vocerío era milenario. No parecía aquello la apoteosis de un dios, sino la reaparición del cometa Halley.

Las mujeres, tan pudibundas en España, perdían su hieratismo arábigo y corrían entre el tumulto, como las buenas francesas del Directorio detrás de la carreta de la guillotina.

Una vez en su casa, la invasión tomó tales proporciones, que la policía hubo de intervenir. Nada menos que dos tercios de la Guardia civil fueron necesarios. El traje de luces que vestía aquella tarde quedó como el gallo de Morón. Se le llevaron a pedazos. Uno le cortaba las uñas como recuerdo; otro, las pestañas. Alguien le dió un beso y le hizo daño con las barbas. Un gachó le quitó el pañuelo, sin duda para recuerdo, y un tomador del tres compuesto, le birló el capote de paseo. Su madre lloraba. Una mujer que le daba grandes tijeretazos para cortarle un pedazo de taleguilla, y a quien sin duda se le escapó el instrumento, recibió un mamporro, salva sea la parte, que estuvo a las puertas de la muerte, si me voy, si me quedo.

A las tres de la mañana el gentío disminuyó y quedó en su domicilio con los amigos y admiradores.

El empresario señor Zaragüelles le ofreció por una corrida tres millones de pesetas. Otro empresario le propuso una *tournée* por América en ocho millones de duros y beneficio libre, más un barco cargado de loritos de la India. Otro empresario le solicitó con recibo en blanco. El, el ídolo, el dios, se negó terminantemente a complacerles. Haría lo que le diera la gana; para eso era fenómeno. Preparaba sorpresas.

Al día siguiente la Prensa de toda España venía cargada de elogios, ditirambos, odas y encomios. Los revisteros y los cronistas se disputaban la figura de Peporro para enaltecerla. Los retratos sumaban millares.

¿Hace bien la Prensa en esto?

Ella dice que sí.

Nosotros decimos que no.

¿Pero quién somos nosotros?

Ahí está el busilis.

El fenómeno había conquistado la Prensa, porque vino, sin él saberlo, a llenar un vacío. Procuraremos explicarnos y ser breves, explícitos y elevados de miras.

Existe en España un mal grave; a saber: la necesidad de un fenómeno que haga pasar el rato a los españoles.

La teoría nuestra de los fenómenos periódicos no es un enigma.

Las lides del Coso, por ejemplo, son siempre las mismas.

Prueba, las revistas que se hacen de los toros.

Pero la Afición crece desmesuradamente, en vez de debilitarse con la monotonía de una fiesta siempre igual.

¿Por qué?

Por los fenómenos.

Estos se trinchan a placer.

¿Dónde?

¡Ah!... eso es fácil. Se trata de sacar peras a la Afición, y como histérica perdida que es, se la engaña como a los niños. Figúraos un revistero que dispone de tres planas de un periódico; que puede colocar en ellas cuantos grabados le dé la gana; que puede decir lo que le parezca. Si ese revistero inventa un fenómeno y lanza un chico, reiros de la Fenomenología de Hegel.

Lo que necesita esa pasión es un nombre.

Ya está. Los desocupados, los neurasténicos, los vividores de esa misma pasión, que son millares, los oficinistas que disponen de las tardes, los vagos ricos, los perezosos pobres, los industriales menores que han de hablar a la fuerza de algo, cogen ese nombre, lo dan vueltas, revisan fotografías, se dejan arrastrar por la simpatía o la antipatía o la voz de un revistero de pupila, y ya tenéis un héroe.

Con un poco de buena voluntad, que está a disposición siempre de un histérico, y un

baño de imaginación, que les sobra siempre, se puede ver en un hombre un fenómeno.

El caso es renovarse.

Bombo se gasta. *Platillos* medra.

Platillos cansa, salta *Peporro*.

El fenómeno de hoy es el paria de mañana.

Sentimos habernos puesto serios.

Durante el siglo XIX España no ha contribuído en nada al progreso de las ideas fundamentales.

Podríamos trazar a dos columnas nuestros hombres y los hombres de Europa. Tendríais a un lado millares de fenómenos admirables a quienes se debe el espectáculo grandioso de la ciencia actual; a otro, centenares de fenómenos que han hecho progresar a la inversa las corridas de toros, infectando el ambiente, sosteniendo en el ánimo del pueblo el heroísmo y sus consecuencias y dando los espectáculos más vergonzosos.

Saquemos el pañuelo.

A otra suerte, señores.

Peporro se acostó. Iba a dormirse. La gloria le cerraba los párpados a trompetazos. Cuando debajo la cama oyó un ruido.

Felizmente para él, no era ninguna dueña dolorida que de esa guisa y trasnochamiento esperara la satisfacción de aquel deseo que llevó a la Corte de Salomón la reina de Saba, la bella *Belkiss*.

Era la etérea y fugitiva imagen de la Memoria que salía de entre las almohadas.

Desnuda y «pérfida como la onda», aquella imagen se acercó al lecho del fenómeno, que abrió los ojos cosa de una legua.

El fenómeno de óptica habló así al de estética:

—Hermano. Oye. Soy la *señá* Memoria. Los españoles se distinguen, porque no quieren nada conmigo. Perdieron las Colonias; ¿tú crees que se acuerdan? Perdieron las escuadras; ¿tú crees que se acuerdan? Perdieron la vergüenza; ¿tú crees que la echan de menos? No, Peporro, no. Es el Pueblo que no tiene memoria. Bueno. Vengo a decirte, para que no olvides, las cosas que produce España, aparte del honor único de haberte concebido.

Y la *señá* Memoria fué diciendo:

—Sidra, en Asturias; peleón, en Arganda; manzanilla, en Sanlúcar; aguardiente, en Cazalla; licores, en Valencia; melindres, en Yepes; jarabes, en Logroño; librillos, en Yecla; higos chumbos, en Andalucía; dátiles, en Elche; almejas, en Coruña; chorizos, en Candelario; turrónes, en Jijona; peladillas, en Alcoy; conservas, en Santander; higos, en Fraga; melones, en Añover; calabazas, en Totana; orejones, en Málaga; murrónes, en la Rioja; escarchados, en Zamora; bizcochos borrachos, en Guadalajara;

yemas de mazapán, en Toledo; galletas, en Renteña; corcho, en Ronda; chopos, en Burgos; aceite, en Martos; anisado, en Monóvar; fresa, en Aranjuez; melocotones, en Aragón; requesón, en Miraflores; aguardiente, en Chinchón; aguardiente, en Rute; vino, en Valdepeñas; tortas, en Alcázar, almendras, en Alcalá; vinagre, en Yepes; pimientos, en Calahorra; azogue, en Almadén; garbanzos, en Castilla; jamón, en Trévelez; paños, en Béjar; quesos, en Villalón; judías, en La Granja; bellotas, en El Pardo; arropo, en la Mancha; polvorones, en Sevilla; pescadillas, en Cádiz; naranjas, en Alcira; rosquillas, en Fuenlabrada; leche, en Las Navas; miel, en la Alcarria; hierro, en Bilbao; arroz, en Sueca; mantecadas, en Astorga; plomo, en Linares; salchichón, en Vich; estudiantes, en Salamanca; butifarra, en Cataluña.

La *señá* Memoria quiso descansar y quedó en silencio.

El fenómeno se había dormido.

Respetemos su simbólico sueño.

VI

La obsesión es un síndrome caracterizado por la aparición involuntaria y ansiosa, en la conciencia, de sentimientos o de ideas parásitas que tienden a imponerse al yo, creando así una variedad de disociación psíquica cuyo último término es el desdoblamiento consciente de la personalidad.

(Pitres y Regis.)

Peporro crecía en años y en merecimientos.

El doctorado se acercaba. Tenía ya diez y siete años y un pico.

España entera se lo devoraba. Saltaba del tren a la Plaza, de la Plaza al tren, del tren a un carro y del carro a la Plaza.

No exageramos. ¿Una feria sin el fenómeno?

Los pueblos más grandes se despoblaban por ir a verle.

En las cárceles había muchos por discutirle.

En los cementerios muchos por venerarle.
He aquí el escaparate de una librería por este tiempo:

—«El fenómeno comparado con *Bombo* y con *Platillos*»; «El fenómeno es dios»; «Antes que Peporro, nadie y demostraciones en octavillas reales de arte mayor»; «Peporro y su existencia, con datos acerca de sus antepasados»; «El fenómeno y su tiempo»; «El fenómeno se veía venir»; «¿Se casa el fenómeno?»; «Estudio patológico-social de algunas enfermedades que padece Peporro»; «Peporro a la luz de la razón»; «El fenómeno y la política».

Las mujeres se lo disputaban a mordiscos.
He aquí una aventura que hizo época:

Estaba el fenómeno a la puerta de un gran café de la Villa del Oso y del Madroño.

Y en torno del fenómeno la *débaçle*. Recordad el Santoral, el Calendario, los Diarios, los tomos de los Anuarios; todo eso estaba allí formando corro.

El fenómeno se limpiaba las botas.

En aquel histórico momento recibió una epístola olorosa.

La forma del sobre, el aroma, la pequeñez diamantina de la letra, ese satinado del papel, etc., etc... le hizo comprender que un corazón latía bajo aquel sobre.

En efecto; dejando el sobre en el mármol frío de la mesa notó que, a semejanza de los

peces sacados del agua, coleaba lúgubrememente.

Abrió el sobre. Una vaga sonrisa iluminó aquella cara etrusca que parecía un cepillo de las Animas.

Dióla a leer a un Grande de España que tenía al lado.

Este se la entregó a un Capitán general con mando en plaza, el que, a su vez, se la dió al Ministro de la Gobernación, allí presente y amigo íntimo del fenómeno.

Decía así si no somos bizcos:

—Peporrín, ven. Sigue a una enlutada que encontrarás en la calle de Sevilla. Ella tomará un coche, toma tú otro. El coche te dejará en el sitio donde te espèra, muerta de amor, una mujer enmascarada que ocupa en la alta sociedad un puesto indescriptible. Si no vienes habrá un cadáver más en esta villa. Si vienes, aunque no sea más que un momento, tendrás la mayor alegría de tu vida.—Tu sierva.

El fenómeno se levantó seguido de la multitud, tomó el coche y al punto aparecieron cien que fueron asaltados por los admiradores consecuentes. No dejaba de ser graciosa y hasta edificante aquella originalísima calbalgata del amor que parecía un entierro.

¿Dónde iban aquellos coches uno detrás de otro?

¡El amor y los toros! ¡Cuántos corazones

femeninos destrozados en el huracán taurómaco! ¡Ah, esas mujeres españolas tocadas con mantillas y madroños, de alto peinado en forma de Giralda, envueltas en flores *manque* sea el invierno, con cada ojo que le desengaña a uno de la vida, negras pupilas a cuya sombra Diana besa a Endimion! ¡Ellas no sabrán dónde tienen la mano derecha, pero ¿es que sirve para cosa alguna en España, la España de las cuatrocientas siete Plazas de toros, el orientarse, la cultura y demás boberías? Mujeres divinas ¡ay! que los días de toros, de Semana Santa y de difuntos salen a respirar el aire de nuestras ciudades, sois para los lidiadores. Ellos os conquistan con la leyenda áurea de su gallardía y hermosura. ¡No faltaba más!... Hacéis muy requetebién... ¡Matar un toro! ¿No es ello promesa de un amor furioso, estilo manicomio? ¿Pueden todos hacer lo mismo? Desconfiad de los intelectuales y demás hojarascas. Ser o no ser torero; he aquí el problema. Haced oposiciones a una cátedra, rompéos el alma aprendiendo el sánscrito, leed hasta desviar de vuestros ojos el rayo de luz... esas mujeres de los cuadros no son para vosotros. Son para el Peporro, para los fenómenos, para los hombres cuyos hígados y riñones son gigantes.

Peporro llegó. Los coches se detuvieron y esperaron.

Y esperaron... dos días.

Y Peporro no aparecía.

Y los admiradores no se marchaban.

Por fin, resucitó al tercer día.

—¿Qué ha sido, Peporro?—le preguntaron.

Y sonriendo, victorioso, mostraba un cheque contra el Banco por valor de quinientas mil pesetas.

¡Oh, esplendidez!

En la misma calle donde había nacido el fenómeno habitaba una mujer. Pero una mujer; nada de imágenes. Hermosa, maciza, mórbida, espléndida y de una pieza.

La había pretendido el hijo de un conde. Ella se negó siempre. Tenía un amor secreto. ¿No lo adivináis? ¿No os está diciendo el corazón que el objeto de aquella pasión era Peporro?

Cómo lo supo, lo ignoramos; pero Peporro lo supo. La telepatía, la querencia, las afinidades electivas... Escoged.

Y se amaron.

La luna velaba aquellos amores.

Una fuente cercana les coreaba su amor con el glú-glú misterioso del surtidor.

Cierta cercana campanita de monjas tocaba de vez en cuando como para acibarar un poco tanta dulzura, que el mucho merengue empalaga y acaba por tornar la vida sosa y estúpida.

En la calle no se oía paso alguno.

Peporro, que hablaba porque se estila, la decía, agarrándola por una mano que la otra le abandonaba por una reja más parecida a barrotes de jaula de fieras que a celosía oriental:

—En cuanto reuna tres billones de duros nos casamos.

—¿Tardarás?—le preguntaba aquel serafín generoso.

—Al paso que voy, un mes.

Dos sonrisas se unían púdicamente en el aire.

El silencio de los grandes amores cortaba aquella sonata.

Oíase el rasgueo de alguna guitarra de algún Paco de Lucena.

Eran soleares, esa canción que corta el aire como un cuchillo.

Una voz varonil, hija del montilla, cantaba una copla melancólica:

*¡Si mis huesos te pudieran
decir lo que por ti lloran!...*

Murciélagos alevosos tendían su sombra siniestra por las baldosas de la calle. Peporro y su amante se miraban, se miraban largamente, se miraban hasta que se desvanecían en un sueño hipnótico, en el letargo de los castos deseos hondos.

Ella murmuraba:

—¡Sois tan deseados los toreros, Peporro!
Y él aseguraba:

—¿Cómo quieres que yo haga traición a
esa boquita?, etc.

Aquel idilio terminó dramáticamente.

Una de las noches inolvidables, cuando el
lucero de la mañana se fué a la cama y él se
retiraba honestamente, sintió posarse en su
mano la mano de un sereno.

Era Becerro, que le conocía desde niño.

—¿Qué quieres?—le preguntó Peporro.

Becerro no se atrevía a hablar.

—Habla—gritó el fenómeno—o ese farol
que cuelga de tu chuzo alumbrará un ca-
dáver.

No había otro remedio que hablar. Y
habló.

—Mira, Peporro: Te he conocido desde
que...

—Abreviando—le gruñó el fenómeno.

—Bueno. Pues quería decirte que esa mu-
jer que tú amas es casada y viuda al mismo
tiempo.

—¡Cuernos del Papa!... ¿Que dices, Be-
cerro?

—Lo que oyes, fenómeno.

—¡Pruebas! ¡Pruebas o pierdes el des-
tino!...

—El marido de esa pícara víbora sin en-
trañas está en presidio; fué picador del *Fre-
nillo*.

—¿El *Tente en pie*?

—El mismo.

—¡Oh, ingratitud, tienes nombre de mujer!—exclamó Peporro.

Y su cabeza, siempre tan firme, cayó sobre un hombro.

—Sé hombre, fenómeno—le dijo el sereno.

—Soylo—contestó secamente y de un modo que no cabía duda.

—Los hombres se vengan, pero no se encogen—le musitó en el oído.

—¡Oh, no! Vengarme, nunca. Me debo a mi arte.

Y nuestro héroe olvidó. Quien no olvidó fué ella.

Cinco días después el cadáver del sereno flotaba en las aguas del río.

Otra aventura, ésta de órdago:

Una marquesa de vida intensa que no salía a compras sin llevar el Kempis en el bolsillo, se enamoró del fenómeno.

Era tan bella que no podía salir sola.

Eso les pasa a casi todas las mujeres en España; pero a ella más que a ninguna.

Una vez que salió sola volvió con los guardias medio desnuda, sobada por sátiros y vampiros interurbanos.

La marquesa se hizo brindar un toro.

El fenómeno hizo que disecaran la cabeza del toro y se la envió acompañada de una carta incandescente.

La marquesa le envió su doncella.

El respondió por medio de su banderillero
Birloque.

El banderillero y la doncella hicieron el dúo cómico.

El y la marquesa cantaron las primeras partes.

Y ello dió fama a la marquesa de audaz y a él de Don Juan.

Pero no acabó aquí. Ningún amor acaba bien.

La marquesa se casó con un marqués.

Y el marqués vió la cabeza de toro clavada en la pared.

Y se dió a pensar en Tauromaquia, hasta que se enteró. Entonces buscó al fenómeno y le pidió explicaciones, el cual se las dió tan cumplidas que, entablado el divorcio, se hicieron lo más íntimamente posible amigos. La marquesa se dió a la morfina.

El fenómeno continuó su marcha triunfal por este valle de lágrimas.

Copiemos de una biografía que le hicieron:
Una noche salía el fenómeno del teatro.

Dos amigas que también salían de ver bailar a la *Garrote* se detuvieron para contemplarle.

—Mira—dijo una de ellas, que era rubia—, ese es el fenómeno.

Al oirse nombrar volvió la cabeza, y como viera a la gentil pareja, se acercó.

Palabra de honor que eran dos jóvenes honradísimas, de inmejorable familia.

El Peporro las miró únicamente.

Ellas se arrojaron en sus brazos sollozando...

En esto llegó el día de la doctoración.

Tres meses antes no quedaba una localidad, y eso que se había vendido el triple de la gente que cabía. Un ministro de uno de los ramos que componen la flora tropical de nuestra Administración, fué en persona a pedir al futuro doctor una entrada. Peporro se la negó terminantemente.

Le pusieron doce o trece trenes especiales.

La tarde de la doctoración se le apareció Martincho haciéndose el encontradizo.

—Llegaste—le dijo.

—He llegao—afirmó sencillamente el héroe.

—Esta tarde hay que quedar como los ángeles, Peporro.

—*Zará lo que se puea*, Martincho.

—Una Nación te contempla.

—Lo sé.

—Un país pende de tus hazañas.

—Lo he tañado.

—Aquí hace falta un hombre.

—Ese hombre soy yo.

—Buena suerte, Peporro.

—*Sapetese*, Martincho.

¿Cómo describiros aquella tarde? Renun-

cio. Básteos saber que en el segundo toro hizo tal faena, que hubo de asistirse en la enfermería unas seiscientas personas atacadas de pasmo cerebral congestivo. En el cuarto puso un par de banderillas, que el mismo toro, sentándose, aplaudió generosamente, confesando que bien valía la pena tal castigo ver tan colosal faena. Testigos presenciales dicen que en el toro sexto, un toro mogón, de cuidado, que, por cierto, mató a un picador llamado *el Serrucho*, sentó plaza de maestro. Aquella faena arrancará lagrimas de emoción a nuestros mismos nietos.

—Mire usted—me decía el anterior espectador—: el toro estaba desconfiado, derrotando en tablas y a la querencia siempre de un penco desollado que yacía en la arena. Toma los trastos y, frente al 8, le da un pase de pecho, que pone a la plaza en un pie, como a las grullas. El toro no hace más por él, y como sabe tanto ese fenómeno, se sienta en el estribo, le cita, acude el toro, él no se mueve, lanzamos un grito, y que le dé el sarampión a mis hijos, si no vi al toro acariciarlo y lamerlo. Le puso la cabeza en orden, le convirtió en un borrego razonable y le arreó un sopapo *lagartijero* en la cruz que le hizo astillas.

El fenómeno salió de la plaza por milagro.

El Gobierno, en atención a sus méritos, reconoció su doctorado.



Nosotros, viendo que se vendían como pan bendito los libros sobre el fenómeno y los otros fenómenos que han surgido, no hemos tenido inconveniente en idear uno más, y nos alegraría el corazón que éste corriera la misma suerte, por varios motivos que hacemos muy bien en callarnos.

Con esto trazamos punto final, queridos aficionados y compatriotas, y con toda el alma os deseamos que no se vuelva a repetir aquella escena del 1898.

¿La recordáis? ¡Pícara memoria!

Salíais de los toros. Todo un pueblo salía de los toros comentando las faenas de los diestros.

De pronto, la voz de un vendedor de periódicos rasga el aire.

Os estremecéis. ¿Qué oís? ¿Es posible?

Aguzáis el oído, de nuevo temblando.

Y entonces, claro, perfectamente claro, llega a vosotros este pregón que ha cambiado los destinos de una raza:

—¡EL EXTRAORDINARIO CON LA CATÁSTROFE DE LAS ESCUADRAS DE SANTIAGO DE CUBA!!...

EL TORERO Y EL REY

CUENTO QUE MUY BIEN PUDIERA INCORPORARSE A LA HISTORIA, SI LA HISTORIA NO MINTIERA TANTO; CON ALGUNAS REFLEXIONES Y ROMANCES QUE SON DE LA MÁS PURA DOCTRINA Y ACABAMIENTO; Y CON NOTAS MARGINALES QUE QUITAN EL HIPO. DEDICADO POR SU AUTOR A TODO EL QUE CONSERVE UNAS «MIJAS» O MI-GAJAS DE SENTIDO COMÚN, MEOLLO Y SINDÉ-RESIS.

COGIDA GRAVÍSIMA
DEL «NIÑO DE LA SEÑÁ GEROMA»
EN LA PLAZA DE MORÓN

O

EL MILAGRO DE LA VIRGEN
DEL PALOMO

COMENTARIOS

Escribimos estas líneas bajo la impresión de la tremenda desgracia que el Destino, implacable con nuestra Nación, ha querido traer sobre ella. Nos confesamos, por esta

vez, incapaces de resistirla y hemos de acudir al sagrado deber de informar al público para que nuestras energías no se paralizen y tiemblen en nuestros ojos conmovidos las más acerbas lágrimas. Un héroe; el hijo predilecto del País; quien hoy representa en nuestra Patria lo más exquisito y delicado del espíritu nacional; el que durante tantos años ha tenido pendiente de sus hígados nuestro corazón; el hombre tipo de la Raza; el joven de genio en cuyo divino arte parece que palpita el infinito; el macho de la estirpe a cuyos pies han caído coronas ducaltes y millones de hojas de margaritas; el dios de nuestros destinos; en una palabra, el *Niño de la señá Geroma*, ha caído, rígido, tal vez muerto, en el suelo ardiente de una Plaza de toros, de una de esas escuelas de costumbres en las que nuestro pueblo proclama su indiscutible hegemonía del Universo. La pluma tiembla y como se rebela a transcribir lo sucedido. Hay dolores que se meten muy hondos; hay ocurrencias que destilan sangre invariablemente fresca por muchos días que transcurran; hay sucesos que paralizan hasta los menudos e imprescindibles actos de nuestra vida. El telégrafo, el teléfono, *la sin hilos*, el vulgar correo, la paloma mensajera, el vuelo invisible y rápido de las malas noticias, todo eso y más nos ha traído el relato macabro de la desgracia

que no dudamos en juzgar ni por un momento, ni por cualquier linaje de consideraciones, el más transcendental de la época. Ni las ruinas de las escuadras, ni los juegos trágicos del Parlamento, ni la mediocridad medioeval de nuestras medianías políticas, ni las palizas de Africa, ni la esterilidad espeluznante de nuestros ingenios, nada de eso tiene para nosotros la importancia de la pavorosa cogida del *Niño de la señá Geroma*. Lejos de nosotros ese género de sentimentalismo que en estos últimos años ha movido la pluma y la boca de almas enfermas y femeniles al condenar por bárbara la fiesta nacional. Los bárbaros son ellos, que, fracasados en todo género de tentativas para buscar una popularidad ansiada, husmean en la condenación de estos espectáculos una exhibición, unas pesetas y una distinción tan ridícula como trasnochada. Sepan esos tales que la cogida del *Niño de la señá Geroma* significa nada menos que el acontecimiento más triste de hace sesenta y dos años y que no vacilamos en conjeturar causa de graves trastornos. Ese héroe, muerto quizás a la hora avanzada en que pergeñamos estos renglones, es la ideificación de nuestro valor legendario; y así como los franceses convirtieron un templo inmenso en panteón laico para dar albergue a los restos de Mirabeau, así pedimos nosotros

que, de ser ciertos los rumores que corren, descanse el cuerpo serrano del *Niño de la seña Geroma* en la iglesia de San Francisco, de la capital. Sabemos que a estas horas son varias las ciudades que se disputan el corazón del *Niño de la seña Geroma* y afirmamos que su asadura debía conservarse en las Cortes, debidamente guardada, para que nuestros funestos diputados aprendieran a ser hombres. Y lo afirmamos muy alto, aceptando todo género de responsabilidades, pues va siendo hora de contestar a esos intelectualillos gazmoños y pizpiretos que hablan de Europa sin saber lo que nosotros tenemos para andar por casa. ¿Es que la faena que el *Niño de la seña Geroma* realizó en Madrid el año 98 con el toro *Cerralbo* no vale más que la invención de los aeroplanos? ¿Es que el pase de garabatillo que dió al toro ya famoso no fué la desopilación? ¿Es que las tres verónicas dadas a ese mismo toro no valen cada una *la sin hilos* o el mismo descubrimiento de América?... Pues ese hombre que de tal modo acertó a condensar el genio audaz de la Raza de Lepanto a estas horas yacerá en una cama imperial entre cuatro cirios. La fatalidad es así; se ceba en el mérito y arranca despiadadamente una existencia gloriosa. Esquilo, el cantor sublime de Prometeo, de existir hoy, templarí su lira para enaltecer a este hom-

bre sin par que se ha jugado por seis vulgares billetes de mil pesetas una vida a la que nadie se atrevería a poner precio. Todavía recordamos, y parece que nuestra memoria se recrea en ello, el quiebro de rodillas que dió el malaventurado artista al octavo toro de la corrida patriótica, en aquella corrida—oidlo bien, detractores ridículos de la fiesta—que dió a nuestros soldados noventa mil pesetas, o sea una cajetilla de tabaco por barba. ¡Qué quiebro, cielos!... El toro llevaba al concluir la suerte ¡¡¡sangre!!! en el pitón izquierdo, y él, riendo, recibió aquella imponente ovación que no se volverá a oír jamás. ¡Hasta el Rey, nuestro muy amado monarca, aplaudía!... Nada nos queda ya sino remitir a nuestros lectores a la extensa información que publicamos. Todas las tres primeras planas de las cuatro que nuestro periódico contiene se han dedicado a este asunto, para cuya evacuación no se ha escatimado sacrificio alguno. Cinco redactores, salidos ayer en aeroplano, invirtiendo sumas cuantiosísimas, han conseguido las más trágicas e interesantes noticias. A ellas enviamos a nuestros lectores. Nuestra congoja es tan profunda que en vano apelamos a nuestro deber. Hay instantes supremos en los que el mismo deber es impotente para contener las lágrimas que a borbotones salen de nuestra alma. Reciba el hermano

del héroe admirable nuestro pésame más sentido. Un País está de luto. ¡¡No es un hombre el que agoniza en Morón; es toda una Raza, la Raza de los Conquistadores, del Cid y de *Frascuelo!!*

LAS PRIMERAS NOTICIAS

Cuando hacíamos la información del Congreso y con más visible satisfacción oíamos al campeón del transformismo trinar contra el proyecto del Ministro de Hacienda, que no quiere confesar ni a tiros el déficit ocasionado por la guerra, un rumor muy grave nos hizo saltar del asiento. Se decía que un toro había partido en dos pedazos al *Niño de la señá Geroma*. Nadie quiso creerlo, por serle muy difícil a un toro partir a un hombre en dos mitades; pero el rumor fué tomando consistencia y, desgraciadamente, fué confirmado por telegrama urgente del joven y ya famoso hermano del diestro, dirigido a su amigo el Presidente del Consejo. Este, con visible emoción, lo leyó a los Ministros que bajo su presidencia se habían reunido para dictaminar sobre la crisis inminente, el telegrama, y se abandonó la discusión por todos, pues no podían contener su ahogo.

El telegrama redactado en un estilo lacónico y varonil, decía así:

«Morón, 4 tarde, urgentísimo».

—«*Niño seña Geroma* gomita sangre negra. Llévasele pateta; toro criminal partióle hígados. Ciencia impotente.»

Pronto se extendió por Madrid la triste nueva, y en todos los cafés, oficinas y círculos no se hablaba de otra cosa. Los diputados abandonaron los escaños para cambiar impresiones sobre la cogida, aunque se discutía la denuncia de un Tratado de Comercio con Inglaterra. En las calles se formaban numerosos grupos que comentaban acaloradamente el suceso, agrandándolo según la fantasía popular. Una numerosa manifestación se estacionó ante el Ministerio de la Puerta del Sol y delegó en una Comisión que fué recibida por el subsecretario. Este señor, que por cierto es el apoderado del *Mochó*, respondió amabilísimo a la Comisión, en la que formaban varias mujeres bien ataviadas, y al parecer selectas, enseñándolas un telefonema del gobernador de la provincia. El telefonema estaba concebido en estos términos:

—«Comunicame alcalde Morón toro ganadería Duque sacó intestinos *Niño seña Geroma*. Salgo Morón urgencia. Despuéblase provincia dirección Morón. Aspecto ciudad imponente. Consternación honda. Localidades corrida mañana véense nubes. Consulto Ministro bandera media asta.»

A las cinco de la tarde el célebre doctor Rabo recibió este expresivo telegrama, que llevó la alarma a los más recónditos hogares:

— «Niño seña Geroma llámale ansioso. Tres cubos sangre. Herida cabe Palacio Real. Gritos óyense Africa. Apresure. Hermano.»

El doctor Rabo salió inmediatamente en un automóvil del Conde Duque con dirección a Morón.

A medida que avanzaba la tarde la ansiedad era más profunda. Todas las conversaciones giraban sobre la cogida del coloso taurino. Los extraordinarios de los periódicos eran arrebatados de las manos, pagándose cinco y diez duros por ellos, cosa nunca vista.

La multitud se agolpaba ante nuestro transparente y comentaba las noticias con lúgubre rumor. No exageramos al afirmar que la circulación de coches y tranvías estuvo suspendida varias horas.

Al conocer la muchedumbre que el toro se llamaba *Africano* hizo comentarios desagradables, aunque graciosos, porque nuestro pueblo es substancialmente zumbón y guasivo y tiene el privilegio de las antítesis.

Por esta redacción se encargó urgentemente al corresponsal de Morón que no omi-

tiera gasto alguno y nos enviara hasta los detalles más insignificantes.

LA CORRIDA HISTÓRICA DE MORÓN

He aquí el relato de la corrida que constituirá en el porvenir una de las páginas de nuestra ya negra historia:

«Al anuncio de que torearía el *Niño de la seña Geroma*, se habían vendido todas las localidades, cometiendo la Empresa las mayores enormidades, pues, según se vió después, había vendido tres veces y media más localidades de las que hay en la Plaza. El *Niño de la seña Geroma* quería, según sus íntimos, poner el mingo y quitar moños a los que se llaman fenómenos... del reclamo. Esto, y el ganado del Duque, seis toros de preciosa lámina, de unas trescientas arrobas cada uno, echó sobre Morón la provincia entera. Con el *Niño de la seña Geroma* alternaba su hermano, con el objeto de que todo se quedara en casa. En la Plaza cegaba el sol. Las mujeres eran todas hermosísimas, no por casualidad, sino porque no se sabe de alguna fea que vaya a los toros. Había tal deseo de ver cosas grandes, que se mascaba en el ambiente. A las tres de la histórica tarde, una tarde de sol, voluptuosidad y moscas, ocupa su sitial el presiden-

te, y da comienzo el paseo a los acordes del pasodoble famoso del *Tarugo*.

Las palmas no fueron muchas, debido al resentimiento oculto, pero elocuente, de los bolsillos—una barrera del 8 había costado trescientas pesetas—, y al ocupar su sitio el empresario, señor Tabique, oye una ovación capaz de poner dulce a un cepillo.

Cuando algunos gateaban por las columnas, para darle lo suyo, aparece en el palco 215 Juanita *la Pescuecera*, la famosa artista de *varietés*, y el pueblo en masa la tributa un homenaje que dura una hora, y sólo interrumpe la salida del primer morlaco.

Es un animal estupendo. El público se pone fulminantemente de pie y se rompe las manos aplaudiendo al ganadero, que llora como un niño de emoción y reblandecimiento. El toro es realmente una joya, y ni esculpido resultaría mejor. De cuerno a cuerno hay cosa de un kilómetro. En el morrillo se hubiera podido tender un hombre a lo largo. La vista del mamífero es perfecta. Sale despacio, agresivo y con cierto aire de marcialidad, mirando fijamente a la barrera, en cuyo estribo, los toreros, algo pálidos, le contemplan. Ya en el centro, se cuadra como un quinto, muge y escarba la arena acompasadamente. Se hace un silencio que ni el de la tumba fría, y un peón de brega le da el primer lance, que es el disgusto más

grande que ha recibido en su vida, pues el toro lo sigue hasta la barrera, y el niño debe la existencia a mamá Naturaleza, que ha hecho los árboles, de cuya madera se hace la barrera de las plazas. Se le acerca un piquero, el bárbaro de *Pedrón*, que es el querido de *la Pescuecera*, precisamente, y el toro recula un poco para arrojarse, como un tren en marcha, sobre el automedonte. El choque es de órdago; el caballo va a parar al tendido, y *Pedrón* se rompe la cabeza contra el suelo, saliendo de ella cinco o seis chorros de sangre. Acude en su auxilio un poco tarde el *Niño de la señá Geroma*, se abre de capa, y el toro que lo ve, se echa encima, sin avisar, mete la cabeza, y...

ESPANTOSA COGIDA DEL «NIÑO DE LA SEÑÁ
GEROMA»

El espectáculo es horrible e inenarrable. Junto a la barrera, el toro ha metido el cuerno izquierdo, todo entero, hasta la cepa, en el pecho del diestro, de un solo golpe, certero y rápido, seco, como puñalada de pícaro. El toro retrocede, al ver lo que ha hecho, como si se arrepintiera, y el pobre torero se lleva las manos al pecho, como una dolorosa, gira tres veces sobre su eje y cae de bruces. La Plaza palidece. Un ¡ay! estentóreo y

prolongado, como un alarido milenario, retumba, atronador, por los ámbitos.— ¡Lo ha matado! — exclaman de todos los lados. Cuando se llevan al toro, siete monosabios cogen al torero del suelo. La sangre cae al ruedo como de una cañería rota; una sangre de un rojo de vergüenza pura, que da envidia el verla. Las señoras se desmayan, pero no se van. Los hombres tampoco se mueven. A cada movimiento de los que le conducen sale del boquete un chorro del líquido precioso. Un monosabio empapa en él su pañuelo y se lo guarda con religioso respeto. Algunos hombres lloran sin consuelo. La emoción de todos es tan trágica, que un poeta compondría con ella cien tragedias, y le sobraría emoción. El pueblo, siempre bueno, siempre grande, acompaña con los ojos la procesión macabra que a duras penas puede circular entre barreras, por la sencilla razón de que hay en el callejón más gente que en el resto de la Plaza. Por fin, puede llegar a la enfermería el fúnebre cortejo. Y la corrida sigue. ¡No faltaba más que no siguiera! Es la fiesta del valor. Y se necesita valor para continuar en el tendido; ¡vaya si se necesita!... Pero España es así, y por eso nos envidian en el extranjero. Ningún pueblo de Europa haría lo que nosotros, estad seguros.

EN LA ENFERMERÍA. —UNA CURA TERRIBLE

La primera cura sufrida por el diestro puede calificarse de espantosa. La herida tiene unos cuatro metros de profundidad, y el destrozo que el cuerno ha producido es terrible. El doctor, señor Cornucopia, ha realizado un *tour de force*. Sondada la herida, ha procedido a desinfectarla, operación difficilísima, pues a medida que la desinfectaba por los modernos procedimientos de asepsia, que, como es sabido, fueron descubiertos por el doctor lord Lister, se infectaba de nuevo. Con unas tijeras muy largas y afiladas estuvo cortando durante cinco horas carne viva y sanguinolenta, mientras el ayudante empapaba tres mil paquetes de algodón en la sangre generosa del héroe. Hubo que coser los pulmones el uno al otro, para impedir que cada uno se fuera por su lado, y dar nueve puntos de sutura al diafragma. El esternón, abollado y roto, fué enderezado a fuerza de tirones maestros, y dos costillas falsas sustituidas por dos pedazos de plata pura, procedentes de dos candelabros de la capilla. La ligación o ligamento de las arterias y venas fué proteica; los brazos del doctor, hasta el codo, estaban llenos de sangre, y las pinzas que sujetaban las venas y arterias parecían esos aparatos

que se ponen las niñas para rizarse el pelo. El acto de sujetar el corazón a las paredes del pecho fué emocionante de veras, y a juicio de los que lo presenciaron, espeluznante. El corazón no quería estarse quieto y se salía del pecho; hubo que ponerle encima una plancha. Como los hígados del *Niño de la señá Geroma* tienen una proporción desmesurada, el doctor aprovechó la ocasión para cortarlos cosa de cinco kilos.

DETALLES HORRIPILANTES

Como a causa de la insuficiencia del aire fuera necesario aire artificial, se proporcionó al doctor un fuelle de cocina, y gracias a este aparato casero pudieron los pulmones funcionar nuevamente. El doctor se hacía lenguas de la resistencia física del *Niño de la señá Geroma*, que ha soportado, sin morir, una cura tan larga, dolorosa y profunda. Cuando la operación estaba en su período álgido se oían los gritos de la muchedumbre que vitoreaba al hermano del héroe. ¿No es digno de la epopeya ese hermanito que, viendo a su hermano hecho una calamidad, no deja de torear por eso y bajo el peso de la horrible desgracia no vacila en divertir al público, ávido de emociones, y salva los intereses de un empresario, ávido de pesetas?... Sólo España produce estos hombres.

El *Niño de la señá Geroma* abrió por fin los ojos en el momento en que con un escople y un martillo se le rompían unas costillas, y preguntó al doctor:—¿Cuándo volveré a torear, maestro?—Dentro de dos días—le respondió el doctor cogiendo el serrucho. Un alarido brutal, ciclópeo, bestial, interrumpió este horrendo diálogo. De fuera venían los rugidos de la multitud, el trueno de las ovaciones y el rítmico chasquido de los olés con que la plebe premia los lances afortunados de la lidia. Este doble espectáculo de un pueblo que se divierte y un héroe que apura toda la gama del dolor, era sencillamente siniestro. Pocas catástrofes tendrán tan serena y olímpica grandeza. A dos pasos del ruedo, donde la gloria bate sus alas sobre los astros coletudos, la muerte acechaba una víctima de esa gloria. El doctor concluyó. La gente, acabada la corrida, se había estacionado ante la enfermería, y un centenar de guardias civiles sostenía una ruda batalla. Todos querían entrar y ver al héroe. Este ofrecía mal aspecto. Aunque él era negro de nacimiento, la cogida y la cura lo habían puesto tibio y lamentable. Frecuentes inyecciones lo sostenían, y era horroroso contemplar, revolviéndose en sus órbitas, la blanca córnea de los grandes ojos del diestro. Todo se le volvía preguntar:—¿Cuándo atorearé otra vez?—El doctor le

respondía invariablemente:—Mañana, si no hablas, nene.

CONFLICTO PÚBLICO

Al sacarlo en la camilla para conducirlo al hotel, la multitud rodea y estrecha el fúnebre séquito de tal modo, que los conductores del semiataúd vacilan con su preciosa carga, como los bueyes que llevaban el Arca Santa, según la Biblia. Entonces sucede lo de siempre. Los civiles cargan sobre la multitud con su acostumbrada amabilidad, y despejan algo el camino, que vuelve a interrumpirse cien veces. Es el pueblo que ama a su ídolo y lo ve agonizando dentro del hule de la camilla, y lo acompaña, como dándole lo único que puede darle ya: el homenaje de una simpatía póstuma que ha de eternizarse, si muere, en coplas y en un recuerdo tenazmente sostenido. Se ve entre la multitud muchas personas que lloran silenciosamente. Son almas de la Raza conmovidas hasta los huesos por esta desgracia nacional; espíritus heroicos afectados en la médula por el macabro accidente. Una mujer se lamenta así:—¡Y con lo simpático que era!... No se puede dar un paso. La muchedumbre es tan numerosa, tan compacta, que los guardias desenvainan sus sables épicos y amenazan en vano, pues el pueblo es to-

zudo y se ha empeñado en no separarse de su héroe. Desde los balcones se goza un espectáculo tan pintoresco como imponente. Parece aquello una manifestación inmensa. La camilla se mece en el oleaje de carne humana, como las andas de un santo en la procesión. Se sacan fotografías con destino a todos los periódicos, y el rumor de la multitud debe llevarle al héroe una alegría inenarrable. Se oye decir a un jovencito:—¡Quién fuera él!... Ya en el hotel, los guardias han de formar barrera en la puerta, porque el gentío quiere subir a toda costa. Se quedan fuera murmurando, irritados, con la vista fija en los balcones, como si desearan ardientemente que el diestro se asomara y les hablara acerca de lo que sintió cuando el toro le metió el cuerno en el pecho. Sería un deleite más que el pueblo apuraría de buena gana. ¡Ah, si en el reverso de los billetes de toros se prometiera que en caso de cogida se curaría al diestro ante el público, y el torero hablaría después acerca de los dolores y emociones sentidos!...

EL POEMA DE LOS TELEGRAMAS

Antes que el malaventurado torero habían llegado al hotel unos papeles verdosos, azules y amarillos, que ocupaban varias mesas y sillas. A simple vista podrían calcularse

en tres mil. Procedían de todas las provincias y de todas las profesiones y de todas las clases sociales. Se interesaba por el *Niño de la señá Geroma* la Banca, la Política y la Sociedad. Aquello era la apoteosis de una popularidad ganada paso a paso desde la nada bochornosa. El telégrafo había cursado la noticia de la cogida a los rincones más remotos, y éstos, como un eco, remitían su pena por tal desgracia y su deseo vehemente que el *Niño de la señá Geroma* sanara pronto y bien, y volvería a torear. Porque a la Raza lo que la importaba no es que un hombre sanara de una herida, sino que el hombre volviera a su profesión para que la divirtiera. Y, pensándolo bien, ¿quién tiene la Raza hoy que la distraiga de su aburrimiento y la consuele de sus fracasos y la hurgue en los sobacos? La impresión causada por la herida fué inmensa. ¡Una cornada en el pecho!... ¡Olé los hombres!... ¡Ahi deben recibir los héroes las heridas!... El telégrafo es incapaz de transmitir tanto despacho. Se ha declarado urgente y continuo el servicio telegráfico, porque el héroe lo merece todo. Algunos toreros han declarado que tomarán trenes especiales para visitar al compañero. En toda una Nación no se habla de otra cosa, y la prueba está en los millares de telegramas. Los hay de ministros, catedráticos, diputados, nobles, sena-

dores e intelectuales. De éstos, sobre todo.

Un ministro ha puesto el siguiente telegrama:

«Abrumado noticia cogida horrorosa, pido cielo salve gloria nacional. Caso muerte, acudiré duelo.»

He aquí el telegrama de un intelectual:

«Cornada *Niño seña Geroma*, repercutido pechos españoles.»

Un telegrama de admirador:

«Si mueres, niño, muere contigo un siglo.»

LA MEDALLA DE LA VIRGEN DEL PALOMO

En un rato de lucidez el diestro ha confesado una cosa extraordinaria. En cierta corrida, y como premio a una de esas faenas que le quitan a uno el sentido común, la Reina regaló al diestro una medalla de la milagrosa Virgen del Palomo. Sabido es que su hermano fué librado de una cornada gracias a una medalla de otra Virgen. El *Niño de la seña Geroma*, que como buen torero es supersticioso, había puesto en esa medalla su fe y lo que de amor le ha dejado la *Bella Borrego*, su célebre costilla. Pues bien: al levantarle el apósito el famoso doctor de los toreros Sr. Rabo, le llamó la atención al *Niño de la seña Geroma* sobre la tal medalla que llevaba al cuello, y que precisamente caía en el lugar de la cornada el día

de la cogida. Quiere el diestro que no se limpie la medalla y que ésta conserve *per omnia sæcula sæculorum* la sangre que la tiñe. Esto ha sido muy elogiado, y casi es seguro que el diestro se salvará por causa de fe tan arraigada, aunque algunos no comprenden cómo la Virgen no evitó la cornada estando tan cerca del lugar lastimado. Ello es la comidilla de todos. Unos afirman que si el cuerno da en la medalla no hubiera penetrado en el cuerpo, y otros dicen que muy bien pudo Nuestra Señora del Palomo ladear su efigie al sentir el cuerno y permitir la cornada, para enseñar al torero que las Vírgenes no libran de peligros de los que muy bien puede uno librarse teniendo vista y sabiendo de toros. En fin: esto parece cosa de teólogos; lo que importa testimoniar es que el *Niño de la señá Geroma* llevaba al cuello una medalla de la Virgen del Palomo la tarde en que un cuerno mortífero y sacrílego le metió metro y medio de hueso en el cuerpo.

El diestro se queja amargamente, y han tenido que atarle las manos a los boliches de la cama, porque de puro coraje quiere arrancarse el apósito. Todo se le vuelve preguntar por el doctor Rabo, que, como es sabido, tiene ángel para curar toreros, y parece ser que, mortificado por ello el doctor Cornucopia, que le hizo la cura primera, no está de buen humor. De cinco en cinco mi-

nutos se le propinan inyecciones de cafeína. A petición del malogrado artista se le ha vuelto a colgar la medalla y se ha aliviado un poco, gracias a la Virgen.

LA CAMA

El lecho en que se acuesta el *Niño de la señá Geroma* es de los que llaman cama camera, y con un poco de buena voluntad podría servir para un matrimonio bien avenido. Tiene cuatro bolas en los barrotes extremos, algo menores que las bolas del puente de Segovia de Madrid. Es de hierro dulce y, según dicen, en ella murió de cólico misere-re *la Lobato*, la famosa bailaora. El colchón de muelle nada tiene de particular, y las sábanas son de esas que se dicen de canónigo por lo historiadas de encajes que están y lo incómodas que son. En el testero, y encuadrada en un marco ovalado, hay una Virgen de esas que se llaman de mala estampa. El diestro se ha acostado en ella hoy por vez primera, pues la noche la pasó en un lugar cercano al hotel y que se conoce por Conejera de la tía Cotilla. A través de la ropa de la cama se ve el cuerpo juncal del héroe, rígido y solemne, y la cara se destaca de la blancura de las almohadas, porque, como es sabido, el diestro es de un negro color de botella llena de vino.

EL ORINAL

Este utilísimo artefacto, tan desprestigiado y que se conoce por el poético nombre de vaso de noche, se encuentra debajo de la cama al alcance del héroe y a unos dos centímetros de la barra de hierro maestra de la cama. Es de tierra de Talavera, con el color siena peculiar de esta clase de barros, y a través de los orines espesos del diestro se ve un ojo pintado en el fondo. Guirnaldas de flores rodean el recipiente, y el asa es algo incómoda. En él han hecho sus aguas menores el embajador inglés que vino a comprarnos las Canarias y la bailarina española, gloria del arte de Terpsícore, Tórtola Valencia. Un admirador ha comprado este orinal al dueño del hotel en 100 pesetas para cuando ya no sirva, desgraciadamente, al admirable maestro.

LA ROPA DEL DIESTRO

Es un espectáculo inolvidable. Dicen que hubiera hecho con ella la crónica más hermosa de su fecunda vida literaria. En el respaldo de una silla está la chaquetilla torera con sus hermosas líneas verticales; el oro y la sangre, seca ya, del *Niño de la señá Geroma*, forman un poema mudo de nacionali-

dad y valor. La sangre resbaló por los cabos, empapándolos, y da grima verlos; ¡marea tanta sangre! ¡Y aquellas manchas son sangre de las venas del *Niño de la seña Geroma!*... Sobre la chaquetilla hay un suspensorio de malla de seda, unos tirantes y dos prendas de ropa interior de tejido finísimo de color crudo. La taleguilla está en otra silla, y tiene también sangre, aunque, por ser la culera grana, no se destaca mucho. En un sofá, sola, esplendorosa, epopéyica, detonante e impertérrita, como interrogación de los tiempos del Romancero, se destaca la camisa. Es una camisa de una vez, que parece tejida por manos de una hada, con chorreras, dobladillos de leyenda y bordados en realce. La sangre la ha cubierto por la pechera y mangas de una mancha horrible, negra, cárdena, siniestra, cuyo solo aspecto produce vértigo y calentura infecciosa. Además, y esto es lo trágico, el cuerno del toro abrió en ella un boquete que no es agujero, ¡aquello es un túnel!... El hermano del diestro piensa regalar esta camisa al Museo Arqueológico para que figure en la sección de los trapos suntuarios. Las zapatillas del héroe descansan juntas cerca del armario de luna y hay en su aspecto un silencio lleno de reticencias. ¡Ah, si esas zapatillas hablaran!... Las medias color perla de golfo, manchadas de sudor y de tierra, yacen no lejos

de las zapatillas. La faja, sin doblar, tal como se la quitó el diestro, luce sus lamparones horriblos de sangre, sobre un sillón inglés. Pero el dato conmovedor son dos escapularios, cosidos uno a otro, y semejantes a los evangelios que se ponen a los recién nacidos, tintos de sangre heroica y colgados de una barra de la cama.

EL DOCTOR EXAMINA LOS ORINES DEL DIESTRO

Con grandes trabajos y esfuerzos sobre-humanos ha podido orinar el héroe, aunque, como es natural, sin cambiar la posición horizontal o de decúbito supino. Examinado el líquido por el doctor, halló una ligera mejoría, dentro de la gravedad que, a su juicio, sigue siendo crítica y de funesto desenlace. La urea del *Niño de la señá Geroma* no presenta síntomas excepcionales, huele a diablos, y por cierta fosforescencia se ha venido a deducir que todo arde en esa alma brava hecha para el valor. Se ha llevado el doctor un frasquito lleno de orín para examinarlo al microscopio con el detenimiento que merece tan grave asunto.

UNA FRASE CÁUSTICA DEL «NIÑO»

Cuando el doctor examinaba con más cuidado los orines del *Niño de la señá Geroma*,

éste abrió los ojos, y contemplando al doctor, se sonrió con una sonrisa preñada de gracia andaluza y le dijo:

—Doctor, paese mentira que conozcan ostedes por eso lo que le jumilla a uno por dentro; tenga la bondá de conservar un poco en un vazo pa conservarlo siempre; e un regalo que quiero jacé a una presona.

Hemos investigado quién sería la persona a quien desea el *Niño* regalar una ampollita llena de su orín, pero el diestro no ha querido decirlo. Sentimos no poder satisfacer la curiosidad de nuestros lectores; pero en nuestra humilde opinión, esa persona es una elevada damita que se muere por los pedazos del héroe y a la que Goya se dignaría echar un ojo.

LLEGADA DEL DOCTOR RABO

Ha llegado el famoso médico de cámara de los toreros, que ha efectuado el viaje en tres horas desde la capital. Al felicitarle por tan espantosa velocidad, contestó que la vida del *Niño de la señá Geroma* bien valía el peligro de que él perdiera la suya, pues la ciencia se ha hecho para el hombre, no el hombre para la ciencia. Esta frase ha sido muy celebrada. El hermano del héroe le llamó aparte para decirle, sin testigos, que ocultara la gravedad a su hermano, que

era capaz de morirse definitivamente si se le decía que se iba a morir. El doctor Rabo, sin quitarse el polvo del camino, subió a la habitación del héroe seguido de unas mil personas. El doctor mandó imperiosamente que lo dejaran solo y ahuecasen, y dió principio a la cruenta operación de levantarle el apósito, operación que únicamente presenciaron el apoderado del diestro, la cuadrilla, su hermano, el duque del Jaleo, catorce amigos íntimos, el dueño del hotel y servidumbre, el conde del Tubérculo, gran amigo del maestro, la cuadrilla del hermano, el empresario de la plaza de Móstoles, que iba a ver si podría torear mañana, y varios periodistas, aficionados y admiradores.

El doctor procedió a levantar el apósito, con esa vista única que le ha dado Dios, y, como es de cajón, encontró la primera cura soberbiamente hecha, aunque luego hizo todo lo contrario. Lo curioso fué, que desde que empezó a curarle el doctor Rabo, el herido experimentó una mejoría tan visible, que comenzó a charlar con todos los circunstantes, cosa que admiró a todos. Y eso que la cura fué de caballo... Le abrió de nuevo la herida, le sondó de nuevo y rajó y sajó y cortó de tal modo, que, como decía el hermano del diestro, aquello era una nueva cogida. Pero el doctor abría y abría, sin importarle un comino los ayes horribles del

héroe, y le consolaba diciéndole:—Si te llega a meter el cuerno un poco más a la izquierda, no sanas en cinco años. Todo se le volvía preguntar:—Doctó, ¿cuándo atoreo?... Parece mentira que estos hombres echen tanta sangre y no lo sientan. El doctor nos decía a los mirones, mientras le curaba, que los toreros fabrican tanta más sangre cuanto mayor sea la cantidad de la que les saquen, y que la fabricación está en relación directa de la velocidad con que se la saquen. Es para asombrarse. Pero hay más—decía el doctor, cosiéndole, como si aquello fuera lo más natural del mundo—: los médicos que curen a esta clase de hombres con precauciones y respetos, los matan. A éstos hay que tratarlos brutalmente, a lo Maura, para que la irritación sorda que les consume, se trasluzca y manifieste en una reacción enérgica. Me ha sucedido varias veces ir cortando un tejido, e iba saliendo al mismo tiempo el nuevo.

Y como si fuera esto una verdad inconcusa, a medida que más barbaridades científicas verificaba el ilustre doctor, el *Niño de la señá Geroma* recobraba colores, el inalterable buen humor que le distingue, y ¡hasta ganas de levantarse!

—¿Cómo encuentra eso, doctó?—preguntó el diestro.

—El toro—respondió el doctor—sabía más



Anatomía que un carnicero de casa Lechuga; dió en su sitio, y si no es por la medalla de la Virgen, que indudablemente resistió el primer embate, la diñas, hermano.

—¿De modo que usted cree?...—le interrumpió el hermano verdad.

—Creo que la Virgen hizo lo suyo; pero comoladeó Nuestra Señora en el instante supremo, el cuerno entró todo, aunque ya no en el sitio del hule.

El *Niño de la señá Geroma* besó devotamente la medalla, y por turno los espectadores hicieron lo mismo.

—En la tierra de María Santísima no puede permitir la Virgen que muera ningún torero—dijo un sastre.

El doctor acabó. Se llevaron diez cubos llenos de sangre, carne, algodones y otras porquerías, y el doctor recetó al *Niño de la señá Geroma* mojama fresca de Alicante, plátanos, un *bistek* con patatas, café, coñac y habanos.

—Salvo complicaciones de última hora—dijo el doctor—, que son de temer por la mucha sangre que ha salido de ese cuerpo, el *Niño de la señá Geroma* sanará en tres días.

Los periodistas preguntamos admirados al doctor, ya fuera de la habitación, si la herida era de gravedad, y el doctor Rabo, con una finura que no podíamos sospechar en él,

después de verle curar a destajo, nos hizo las siguientes interesantísimas declaraciones, que juzgamos sensacionales:

DECLARACIONES SENSACIONALES DEL DOCTOR
RABO

—Los toreros—nos dijo el doctor—son unos hombres excepcionales en todo. Su carne no es como la nuestra, y sus órganos funcionan de manera diferente. Gracias a esa cualidad, que sin duda es producto del ambiente trágico en que viven y de la herencia paterna, pues suelen venir de toreros hasta la cuarta generación mirando atrás, los toreros del día resisten las cornadas más estupendas y las curas más cruentas. Ese es mi arte: haber acertado con la naturaleza de esa clase de enfermos. Los encuentro agonizando; otro los administraría los Santos Sacramentos por vía de apremio; yo los hago reír, les prometo que torearán al día siguiente, les juro que la Virgen les ha librado de una cornada mayor, los corto trozos de carne, los saco cubos de sangre, y su espíritu hace lo demás. Los salva la fe brutal en sí mismos que tienen. Si quieren ustedes ver morir a un torero díganle que se va a morir. Como viven hiperestésicos, en plena histeria, en ambientes excepcionales de endiosamiento, halagos y bienestar, creen

en todos los milagros de la voluntad y son fakires portentosos. Además, a los toreros les convienen las cornadas alarmantes.

El doctor ríe al llegar aquí y nosotros le rogamos que continúe, lo que él hace de buena gana.

—Una cornada grave es tanto mejor reclamo cuanto más se administre. ¿Se enteran ustedes? Como ellos cuentan con esa naturaleza y con médicos como nosotros, esas cornadas son teatrales, finales de drama, muertes aparatosas de las que, al resucitar, proporcionan centenares de contratas. Hay toreros que suspiran por una cornada grave. Telegramas, cuatro planas diarias en los periódicos, biografías, coplas de ciegos, veinte millones de compatriotas hablando del asunto, felicitaciones regias..., la apotheosis. Además, hay cornadas graves que son simpáticas; por ejemplo, esta del *Niño de la señá Geroma*... ¡en el pecho! Si la cornada es en el *jopo* o en las ingles no interesa mucho; son sitios muy vulgares. Pero en el pecho, cerca del corazón, ¡ahl, eso es romántico, muy romántico. Diestros hay que se quedan ciegos, mancos y cojos y a nadie le impresiona el suceso; pero una cornada seca en el pecho, de frente, certera... eso es una mina, un ascenso; en el caso del *Niño de la señá Geroma* la cornada que ha sufrido equivale al empleo y sueldo de capitán ge-

neral con mando en plaza y que hubiera sido cinco veces ministro de la Guerra.

El *Niño de la señá Geroma* sanará porque quiere él curarse, y lo quiere de un modo que no hay más remedio que curar.

—¿Y el milagro de la Virgen?—le preguntamos...

EL MILAGRO DE LA VIRGEN DEL PALOMO

—Nosotros los médicos—comentó el famoso doctor—no creemos en otros milagros que en los sobreesfuerzos de esa radioactividad extraña que se llama alma. Pero, ¡es tan bonito, tan popular, tan torero, ver a toda una Madre de Dios preocupada de una corná clásica!... Aunque sea sacrilegio y contra toda teología y dogma, las medallas de Vírgenes son un gran recurso. Si el toro no daña, fué la Virgen quien detuvo al toro, y si el toro arrea un sopapo que escuece, la Virgen evitó que fuera mayor, y si el torero muere en la plaza, cosa que sólo sucede a los tontos, la Virgen... se distrajo... ¡Cualquiera le demuestra al *Niño de la señá Geroma* que no fué la Virgen quien le ha salvado! Antes se demostraría a un toro que el héroe en la plaza es el torero... Y eso conviene, porque así se mantiene la fe viva, germen de todo orden en los imperios y países. Aunque con ello se ponga en entredicho

nuestra ciencia, no importa, porque en último caso no es del todo lamentable colaborar con Nuestra Señora en la curación de un enfermo predilecto suyo...

—Hay mucho de ironía en sus palabras— le dijimos.

—Oh, no—respondió—. En estos milagros taurinos no creen ni los curas; pero son una especie de razón de Estado. Cuando la Reina va a dar a luz llevan a Palacio y a la misma habitación de la hermosa Soberana el cín-gulo o no sé qué de San Ramón, según creo, y por eso no se ofende el admirable tocólogo de Palacio, ese gran médico que es una honra de la España culta. Si la Reina, como siempre sucede, sale bien de su humano apuro, se le hace conde o marqués al médico y se hace una novena al santo. Son compatibles prácticamente las dos cosas... El *Niño de la seña Geroma* cree que la Virgen lo ha salvado, y eso me enorgullece, porque no me quita ni un céntimo de la minuta que le voy a poner, y ya se cuidará él mucho de afirmarme a mí que fué la Virgen quien le salvó, por si otra vez se olvida de la medallita milagrosa y el toro le atiza hule y yo le... remito a la Virgen.

Dicho esto, el doctor nos saludó a estilo torero y se fué a cenar, pues traía un hambre con un retraso de horas,

EL PUEBLO ANTE EL HOTEL

El pueblo ha montado la guardia en torno del Hotel y no se separa un punto. Las listas de la portería se han llenado de garrapatos y de firmas, y frecuentemente hay que renovar los pliegos, pues desaparecen las blancas cuartillas bajo millares de rúbricas, nombres y hasta pensamientos. Dos civiles tienen que regular la *cola* de gente que desea estampar en el papel el obsequio de su nombre. Antes se dejarían escabechar que renunciar a este vivísimo y profundo deseo. He aquí uno de los pensamientos grabados por un moreno:

—*El toro que tá cogido no sabía quien eras; si no, no tá endiña tela, pedazo de mi ARMA...*

He aquí otro apasionado:

—*Ole y ole y con ole, y eso es tener las bragas donde Dios manda y vestir taleguilla con dignidaz y tener más vergüenza que los árgeles y darlo tó de barde...*

La cola llega hasta lo infinito, como una progresión matemática. Sale del portal del Hotel, tuerce toda la manzana, ocupa la calle larguísima, vuelve por la otra calle paralela, y que es más larga todavía, y no se concluye nunca.

Todos confiesan que es imposible mayor

manifestación de duelo, y afirman que si esto sucediera en la Corte, la cosa tomaría proporciones inauditas.

Como un dato de la impresión causada por la cogida, diremos que el carnicero expendedor de la carne del toro que hirió al *Niño de la señá Geroma*, ha vendido su carne, que por cierto era arrebatada, a cinco pesetas el medio kilo.

Por una tienda de estampas religiosas, se han encargado cinco arrobas de medallas de la Virgen del Palomo, o de no venderse por arrobas, mil docenas de ellas. Este caso es muy comentado por los impíos.

ESTADO DEL HERIDO

El doctor ha prohibido la entrada en la habitación del diestro, porque a causa de ser visitadísimo y dar la mano a quien llegaba, ha recaído notablemente. La fiebre llega a 82 grados, y se teme que suba unas décimas cuando, como se ha anunciado, venga a verle su mujer y familia. Muchos quieren evitarle esa entrevista; pero los mejor informados, dicen que se necesitaría al Cid para impedir a la *Bella Borrego* que viera a su *Niño*. Por lo que hace a la *señá Geroma*, nadie se atreverá a aconsejarla cosa alguna, porque es proverbial el caso que hace. Lo único que se impedirá, con el auxilio del sép-

timo montado de Artillería, es que la *Bella Borrego* y la *señá Geroma* se vean.

A las doce de la noche el doctor le tomó el pulso, encontrándole muy excitado. Han aparecido en la cara del diestro manchas violáceas del peor cariz. No orina ni gota, y eso es comentado en toda la ciudad, y se le da al asunto la mar de vueltas y meneos. A las doce y cuarto el enfermo entró en delirio guasivo, y los enfermeros se tienen que relevar porque se mueren de risa.

Toda su manía es que su hermano le tiene envidia, y que desea su muerte, para quedarse amo del cotarro. Algunos maliciosos dicen que si el tal hermano hubiera previsto el suceso, éste no hubiera ocurrido. La tal idea, profunda, como puede verse, es la comidilla de todos.

A las dos de la madrugada pidió manzanilla, se bebió dos chatos y preguntó la hora que era, la que, por encargo del médico, no se le dijo, pues el tiempo es el elemento de curación más eficaz de los toreros, y un minuto de más puede traerles una mortal recaída.

A las tres le dió un fuerte «gómito», después del cual pareció sumirse en una modorra estúpida.

A la hora en que telegrafió, la gravedad sigue su curso con gran aprovechamiento; ya veremos el examen... del médico, que no

se separa un momento de la cabecera del héroe coletudo.

LLEGA TABIQUE EL GRANDE

En el rápido, que vino con cinco horas de retraso, llegó Tabique el Grande. El célebre crítico taurino fué recibido en la estación por miles de almas, sedientas de saber lo que pensaba Tabique de la cogida que no había visto.

En el camino, y obligado a ello por sus admiradores, que aquí lo son hasta las piedras, dió Tabique su opinión que, sin quitar palabra, copiamos y remitimos urgentemente:

—El *Niño de la señá Geroma* es cosa mía. Sabido es que ese *Niño* no hubiera salido de la infancia del arte sin mis consejos técnicos, y que, gracias a mí, maneja la mano izquierda y juega el antebrazo en la suerte suprema. Yo he sido quien, disponiendo a mi antojo, y porque me llamo Tabique, de todo el periódico, le he impuesto a los públicos, a las Empresas y a sí mismo. Sin mí, estaría a estas horas en Majadahonda, de gañán. Y yo, que se puede decir que lo he parido para el arte, digo también que el toro le ha cogido porque le ha dado la gana.

Un murmullo de aprobación sonó en el pú-

blico como un cañonazo. Tabique era mucho hombre. Tabique continuó:

—El toro era bravo, pero formal. Salió despacio, intelectualmente; era una especie de Unamuno, con cuernos. Había, pues, que quitarle humos, con reboieras estilo 1909, y enseñarle a bajar la cabeza ante el ilustre Senado. El echarle un caballo fué una equivocación, porque lo que él quería era un hombre, y bien lo demostró. Si en vez del caballo se mete él, y lo castiga con tres lances quietos, sin mover las manos, el toro humilla, se convence y se convierte en plátano. Pero es lo que pasa: el *Niño* se confió en sus facultades, entró con los terrenos cambiados, dió la salida con la niña de los ojos, en vez de darla con el riñón derecho, y el toro lo encontró todo dulce; y la prueba es que el toro, después de asestarle la puñalada, retrocedió, como preguntándose qué había hecho, y sintiendo profundamente lo sucedido.

El revistero de aquí, se permitió objetarle:

—Maestro: ¿y cómo se explica usted que le diera en el pecho y no en la cara?

—Le diré, nene: los toros intelectualizados son abantos y muy amigos de los términos medios; le dió, o quiso dar, en el corazón, órgano el más noble de la sensibilidad neuro-romántica. Si el *Niño de la señá Geroma*

no fuera tan obtuso, aprendería que hay toros sabios y toros analfabetos.

Estas declaraciones del Príncipe de la crítica cornuda prometen ser muy comentadas.

La visita de Tabique al diestro herido hizo derramar lágrimas a los circunstantes. Tabique se limpió las lágrimas con un capote de paseo. Al salir dijo, a quienes le oyeron, que desde allí en adelante su corazón no andaría bien.

Un chusco perverso, mal educado y partidario del fenómeno Tritonte, añadió:

—Ni tu bolsillo, linchi.

Esta frase desagradó a todo el mundo, que sabe que Tabique no ha recibido del *Niño de la seña Geroma* ni un céntimo partido por medio. Los hay vivos.

EL HERIDO EMPEORA

La herida del diestro empeora de minuto en minuto, y promete sorpresas. El diestro se ha agarrado a la medalla y no la suelta, y continuamente ruega a la Virgen con palabras mimosas, que no le haga perder tantas corridas, y que si ese es su deseo, que le dé un torozón después de la temporada. A las cuatro de la mañana, el *Niño de la seña Geroma* preguntó si los periódicos se ocupaban de él, y le contestó *Capricho*, su pica-

dor, que en España no se hablaba sino de él hacía doce horas. Esto pareció consolarle. El nombre de su madre no se aparta un instante de su boca. Es lúgubre oírle como un reloj: «Geroma..., Geroma..., Geroma...»

El doctor ha tenido que darle una fuerte inyección de morfina, pues pide constantemente a su banderillero *Pico* que le clave en el morrillo un par de castigo. A pesar de la morfina los dolores son tan fuertes que desde la calle se le oye quejar. Nadie ha dormido, y el vecindario está en las calles comentando sin cesar el triste desenlace, que cada vez se presenta más cercano. Una funeraria de lujo ha teleografiado desde Madrid, ofreciendo precios y catálogos por si son necesarias sus pompas fúnebres.

Al amanecer se ha recibido el siguiente despacho del presidente del Consejo:

«Avísenme media en media hora estado augusto enfermo, encargo altas esferas votos mejoría prodigio nacional, lamento cueruo mortífero toro revolucionario.»

A este telegrama el hermano ha respondido con este otro:

«Niño señá Geroma leído telegrama sacó lengua muda gracias dadas ojos. AVECÍNASE crisis. Médico rabia, cómese uñas. Altas esferas m'alegro verlas güenas.»

Al salir el sol el enfermo pidió montilla o

añis *Machaco*, dándosele un vaso lleno, que bebió con ansia.

A las seis de la mañana el corazón daba tres mil cincuenta y cuatro pulsaciones por segundo.

LA BELLA BORREGO; ESCENA EMOCIONANTE

Lo tan temidamente esperado llegó. Ni por telégrafo se viene tan pronto. Baste decir que la *Bella Borrego* iba a debutar por milésima vez en San Sebastián cuando un traspunte—¿quién más indicado?—la largó la noticia. Salió al escenario, se bailó lo suyo con el agrado que es de suponer, contrató un rápido especial, y sin parar en ninguna estación llegó aquí. Desde la estación voló al hotel, y allí la recibió el hermano, quien necesitó una camisa de fuerza para hacerla desistir de su propósito. Ni llantos, ni invocaciones a Cupido, ni ahogos de sangre, ablandaron al hermanito... Por fin se consintió en traerla la ropa de torear del herido, y allí fué Troya. Abrazada a la taleguilla estuvo cinco horas, echando más agua por los ojos que un puente durante las inundaciones. Los que presenciaban esta escena, que eran muchos, dijeron que ni en el teatro antiguo, ni en el moderno, ni tal vez en el futuro, se ideará cosa más trágica. Parece ser que la felicidad volverá a lucir para es-

tos dos seres si no muere el *Niño*, y que si muere la *Bella Borrego* se meterá en el Monasterio de Madres Oblatas a llorar su trágica historia de española castiza.

LA «SEÑÁ GEROMA»

En el mismo hotel se hospedó hoy la *señá Geroma*, que llegó en un mercancías. Es una respetable matrona, más simpática que un tercer premio de la Lotería y despreocupada como un presidente del Consejo. A todas las preguntas que se le hicieron respondió que si no la dejaban ver a su hijo lo que el toro había hecho con él iba a ser engrudo comparado con lo que ella haría; y cómo lo diría la *señá Geroma* que se quedó sola. Llegada al hotel, visitó a su hijo, que, al verla, pareció mejorar un quince por ciento. La *señá Geroma* se sentó allí para no levantarse más, y sin una lágrima, ni cataplasmas, se dispuso a esperar que su hijo cure, pues eso de la gravedad la tiene a ella tan sin cuidado, que se ríe cuando la quieren dar a entender que debe marcharse. Allí se ha plantado, y de allí no la mueve ni Dios, como ella dice. Por la rendija de la puerta vienen a contemplarla miles de curiosos, y no hay madre, ni mujer no madre, que no la envidie la suerte de haber tenido en el vientre al ídolo. Tendremos a nuestros lectores

al corriente de lo que diga y haga esta señora, a quien cupo la honra de ser madre de su hijo.

ALGUNOS DATOS BIOGRÁFICOS

Aunque están demás, porque en estos últimos años se ha desencadenado el furor de hacer libros sobre los diestros, y en ellos se ha agotado el tema, diremos por nuestra cuenta algo acerca del hombre que agoniza gloriosamente en Morón, entre la expectación universal.

El *Niño de la señá Geroma* es hijo legítimo de doña Geroma y don Sisenando el *Braqueta de Oro*, matador de mucho mérito, que floreció antes de nacer su hijo, e inventor del pase triple de costado, la larga en corto y la verónica en decúbito prono. Desde pequeño, el tal niño fué un encanto. Nada de estudios ni de tonterías, que si desasanan, en cambio debilitan. A los dos años de su gloriosa edad toreaba por intuición becérros y novillos siete veces más altos que él, rematando la suerte con un clasicismo tal, que dejaba atónito a los escribas. Su padre, que le veía crecer en edad y merecimientos, murió satisfecho de haber legado a su Patria un don semejante. El niño se juntó con otros como él, y en tan heroica compañía invadieron corrales, de los que tan abundante es

España, y en ellos aprendieron las grandes cosas que en los corrales se aprenden. Aquella futura gloria nacional se enseñó a estar quieto ante el peligro y deshacerse de él después de haber con él jugado. De disgusto en disgusto, y más pobre que un sabio, el *Niño de la señá Geroma* llegó a la edad del hipo y se dió a los cuernos todo entero, debutando como maleta honorario en una de las cuatrocientas siete plazas de toros que se levantan en el solar patrio.

Aquella tarde será inolvidable en los fastos de la Tauromaquia, porque en ella apareció un astro rutilante que había de llenar los ámbitos del Mundo con su sonoro mote.

El único toro que había de matar era un toro más animal que un antifiamenquista de esos que van saliendo por ahí en nombre de la civilización y otras lecherías, de unos nueve metros de alto, por una legua de largo y con dos Códigos Penales por cuernos. Otro se hubiera muerto del susto, pero el *Niño de la señá Geroma* llevaba a su padre dentro, aunque esto parezca mentira o imposible, y para decirle a la afición quién era, le dió un quiebro de rodillas tan ceñido, supra-artístico y abracadabrante, que de la Plaza entera salió un gemido desgarrador. Viéndole ileso y adornado, dando cara al toro siempre, la Plaza se descompuso de tanto aplaudirle, y en la misma barrera firmó va-

rios contratos en sabrosas condiciones. Poniendo los garapullós, hizo escuela. Citó sobrio y avasallador, empinó los codos como un borracho, echó atrás los brazos con esa elegancia que si no se mama no se consigue, y dando el pecho como un ama de cría, sin reservarse para el último tercio, ni acordarse de su primer amor, llegó a la fiera, cabeza de la fiera, cuadró, se amartilló en el suelo, bajó los arpones, los clavó simétricos en el hueco de un anillo de boda, dió la salida, sin pito, y la de San Quintín fué un mitin de maestros sin sueldo al lado de la que allí se armó.

LA PRIMER FAENA CÉLEBRE

Los grandes hombres se diferencian de los pequeños en que la estatura no es igual. El *Niño de la señá Geroma* brinda el toro a la Duquesa de la Zaragata, quita gente de enmedio, y con esas posturas que sólo él puede formar, cita al toro e j inventa el pase de ánimas!... La laureada se ve brillar en el ambiente, sobre su cabeza. La Plaza se pone en pie y hasta se desencuadernan las piezas de madera de la barrera para ver aquello. Un pase natural, dado con naturalidad, que es lo más difícil del mundo, echa a llorar de gusto a la Plaza entera. Toca la música. Al segundo pase, los músicos tiran los instru-

mentos para ver mejor; este pase ha pasado a la Historia con el sobrenombre de pase al Infierno. Consiste en no hacer nada y dar sin embargo la sensación de que allí se ha hecho lo más que un hombre puede hacer. Después... después... lo inenarrable, una de esas faenas que trastornan a una raza y esclavizan un pueblo, un frenesí agudo seguido de la coqueluche y la tisis galopante con fiebre alcohólica en su máximo paroxismo de descomposición. Las señoras babeán, los hombres tiran de hipérbole, los niños gritan, varias embarazadas dan a luz y el presidente se abraza al que tiene más cerca, lo besa con efusión y le dice que está a su disposición incondicional.

El toro rueda sin motor, y el *Niño de la seña Geroma* es proclamado artista inspirado por Dios para dar a España días de felicidad inalterable.

HISTORIA DE UN AMOR INMENSO

Estamos en Portugal. La *Bella Borrego* baila en un escenario. El *Niño de la seña Geroma* ve lo que le enseñan por mil reis, y como entiende el percal, se cuela entre bastidores y un oficioso los presenta el uno a la otra.

¿Qué pasó?

¡Ah!, quién podrá decir lo que pasa cuan-

do dos almas geniales y gemelas mitades de un todo que se partió en el espacio, se encuentran, se miran, se entienden, se gustan y se...

Pero la timidez y el heroísmo son cosas idénticas, y como es sabido que dos cosas parecidas a una tercera son iguales entre sí, de aquí que no pasara nada entre aquellas almas nacidas para el tálamo.

¿Se volvieron a encontrar?

Ya lo creo. La fatalidad tiene nombre de mujer. Se dió el caso de que él toreará en Nimes y ella en Nimes bailara, y se volvieron a ver. El bajó los ojos, ella los alzó. Los dos estuvieron contemplándose sin mirarse en el espacio de ilusión de que podía disponer un hombre como el *Niño de la señá Geroma*, lidiador de reses bravas de casta y divisa. Rodando, rodando, se vieron de nuevo. El quiso hablar y no pudo, cosa que le sucedía con frecuencia. Ella le dió achares, lo enceló, lo brutalizó angelicalmente, le dió de beber un filtro envenenado como en el «Tenorio», aunque no en un papel como allí, y él tomó una negra resolución: casarse con aquella mujer que lo traía frito.

Y una noche se vieron. Y él la dijo a ella:

—No seas panoli y aprovecha lo que se te viene encima.

Y ella le dijo a él:

—Pa luego es tarde.

Se casaron tal como hoy. Pero al día siguiente... se separaron de un tirón rápidamente, radicalmente, maurescamente.

¿Qué había ocurrido?

Según Víctor Hugo, la noche de las bodas un ángel aparece en las puertas de las alcobas, y, sonriendo, pone un dedo en sus labios...

Sin ser ángeles, ni por asomo, pongamos nosotros en los nuestros, no un dedo, sino una viga.

No se portó así España, que estuvo tres meses husmeando, como una comadre, las causas; acto indigno de una Nación, pero muy de la situación repugnante de esa pobre Patria, que está más loca que un cenorro.

EL POR QUÉ DE LA COGIDA

A medida que transcurren las horas, la expectación es mayor en toda España. Nuestro país no se hace a la negra idea de perder para siempre al *Niño de la señá Geroma*. En todos los sitios es la conversación obligada. En el Salón de Conferencias del Congreso hemos oído esta autorizada opinión:

«El *Niño de la señá Geroma* tiene pocas facultades. Es más artista que hombre. Le faltan piernas y le sobran brazos. Tiene más cabeza que riñones. Es un intuitivo neuras-

ténico psico-congestivo, con tendencias al sonambulismo.»

Un espectador de la tremenda y sensacional cogida, nos ha dicho confidencialmente, por lo que, con gran pena, nos abstenemos de dar su nombre:

—El toro era un bicho de más cuidado que Alhucemas, y, acercarse, era querer pasar el río Kert. Salió con pies de plomo, y, a mi juicio, le habían dicho antes de salir que le esperaban fuera para enseñarle lo que no sabía. La cara del toro era triangular isocélicamente, y aunque se ha dicho que tenía la vista buena no es verdad, porque el ojo izquierdo estaba un poco... guirlache. Si en vez de mandarle un peón se le manda un hombre, no pasa nada. Debió salir él, y con el capote al brazo, a estilo de Reverte, doblarle la cabeza y enseñarle a mirar sólo con un ojo. La cogida se veía venir y vino. Antes o después hubiera sucedido, porque el *Niño de la señá Geroma* tenía necesariamente que morir.

ESTADO DESESPERADO DEL MAESTRO

El parte que el doctor Rabo ha fijado en el portal del hotel, ha producido enorme sensación. Dice así:

«El maestro continúa grave, acentuándose, desgraciadamente, esa gravedad, porque

no hay fuerzas humanas que lo obliguen a estar quieto. Se ha empeñado en fumar tabaco de la Arrendataria, y los pulmones han protestado enérgicamente. Se avecina el desenlace temido. Asimismo, y por humanidad, se prohíbe visitar al enfermo, leerle telegramas, aunque sean de San Pedro, y contarle cuentos pornográficos. Prohibo esto, seguro de que nadie, ni el mismo enfermo, me hará caso.»

A eso de las diez, el doctor Rabo, ayudado de seis parejas de la Guardia civil, despejó la habitación del desdichado torero, procediendo a una inspección minuciosa y desesperada de la herida, encontrando que se había cerrado en falso el boquete principal. El diestro se quejaba durante la cura de violentos dolores en un ojo y en el dedo gordo del pie derecho.

Según nos han dicho la cura ha sido hecha a cara o cruz, y cuando el médico se limpiaba las manos en una toalla, que le alcanzó el mozo de estoques del diestro, ha pronunciado estas palabras:

—Si dentro de una hora la herida no entra en vía franca de cicatrización, pidan ustedes el ataúd.

LAS CORRIDAS QUE PIERDE

El maestro incomparable tenía contratadas este año cinco corridas más que el año

pasado. La temporada se presentaba muy bien, y sólo había sacado un leve rasguño en uno de los párpados, un pisotón en un callo, la fractura del metacarpo hacia su tercio inferior y un varetazo en una de las ingles, aparte de un ligero recrudecimiento de cierta enfermedad pasional que el diestro padece desde los dos años de su edad. Tenía contratadas 512 corridas a 6.000 pesetas y llevaba toreadas 12; pierde, pues, las restantes si se muere, que si no se muere, claro está que no las pierde. Omitimos decir las localidades donde ya no toreará por no llevar a aquellos honrados hogares el desaliento y la desesperación.

UNA CIUDAD PIDE UN CADÁVER

La ciudad de donde el diestro era originario ha tomado hoy un acuerdo importante. Por unanimidad, se ha aprobado una moción encaminada a no permitir que los restos de su preclaro hijo duerman el sueño eterno en otro sitio que en los lugares donde vió el primer traje de luces. En la misma moción se fija en 509.000 pesetas los gastos del traslado del cadáver, en caso que muera, y se han o están buscando precedentes en el Archivo Municipal, para ver si se pueden dar honores más altos que los nacionales. El resultado ha sido tan bien acogido,

que la ciudad se vestirá de negro, habiéndose encargado cantidades enormes de percalina negra y crespones. y eso que con la guerra se teme no queden ya existencias en ninguna ciudad española. Sobre el lugar de la sepultura nada se ha resuelto; pero se ha telegrafiado a un gran escultor el encargo del mausoleo. Muchos abogan por que se levante en una plaza pública.

EL REY ENVÍA UN TELEGRAMA AL DIESTRO

El Monarca ha enviado un expresivo telegrama al torero, que al saberlo, ha llorado de emoción. No es la primera vez que los Monarcas hacen en España esto; pero la opinión lo ha encontrado admirable y digno de encomio, porque se juzga como un vivo deseo de gobernar con el pueblo y para el pueblo. El acto del Rey ha electrizado la atmósfera de idolatría que envuelve al torero, y hasta parece que ha contribuido a su mejoría. En efecto: las noticias que se reciben a cada momento en los Círculos políticos y Centros particulares, son de que la herida cicatriza milagrosamente.

EL ACTO DEL MONARCA PROVOCA UN ESCÁNDALO

El acto del Rey enviando un telegrama al torero, que ha parecido muy bien a los re-

publicanos, ha estado a punto de provocar un verdadero conflicto entre los conservadores. Al encontrarse hoy los mauristas y datistas que han venido a las corridas se han echado en cara el acto admirable del Monarca.

A juicio de los datistas, ese acto es revelador de la gran simpatía que el Rey siente por los hijos del pueblo que sin otros medios que los de su energía saben crearse una fama y una fortuna colosales. Añaden que en todos los países del mundo los monarcas están obligados moralmente a fomentar con su elogio y aliento inestimable las fuentes del valor físico, y culpa no es del Rey si aquí, en vez de Estadios, hay plazas de toros, y en vez de atletas, lidiadores. Guillermo II, de ser Rey de España, haría lo mismo.

Los mauristas, a su vez, enfadados con el Monarca, porque éste no entra por uvas en uso del maurismo, como panacea de bienestar, dicen que el Rey no ha debido rebajarse a un torero ni descender a esa esfera de brutalidad en que los lidiadores se mueven. Porque si bien el Rey al ir a los toros, aunque no le gusten ni le convenzan, se atrae al pueblo y hace labor monárquica, no está bien que el Rey telegrafe a un hombre que se juega la vida porque se lo pagan y le roba al Monarca popularidad. Es triste de-

cirlo; pero es verdad que el *Niño de la señá Geroma* goza hoy de más popularidad que el Rey mismo, y esto no puede seguir así.

Los datistas han replicado agriamente y se han dado cita en los toros que se celebran esta tarde y para los que ya no hay localidades.

Un dato: el hermano del diestro herido torea hoy.

¿Qué sumas de riñones no necesitará ese hombre para sobreponerse a su dolor y torear y olvidar a un hermano moribundo para cuidarse él mismo de una cornada que le pueda dejar a él en igual estado?... Decididamente, España es la nación más grande del mundo. Países donde se dan casos como este, han llegado al vértice del progreso moral. ¡Y pensar que hay por ahí mamarrachos culturalizantes que llaman bárbaras a estas muestras de valor y echan culpa de la degeneración de la raza a estas fiestas..., vamos, que es para vomitar o mandarlos a paseo!...

UN ARTÍCULO LEVANTA POLVAREDA

El Correo del Sur trae hoy un artículo que ha sido leído hasta por los serenos. Se titula «Datos para la Historia», y es la bellaquería más grande que se ha escrito. Con decir que execra el acto admirable del Rey

y dice que es vergonzosa la actitud de un país preocupándose de la herida de un diestro... está dicho todo y juzgado. El artículo en cuestión es un galimatías en el que a fuerza de lugares comunes y tópicos mandados retirar se duele su autor—un innominado—de que una cornada trastorne la vida psico-fisiológica de un pueblo y de su Monarca, y se lamenta de que la medalla milagrosa de la Virgen del Palomo ponga en ridículo a toda una nación. Se lía después con el *Niño de la seña Geroma* y dice que no hay en los toros otro arte que el de ganarse la vida, y que el pueblo se desmoraliza viendo tan alto figuras despreciables, socialmente hablando. Luego, hipócritamente, y sin duda por miedo, hace votos de que mejore el torero y exclama teatralmente:—«Mientras tales casos se den en un país, ese país merecerá la abyección en que se encuentra.»

EL DIESTRO DEPONE

A las tres y media de la tarde el diestro ha pedido hacer aguas mayores, operación que ha sido presenciada por muchísimas personas. Después ha conversado afablemente con ellas. El doctor juzga esta deposición pública como el fin de la gravedad, aunque no se atreve a formalizar un juicio definitivo sobre tan movediza materia.

MÁS CARTAS Y TELEGRAMAS

Aun declarado permanente el servicio de correos, telégrafos y teléfonos, las oficinas no dan abasto. Las cartas que se han quemado sin abrir son muchísimas y ocupaban varias salas y pasillos del hotel. En una de ellas un elevado personaje ofrece su castillo al héroe si se restablece para que pase allí la convalecencia. La *señá Geroma* le ha contestado galantemente que tiene ella cortijos que valen más que todos los palacios del mundo. Esta contestación habrá dejado al prócer de una pieza, pero es muy castiza. En otras, altas damas se ofrecen de enfermeras. No hay un solo punto de España que no haya enviado telegramas a centenares, y puede asegurarse que nadie ha recibido en España jamás tantas pruebas de respeto, admiración y entusiasmo. El apoderado del diestro no cabe en su pellejo y dice a quien quiere oírle que ya están vencidos todos los fenómenos salidos y por salir, y bendice la cornada que el toro arreó a su poderdante. La verdad es que si se salva el *Niño de la señá Geroma* el reclamo padre que le ha hecho la cornada no tendrá valor por lo inestimable e imponente.

EL DIESTRO EXPLICA CÓMO FUÉ LA COGIDA

Después de la corrida de esta tarde, en la que el hermano del diestro herido ha estado piramidal, el *Niño de la seña Geroma* ha explicado pintorescamente cómo le cogió el toro del Duque.

—El toro—ha dicho—era un bicharraco indecente, ciego y mogón. Lo vi en cuanto salió. Estuve por hacérselo ver al público, pero éste cree siempre que le pedimos árnica y dejé llegar la negra. Mi hermano, que sabe más que el doctor Rabo, me lo dijo: —Ten cuidao, que mira mal y sale ahora mismo de presidio—. Y, en efecto, en cuanto me vió se echó encima sin darme tiempo para marcarle la salida. Sentí que me había prendido, y no vi más.

Estas simples palabras han sido telegrafadas a todos los periódicos y hoy aparecerán en toda España en lugar preferente, relegando la guerra y otras zarandajas a lugar inferior.

LA SIMPATÍA PERSONAL DEL DIESTRO

Es un caso curioso, y como hoy se dice, de Psiquiatría, el de este torero que, aparte de su herida, es el más discutido de los que visiten hoy el entorchado en la bocamanga.

Otros toreros han sido cogidos y el público no ha sufrido tanto ni se ha interesado de tan estupenda manera. Y la razón debe consistir en la que da el doctor Rabo.

Dice el salado médico que su enfermo tiene ángel, y eso en España es una fortuna inapreciable, porque basta para dar el codiciado don de gentes. Algunos toreros para atraerse los públicos se acostumbran a sonreirse, venga a cuento o no venga; otros ensayan maneras de andar que extrañen o sugestionen; otros se visten con grandes zalamerías enseñando protuberancias románticas; otros saludan en formas gentiles o sugestivas; otros tienen en la sangre cierto bichillo que los hace moverse continuamente; pero entre todos sólo el *Niño de la señá Geroma* tiene la simpatía completa de rostro, cuerpo, maneras, vida y arte. Por eso, España que es un país anacrónico, fuera de de toda ley, país de absurdos y excesos, y la nación donde toda clase de defectos se perdonan si se confiesan, ama a este hombrecillo; porque se ve en él, es él mismo, es su modelo. Si vaciaran el alma de España en el molde de ese espíritu, saldría como ese espíritu es: nada, absolutamente nada, pero una como apariencia de todo en la cara, en el genio, en los modales, que engaña y sugestionona y rinde.

EL DIESTRO MEJORA

Instantáneamente el diestro ha curado. Hoy ha querido levantarse contra la opinión de todos. Ha pedido una lata de sardinas, que ha devorado. Cuando el doctor Rabo, llamado urgentemente, llegaba, pálido de emoción, creyendo certificar la defunción del coloso, se encontró con el *Niño de la señá Geroma* casi en pie, fumando, alegre como un día de toros. Le abrió el vendaje nerviosamente, y antes que pudieran cogerle, había caído como un rayo al suelo. ¡La herida había cicatrizado en una hora y media porque sí, porque la había dado la gana, contra toda ley, evento y probabilidad, riéndose de la ciencia, de Dios y del verbo!

Sobre la herida cicatrizada, la medalla de oro trazaba un círculo luminoso y triunfador. Aquella medalla sobre aquella herida, aquella herida sobre aquel cuerpo, aquel cuerpo sobre aquella alma, no eran objetos simples o simples cosas, eran un País entero.

EL AS DE OROS

MARAVILLOSAS AVENTURAS DE UN TORERAZO

I

El día 5 de Enero del año 1831, el torero Arjona remataba así un escrito oficial, dando parte al Real Intendente de la inauguración de la Escuela de Tauromaquia:

«Por ahora me ha parecido conveniente nombrar sólo siete alumnos pensionados, habiendo sido preferidos, como ofrecí a V. E., los tres que de orden de S. M. se sirvió recomendarme en Real orden de 14 de Noviembre último; y más adelante, cuando se observen los adelantos de éstos, y los que manifiesten mejor disposición entre los aspirantes, como he encargado al Maestro Don Pedro Romero que elija los tres más a propósito, se completará el número de diez que previene el art. 2.º de la Real orden de 28 de Mayo.»

Diez eran los angelitos que, sin Reales órdenes, pero sí por su Real gana, se hallaban reunidos en el cortijo del tío *Cal y canto* una de esas tardes del mes de Abril que a

tan fáciles descripciones se prestan, y en el año de gracia o económico del 19...

Serían las seis menos cuarto de esta tarde primaveral o pascual.

Los diez de nuestro cuento eran el cogollo de la Aristocracia de una ciudad, de la que no quiero acordarme por la misma razón que obligó a Cervantes a escribir esa celebrísima frasecita.

¿Por qué se hallaba reunida allí la crema de una población? ¿A qué se debía la conjunción fortuita u obligada de la *élite* de un pueblo? ¿Qué era o en qué consistía el grave asunto de la efervescencia que en sus diez respectivos rostros podía notar el espectador menos expectante?...

Procuremos responder a nuestros lectores, ávidos, como es natural, de enterarse del sitio donde vamos a ir a parar.

La inquietud por saber una cosa es semejante al desasosiego, desazón o cosquilleo que produce el no saberla. ¡Cuántos se han pegado un tiro por no tener paciencia! ¡Cuántos y cuán innúmeros se han lanzado a los bajos fondos de la Sociedad por no esperar a que en el reloj de la Providencia dieran las doce! Esperar y confiar; he aquí cómo terminó Dumas su *Conde de Monte Cristo*. Pero, hermanos, queremos historiaros tales y tan grandes cosas, que, como decía San Agustín (*cita auténtica, como todas las mías: ved*

«Confesiones», cap. 22 del tomo II) por lo mismo que son claras y comunes, son tan difíciles de entender y están de tal suerte ocultas, que será gran novedad llegar a conocerlas..

Los diez del *ala* estaban reunidos allí porque no lo estaban en otro lado; porque, aunque parezca mentira, no podían estarlo.

Procuremos ser más explícitos.

Existe la carretera, el camino de herradura, el camino vecinal español y el atajo. ¿Verdad que no es siempre este último el medio más a propósito para llegar antes? Luego si en la presente narración rodeamos es que el autor tiene para ello argumentos más razonables que la razón misma.

Prosigamos.

¿Qué es una *juerga*?

Una bacanal.

No estamos conformes.

Una fiestecita que se las trae y en la que hay magreo, parcheo, jaripeo, empujen, arrimen y tripoteo, según los clásicos.

Sentimos no entender ese lenguaje villano.

Entonces será lo que sea.

Ahí le duele, hermanos.

Una *juerga* es una cosa que será lo que sea, que nadie puede precisar puesto que es caminar a lo desconocido en alas de lo inconocible, lo inexpresable y lo inextricable,

y a veces lo indecible, porque no hay quien lo diga.

Llega el Enero de vuestra vida, pasáis una o dos noches en el tejado de vuestras ilusiones a gatas: ¿es esto una *juerga*?

Podemos afirmar bajo fianza que no.

Para ser *juerguista* hay que camelar, salirse de madre, saltar los obstáculos a la garrocha, reirse del verbo, hacer una ensalada con la dignidad, el lenguaje y la vergüenza, sin que se le lleven a uno la ropa mientras nada. Se dice «correr *juergas*» ya veis, pues, que se trata de convertir al alma en yegua o al espíritu en potro.

Un *juerguista* es un hombre que no siente necesidad alguna y violenta la existencia suya y la de los demás por el gusto soberbio de no sentirla.

Para ello hay que buscar lugares especiales.

El del tío *Cal y canto* era uno de ellos. Podíais hacer allí lo que os diera la gana; creeros en Capri con Tiberio o en Eleuxis con Mesalina.

Se os serviría lo que pidiérais sin guiñar un ojo ni mirar por la cerradura, ni aun entornar la puerta, porque esto es inútil en las cochiqueras.

Los diez angelitos estaban allí en la Gloria, bebiendo el fruto de la vida que los pícaros hombres han sabido convertir en tan-

tas y tan variadas clases como etiquetas ponen a las botellas.

La tarde, repetimos, era una tarde femenina, una tarde española. Tenían las nubes los colores de los carrillos de nuestras mujeres, y el cielo copiaba las posaderas de un traje de luces. ¿Hay algo más parecido a la grupa resplandeciente de una taleguilla, que el cielo de nuestra sandunguera Patria?... ¡Parece mentira que los poetas no se hayan dado cuenta! Heine comparó, como todos sabemos, e hizo reír mucho a los franceses con ello, la bandera de Alemania con el culo—que, sin perdón, así se llama—de los monos. ¡Gentil irreverencia!...

Un aura sutil traía efluvios de enfermería de Plaza de Toros.

De vez en vez, ráfagas interestelares movían las copas de los árboles, como si la Naturaleza pronunciara un vasto y murmurante «¡Olé tu madre!», o bien: «¡Mucha mano izquierda, nene!...»

Uno de los angelitos, influenciado por la belleza flamenca de la tarde, exclamó sentenciosamente, exhalando un regüeldo:

—¡Qué tardes más perdidas!...

Aquella frase era un poema de raza, celtibero.

Otro de los presentes, tomando un vaso lleno de ciertolico de color de sangre de toro bravo de lidia, se levantó en medio de aquel

ambiente preñado de vicios sordos y nostalgias heroicas, y alzándolo con un aire bravucón, como si esgrimiera una de las picas que pusimos los españoles en Flandes, dijo así o quiso decirlo:

—¡Oh, héroel... Tú eres tú, y nadie más que tú. Antes de ti nadie existía, y detrás de ti sólo tú te alzarás, interrogándote a ti mismo. ¿Quién eres tú?... ¡Tú!... ¿Con quién compararte sino contigo mismo? Cuando las venideras generaciones pronuncien: ¡el *Apéndice!*, oírse por los ámbitos un estremecedor «¡Él!» Serás «¡El!», Gervasio.

—¡Ele!...—gritaron los camarada.

—¡Ele!...—plañó la Naturaleza geórgicamente, como un eco lejano.

Gervasio *el Apéndice* no se dió por aludido. Su mirada errabunda vagaba en el espacio. ¡Oh, si el Empíreo fuera una inmensa Plaza de Toros, y el Padre Eterno mismo presidiera!...

Pero estaba allí la «Niña de las Púas», famosa *cantaora*, con perdón sea dicho de la letra «d», que está aquí demás o se ha *escapao*. Y la tal «Niña» se acercó al nene, le miró con las brasas de sus ojos, y le dijo gantunamente, mortalmente, fatídicamente:

—¿Qué quieres que te cante?

No de otro modo la Ninfa Eco, acercándose a Júpiter, le interrogaba sobre sus deseos inmortales de inmortales audiciones.

—Serenémonos, hermanos.

Esta «Niña de las Púas» no era alguna Ninfa Eco, sino la gachí más desgachá del Orbe Terráqueo. Fea como ella sola, aunque con la rara condición de ser única, más que mujer, parecía un falucho atravesando un Golfo en la galerna. Allá se iba en edad con la de la Tierra, que ya es tener años, y tenía por oficio cantar flamenco. Su fama iba de un polo a otro polo, como hubiera dicho a conocerla el poeta Quintana, nuestro Plutarco. Fresca, no de carnes, sino de conducta, y muy metida en el ajo del cante hondo, ella era una pieza obligada de todas las juergas de señorío.

—¿Qué quieres que te cante?—repitió.

Y *el Apéndice*, dejándose querer, contestó:

—Sal por marianas, niña!

Permítanos el paciente lector una digresión: Las digresiones son necesarias cuando existen. ¿Qué sería del narrador y aun de la narración sin ellas? Consultad un libro moderno. ¿No os dice la Ciencia que la Naturaleza misma da sus famosos «saltos atrás», lo que, por otra parte, no hay que confundir con el célebre «paso atrás» de Mazzantini...? Luego... ¡Ele! «¡Hay que quererle!»

Queríamos, pues, presentar a nuestros lectores a los dos compañeros de la *Niña de las Púas*, el *Mochales Perdío* y *Nene Bitongo*,

Seamos rápidos. Los buenos pintores, en cada pincelada hacen una obra de arte; proceder por afirmaciones, he aquí el triunfo.

Nene Bitongo era un adolescente. Su faz era indescriptible. ¿Recordáis un contemporáneo del trovero Ausias March? ¿No tenéis en la memoria alguno de los ángeles tocadores de laúd, de los cuadros del Perugino o de Angélico de Fiéssole? Afeitad a un hombre con relativo cuidado; procurad que sus ojos tengan lustre; peinadle a lo diablo; poned en sus labios una sonrisa estilo 1909; colocadle una nariz a lo «Semana Trágica», y tendréis a *Nene Bitongo*, el tocaor de guitarra.

Y a propósito.

En la enumeración de los hechos de todas las noches de autos, los objetos son a veces más interesantes que los sujetos.

¡Una guitarra! ¿Hay algo más sugeridor que este nombre? ¡Cuántas mujeres al oírlo recordarán su honra, su honor, su alma enredada en las traidoras cuerdecitas! ¡Cuántos corazones lúgubrementemente exprimidos en el negro agujero que abrió bajo el puente el primero a quien se le ocurrió la trágica ocurrencia de que sin ese agujero las cuerdas vibrarían, pero no sonarían!

¡Oh, manes y manos de Espinel, hijo de Ronda (cunã del toreo rondeño) y maestro de capilla del obispo de Plasencia, que aña-

dísteis la quinta cuerda! ¡Oh, padre Basilio, que añadísteis otras dos! ¡Oh, Aguado, oh, Sors! ¡Oh, maestro Naya, que añadísteis la octava cuerda! ¡Oh, Carnicer, Arcas, Viñas, Pargas, Tárrega! ¡Oh, Paco de Lucena!

La guitarra es un instrumento de música.

Ahora bien: notad que es un instrumento de música español.

Entonces comprenderéis que no puede ser como los demás.

Y no lo es.

Tocad en un piano de la cola más larga que encontréis la Sonata a Kreuzzer, del amigo Beethoven, que por ser sordo fué sin duda alguna el músico más grande, y no haréis pupa.

Pero coged una guitarra, es decir, ponérsela en la mano a *Nene Bitongo* y ¡ay de mí y de vosotros!... ¡Qué rasgueado, qué punteado, qué evocación arábica! Sin daros cuenta saltáis del asiento con lagrimitas en los ojos y os mareáis y dais cuerda al cuerpecito serrano. Aquellos dedos no eran vulgares yemas ni carpos o metacarpos triviales; eran diez navajas de Albacete que se os metían hasta lo más recóndito de vuestras entrañas y os dejaban sin vida, palpitantes, trémulos como trémolos, en carne viva sobre la que una mano de corazón de bronce o peña vertiera asfalto en ignición.

El *Mochales* *perdió* era bailar. Un ángel,

eso no hay que decirlo. Las mujeres lo habían reducido al *mínimum*, o, por describir científicamente su estado, a un común denominador. En los puros huesos, como cañí fino de pasta. Todos los micrococos y diplococos del universo infinitamente pequeño habían contribuido a su espiritualización y cuantas enfermedades contagiosas existen, desde la infantil viruela loca a la enfermedad del sueño que inoculara una mosca. El *Mochales* *perdió* lo bailaba *too*. ¡Y cómo, sin reservarse, dándose a los demás en redención de sus miserias!

Cantó la *Niña de las Púas*. ¿El qué? Flamenco.

Cantar flamenco, bailar flamenco, tocar flamenco; he aquí la fórmula suprema de nuestra alegría.

Cantar flamenco, es decir, por ejemplo:

*Y que llamen a Don Crispin,
el del Botiquín,
médico y doctor de la Cirugía,
y hasta la cama temblaba
del canguelo que tenía.*

Pero hay que decirlo. Hay que tener estilo, voz, maneras, una garganta especial, una campanilla, glotis, epiglotis, bronquios, paladar, pulmones, laringe, asadura y dientes *sui generis*. Si no, sois perdidos. Echad una arroba de sal en la laringe de Gayarre

y tendréis el ideal. Sin sal se acabó. Hay que torcer el pescuezo, segregar la saliva que sobra por el hueco abierto en un colmillo por penas muy hondas, empapar en árnica los ojos y suspirar cantando. Hay, en fin, que cantar como se torea, floreado, alargando las suertes para que emocionen y procurar no dar nunca en hueso sin haberse buscado la saliva con la izquierda. ¿Estamos?

Salió la *Niña de las Púas* por Marianas.

*Sube, Mariana, sube,
y por aquella montañita arriba...*

Haced con eso y con lo que falta, que es por el estilo, un *biscuit glacé*, una sopa de ajo bien hecha, una obra maestra, en una palabra, y comprenderéis que cantar flamenco no es tan fácil como obtener la disolución de unas Cortes, pongo por caso.

El *Apendice* entornó los ojos gitanos, y sacando la lengua se relamió los labios como si el cantar de la socia del margen le hubiera dejado allí caramelo, miel, arrope o guirlache.

—Sigue—insistió el torerazo en caló—; sigue, *cotoré* de *balichon* en *buñé*.

Los circunstantes, que eran diez, según hemos tenido el honor de repetir varias veces, se miraron.

—¿Qué quieres decir, maestro?—le preguntó un audaz incauto, que aunque o *manque* rico era tonto de herencia.

El *docurdó* o maestro tuvo la bondad inagotable de dignarse responder.

—Quise decir pedazo de jamón en *durse*.

Los diez acordaron que para gracioso *el Apéndice*.

La *Niña de las Púas* se acercó y le dió un beso en los labios. Pero un beso, hermanos, un *chumendo*, no uno de esos besitos cotidianos e insulsos que nos caen a veces en las rifas de las *kermesses* con premio carnal.

He aquí una descripción fugitiva de aquel beso.

Dejándose caer con violencia exquisita sobre la cara de *el Apéndice* le oprimió los labios en tres tiempos; en el primero le mordió sutilmente con sus caninos, vertiendo ¡ay! en las encías del diestro el veneno de sus incisivos; en el segundo le hizo una succión cruel como si quisiera perdonarle, sorbiéndole el veneno vertido en un segundo de pantera a dieta, y en el tercero—¡ah en el tercero!—se restregó en aquella codiciada boca hasta que, brotando la sangre a torrentes, *el Apéndice* dió un salto, la agarró por el pescuezo y de un boleó en molinete la tiró patas arriba en las losas.

Un ruido funerario como el de un cráneo

que rebota en un pedrusco se oyó por los ámbitos.

Mas la *Niña de las Púas*, que era castiza, se levantó sin siquiera mirarse la taleguilla y se acercó de nuevo al maestro, con los ojos fulgurantes como rubíes de maldición.

—*¡Miálas*— le dijo haciendo una cruz griega con dos dedos de diferentes manos— por éstas que no te he de olvidar aunque me hagas papilla, vida de mis entrañas!

El torerazo sonrió enigmáticamente.

Entonces fué cuando lanzó el suspiro que ha recogido la Historia.

Prosigamos la *juerguecita*.

Nene Bitongo oprimió la guitarra como si fuera la *caena e presidio*—hay que saber que la *Niña de las Púas* era su mujer— y llorando como una *Madalena* tocó como nunca había *tocao*.

Como que el *hule* inspira.

Fué primero un simple rasgueo sobre los nervios que por octavas y por momentos se convirtió en un funeral. Un olor a cirio humeante se extendió por doquier. Luego, trazando con sólo nueve dedos un arpegio en tonos mayores, cargó durmiéndose en la suerte y fué clara a todo el mundo la visión del patíbulo. Ultimamente, y con el dedo gordo que tenía libre, oprimió ligeramente como en un timbre el bordón y oyóse rotundo, siniestro, cuadrupedante, el roce nauseado.

bundo que produce la cuchilla de la guillotina al cercenar la cerviz de la víctima propiciatoria.

Los diez temblaron.

Cuatro ojos se miraron largamente: dos del *Apendice* y dos del *Nene Bitongo*.

¿Qué se dijeron?

La *Niña de las Púas* lo comprendió todo, y metiéndola hasta los dátiles se arrancó por aquello de:

*¡M'as arrancao de un tirón
la asaduri... biri... biri... bita...!*

El *Mochales* *perdió* no pudo más. Bebió, tosió, alzóse, y hubo en la acción simple de levantarse de una silla tal iniciación sagrada, pasional, metífica, que una losa de sepulcro que se levantara sola a empuje de gases deletéreos no produciría mayor escalofrío. Ya en pie el *Mochales* *perdió* voluntariamente el equilibrio, única cosa que sin duda tenía ya que perder, y sosteniéndose con la mitad de una sola pierna, giró diez veces sobre la última de las vértebras, que por cierto concluye en mal sitio, y dejándose en brazos de la Providencia ésta le devolvió a su posición natural. Como bailaba con una sola pierna, la guitarra suplía a la otra. Golpecito que *Nene Bitongo* daba en el instrumento sentíalo él en el corazón y se quejaba con

la barriga víscera, a la que él debía tener un odio mortal, de tal modo la trataba. Los brazos bajaban y subían como enloquecidos de espanto y en el rostro de aquel enigmático sér irradiaba la macabra estolidez de las es-finges.

La *Niña de las Púas* le hacía palmas:

*¡Si le cojo en descampádo...
José, lo que va ocurrir...!*

Nene Bitongo no oía a nadie. Se oía a sí propio. Sus ojos estaban clavados en las puntas de los pies como si pisara en un precipicio al borde del abismo.

El *Apéndice* le animó de pronto exclamando:

—¡Anda, niño que *paece* que *tiés* las narices en la suela *e* las botas!

Oír aquello y botar, saltar, taconear y pisotear la madre tierra todo fué uno. *Nene Bitongo* se descompuso. Aquello no era un hombre, sino el vástago de un torno eléctrico, el eje de un tornillo de vapor.

El torero palmoteó entusiasmado. Eso es lo que él quería... ¡movimiento!

—Cuando aquel hombre se sentó, el cuerpo protestó como pudo, pero pudo muy poco.

Gervasio el *Apéndice* se levantó con solemnidad y en medio de un silencio que se

mascaba, le dijo dándole golpecitos en el hombro:

—¡Eres un hombre, *Mochales!*

El interfecto respondió a este elogio sencillamente:

—¡Aquí no hay más hombre que tú, Gervasio!

Para que nuestros lectores sepan de una vez quién era este niño, vamos a contarle en tres líneas una parte de su vida, la última, porque las otras ni Dios, con haberlo ideado, lo sabía.

Estuvo en América. Volvió y trajo tanto dinero que uno le puso por mote el *As de Oros*. Pero él, impertérrito, se lo jugó a una carta y lo perdió *to*. Otro se hubiera pegado un tiro; pero él se pegó a los toros como si fueran mujeres, y los toros le hicieron hombre. Su valor asustaba. Llevaba a cabo tales proezas, que si para contarlas hace falta poseer el corazón de un cocodrilo, ¿qué hará falta para realizarlas?... Así es que volvió a ser el *As de Oros*.

Como mi salada Patria ama el valor sobre todas las cosas, el valor físico, el personal, lo convirtió en ídolo y lo adoró.

Pero ¿qué hacía?—preguntaréis intrigados. He aquí la ocasión para saberlo.

Aquellos diez juerguistas constituían una Comisión Mixta de Espectáculos.

Tratábase de una Corrida de Beneficencia,

¿estáis?, y ¿quién sino el *As de Oros*, el perincrito *Apéndice*, orgullo de una Raza? Pues al avío. Pidió por despachar dos toros seis mil duros. Se los dieron adelantados de los fondos del Tesoro público o de los que había librados para pagar los sueldos atrasados de los maestros de escuela, y le obsequiaban con una juerga la víspera. De modo que pronto vais a saciar vuestra curiosidad, pues lo que hacía este coloso del noble arte de lidiar cornudos, repetimos, era supremamente imposible de concebir no viéndolo, y aun viéndolo no se creía, y aun creyéndolo se volvía uno loco para entenderlo, y aun entendiéndolo... amén.

Volvamos a nuestro relato.

La tarde agonizaba suavemente.

La *Niña de las Púas* lloriqueaba en un rincón.

Su marido, *Nene Bitongo*, la había dicho en un entreacto:

—En cuanto se vaya Gervasio te vas a ganar dos hostias.

De todas las bofetadas que una malaventurada mujer puede recibir, las de un guitarrista son las más definitivas, a causa del ejercicio de los dedos.

Por eso la infeliz, que se veía venir en las sombras traidoras de la noche las hostias consabidas, lagrimeaba.

El *Apéndice*, que la vió, se acercó seguido

de la Comisión Mixta de la Corrida de Beneficencia y la preguntó:

—¿Lloras, Eusapia?

La desgraciada se llamaba originalmente así.

—Lloro ¿y qué?—respondió secándose la sentimental secreción.

—Es—dijo el héroe—que no puedo ver llorar a una mujer.

Enternecióse con esto Eusapia, y jugándose las hostias le dijo:

—Si lloro es porque *Nene Bitongo* me va a zurrar en cuanto te marches. Ya sabes que es celoso como un funcionario.

Subiósele al *Apéndice* la sangre negra de las malas tardes cuando un toro sabio torea él por su cuenta y sin riesgo alguno. Sintióse repentinamente justiciero, y llamando a *Nene Bitongo* con voz imperativa, *sí que* también preñada de augurios, le espetó:

—Palmipedo, ¿sabes tú lo que es una mujer?

—A veces—respondió el artista.

—¿Chistecitos?...—rugió el diestro.

Nene Bitongo rió como un conejo.

—Una mujer, sentenció el *mataor*, es un ángel con mas arrobas que un Miura, y hay que mirarla con más respeto que a un Miura, y hay que comprimirse los apetitos subjetivos y los floreos como ante un Miura. He dicho.

—¿M'explicao?—preguntó volviéndose al auditorio.

Un murmullo le hizo saber que habíale llegado a lo vivo, tocado en el punto débil y dado en el clavo.

Nene Bitongo se dió cuenta y frunció las cejas una *miaja*.

—Si tocas—le afirmó el *As de Oros*—a este sér para causarle desaguizado, erosión o herida alguna de pronóstico reservado...

—Es mi mujer—respondió el mal aconsejado mozo.

Entablóse entonces el siguiente flamígero diálogo:

—¿De modo que por ser tu mujer...?

—Hago de ella lo que me da la gana.

—Eres un cabestro.

—Puede.

—Los hay frescales.

—Según da el aire.

Oyóse hacia este punto del diálogo el característico ruido de un mamporro, seguido de un coceamiento infernal.

Estaba el *Apéndice* sobre el desdichado *Nene Bitongo*, como San Jorge sobre el dragón, y para aliviarle, le dijo con serenidad indescriptible:

—Tu mujer ha sido mi querida. Y cuando un hombre tiene derechos adquiridos, como yo, si no vela por ellos, es un becerro de dos años sin herrar, ni tentadero.

Un corazón rugió bajo una bota.

Nene Bitongo lloró amargamente.

Escrito lo anterior para los lectores que amen los acontecimientos fuertes, escribamos esto ahora.

¿Puede suceder lo que nunca ha ocurrido?

¿Es posible lo que no ha sucedido nunca?

Pues oído al parche:

El *As de Oros* tomó del brazo a la *Niña de las Púas* y se la llevó a un rincón, donde una lamparilla roja descubría que hacía dos siglos un hombre mató allí a otro hombre de un magnífico navajazo en los intestinos, estilo Sacro Monte de Granada.

—Tú sabes, Eusapia— cameló el *As de Oros*—, que te he querido mientras no era lo que soy.

—Sabido—suspiró ella.

El añadió:

—Pero hoy, nuestros destinos nos separan.

—Porque eres un granuja—rugió la nueva Carmen de Merimée.

—La pasión te ciega, Eusapia—dijo él, conciliador y tierno—; un abismo nos separa.

—Quien nos separa—gruñó la pobre mártir del heroísmo nacional—es esa yegua de...

—Lola debe ser para ti sagrada.

—Y mi deshonra, ¿no lo debe ser para ti también?...

—Los hombres como yo, no deshonran.

—¡Claroco!—aulló la interpélada.

—Los hombres como yo honran a los seres que tratan.

—Yo era muy buena antes de conocerte, Gervasio, y hoy soy una fiera. Mira: esa rana que *t'as echao* de querida, no hace mutis. ¡Palabra, que la despeno!

—Si tú tocas—rugió el torero— a ese ángel...

—¡Lo tocaré, me lo comeré, lo haré salchicha!

—¡Entonces, morirás, y morirás ahora mismo!

—¡¡Oh, dulce muerte, si me la dan tus manos!!...

Aquello era para desarmar a un acorazado de tres chimeneas.

—¿Tanto me quieres?—preguntó el amado.

Ella se dejó caer en uno de los hombros del *As de Oros*, por toda respuesta, y volvió a llorar, y lloró sin consuelo una hora larga.

La guitarra de *Nene Bitongo* sonaba a lo lejos.

Era su eco, trágico. El palmoteo de los diez de la Comisión Mixta de Aristócratas para la Corrida de Beneficencia, acompañaba el baile del *Mochales perdido*; su eco era lúgubre también.

Un suspiro se escapó más que a prisa del pecho del diestro.

—¡Quién sabe, Eusapia, si esta noche es la última de mi vida!

—¡No, bichín mío, no pienses en ello! ¿Quién te puede matar a ti?

—Un toro.

—No divagues, Gervasio.

—¡Ah, nadie sabe lo que un toro lleva dentro! Hay algunos que parecen salir de una Universidad.

—¿De veras? ¡Y a mí que me parecen todos iguales, nenito!

—La *ignorancia* es la causa de todo mal, Eusapia.

—¿Y cómo saben ellos que torear es filfa?...

—¿Filfa el toreo?

—Vamos, quiero decir...

—Sí, te comprendo, mujer, y te lo perdono... ¡Quién no perdonará los crímenes de la inocencia!...

Ambos se sumieron en negros pensamientos.

Tomaron asiento.

El acariciaba aquellos cabellos que habían sido negros.

Ella jugaba con el dije del reloj del amado, dije de oro de peso en bruto de un burro y que representaba un chino fumando opio en una sartén, lo que era extremadamente original.

—De modo—susurró ella, dulzosa y malévola, con esa honda noción del peligro que

tienen las criaturas del sexo débil—¿de modo que los toros también te pueden coger a ti?

—A mí y a Cristo, si se les pone por delante—respondió él sacrílegamente.

—De modo—añadió la Eusapia—que tú, antes de ir a la Plaza, no puedes decir: «Hasta luego», sino: «Hasta que Dios quiera».

—¡Naturaca!

—Entonces, los toros son como la lotería, ¿verdad?

—Sí, pero al revés; aquí, a quien le toca, se ha caído.

—Pues yo he oído decir que haces con los toros lo que quieres.

—Como tú de mí—añadió él galantemente.

—¡Ansioso!

—¡Solera fina!

—¿Me amas?

—T'amo.

—¿Olvidarás a esa Lola del cuerno?

—Jamás.

—¡Arrea! Y yo que creí que...

—Ten calma, luz de mis ojos.

—Tan poca vergüenza tienes que aún me llamas eso.

—Tengo lo que tengo, y si alguien tiene más que yo, ¡que se vea!

Esto hizo llorar una vez más a la *Niña de las Púas*. Dijo:

—¡Serás mi verdugo!...

Oyóse la guitarra: unas soleares, negras como el betún.

—Ese sí que me ama — se atrevió a decir.

Y no lo había acabado de echar por la boca cuando el *As de Oros*, veloz como el que se aparta de un auto en cuarta, la saltó una de cuello vuelto que aquel ángel soltó una inmundada blasfemia.

—Toma—gritó ella en el vaso sin fondo de su desesperación, mostrándole un cuchillo que sacara de entre las ballenas del corsé—, toma; corta por donde quieras; acaba con esta existencia mía, que es para mí un suplicio renovado inútilmente.

—Como una papeleta de empeño—comentó el desalmado.

—No tienes valor ni para matar a una pobre mujer.

—¡Deliras!...

—¡Mátame!—gritó ella arrastrándose a los pies del ídolo.

—Ladea, hermana.

Y de un puntapié la arrojó de sí como un guiñapo.

¿Qué sucedió entonces?

Alzóse ella, y con una dignidad de la que ni aun ella misma se hubiera creído capaz, le dijo:

—¿Y eres tú el *Apéndice*?

—¿Y aún lo dudas?

—¡Oh, no!—exclamó riendo sardónica-
mente.

—¡A ver si te suelto otra!...

—¡Eso faltaba!...—dijo Eusapia mirándole
como si le viera por primera vez.

El desenlace se acercaba. Véase un pa-
ñuelo verde en las manos ocultas de la Pro-
videncia.

¡Amores trágicos españoles! Toreros y
cupletistas, *cantaores* y *bailaores*, guitarras,
vino, sangre, sol, navajas, ¡ay, ay, ay!...

Un fenómeno sísmico conmovió el alma de
bronce del torero.

Había oído el nombre de la bicha en la
boca de Eusapia.

No quería creerlo.

Pero...

La verdad es como la mentira; se oye per-
fectamente.

—¿Qué has *vomitao*, parienta?

Los ojos se saltaban de sus órbitas.

Ella, como sucede siempre cuando un
hombre pierde la razón, la recobró al ins-
tante y le habló así o de un modo pare-
cido:

—¡Te he amado a lo español! Por ti lo dejé
todo menos el *cante*. He engañado a mi ma-
rido con cuanto tú has querido. Sólo me que-
daba el alma y ésta la acabas de asesinar.
Pues bien; te maldigo. Te matará un toro
mañana y tu cogida será horrorosa. El toro

te partirá en tantos pedazos que no te podrán ni coser. Y a esa Lola del ala la violarán enmascarados y parirá dos gemelos, y desde el otro mundo, en los infiernos, lo verás todo...

Acabó, y al acabar se hundía el puñal con mango y todo en ese sitio en que los dos pechos hacen todo lo posible por juntarse, sin lograrlo.

El se acercó horrorizado, mas ella le apartó con un ademán lleno de reticencias.

—¡Vaya un golletazo!—exclamó él viendo salir litros y litros de sangre roja como el vino antes de la invención de la química.

Eusapia quiso incorporarse, lanzó un epifonema intraductible, lo miró como se debe mirar cuando se mira por vez última, y entregó su espíritu en manos del Hacedor a las ocho menos veinte.

La guitarra sonaba lírica, lóbrega, lúgubre.

Un bicho jipeaba también en lo más alto de la copa de un árbol.

El *As de Oros* llamó entonces a sus amigos.

Renunciamos a describir la triste escena.

Nene Bitongo, su marido, como ya sabemos, se limitó a decir:

—Dios *l'aya perdonao*, que a gallina nadie *la ganao* en este mundo.

El *Mochales perdío* hizo también su oración fúnebre:

—¡Qué hermoso fin para una *cantaora* castiza!...

El *Apéndice* fué arrancado de allí por la Comisión Mixta.

Uno de ellos filosofó:

—Hacía mucho tiempo que las *juergas* no terminaban así.

Pero el estupor no tuvo límites cuando oyeron decir al *Apéndice*:

—Mañana me matará un toro.

—¡Guasoncibilis!...—le gritó uno de la Comisión, dándole un puntazo con el índice en la barriga.

Sonó la bocina de un automóvil.

Del magnífico carruaje salió..., nos lo resistimos a creer, pero los hechos son los hechos..., salió doña Lola.

¿Sola?

Con un mancebo.

Este mancebo se llamaba Juan y tenía mala catadura.

II

Veinte años atrás..., este hombrecito no había nacido. Apenas si el bozo tamizaba sus mejillas; pero su fama corría más deprisa que sus años, y Lola era su segunda esposa.

Este arcángel era conde, y muy rico en metal, lo que nos hace innecesaria toda descripción, seguros de que esta condición le hará simpático a la mayoría de nuestros lectores, y la mayoría, amigos míos, es la que en todo corta el *bacalao*.

Había mandado este serafín al otro mundo, en duelos muy sonados, unas docenas de hombres; que era él pundonoroso hasta la hipérbole, y no permitía en su presencia la infracción menor al Doctrinal de Caballeros. Mas tenía una debilidad—¡ay, quién no la tiene!—, y esa debilidad era el *Apéndice*.

Los seres que se buscan se encuentran, ha dicho un banderillero, y Juan buscaba al *Apéndice*. Una vez encontrado se hicieron

tan amigos, que todo les era común, hasta doña Lola; claro está que, con referencia a esto último, en el mayor de los misterios.

Doña Lola era una barbiana de veinticinco hierbas. Alegre, como su nombre; bella, como un pecado mortal en Cuaresma; alta, como la cabeza de un toro a quien no se han dado pases «por bajo», sacudiendo el trapo; gorda, como la que se va a armar, según mis correligionarios, algún día... Casada, no contra su voluntad, sino contra su capricho, lo que no es lo mismo, aunque lo parece, *díqueló* la cantidad de hombre que había en el *As de Oros*, le dió, primero, qué decir, y luego, lo que él quiso, y así estamos al principio de este capítulo.

Doña Lola fué saludada por los diez de la Comisión Mixta, con el respeto que a los *juerguistas* inspira la virtud. Pertenecía doña Lola a una sociedad, precisamente la que había organizado la Corrida de Beneficencia, y era como el ángel inspirador de esa sociedad misma, filantrópica como un pelicano.

Quisieron ocultarla lo sucedido, por lo pronto, y sentándose con los individuos de la Comisión Mixta en torno de una de esas mesas cuyo sólo aspecto inspira una mala noche, llevaron la conversación donde la conversación quiso ir, que es lo que sucede a quienes no saben por dónde empezar.

—¿Están ya ultimados los preparativos?—preguntó un hombrecillo calvo, muy parecido a un torero de moda.

Doña Lola respondió que sí, y sus ojos se clavaron en los del *Apéndice*, que parecían decirla:—¡Pues si llegas antes, sí que te las lías!

—¿Se ha vendido la plaza?—interrogó otro de la Comisión Mixta a Juan.

—Y diez que hubiera.

—Me alegro por los enfermos—dijo uno de la Comisión Mixta, que tenía ojos de besugo.

Doña Lola que, como querida de un torero, estaba siempre al quite, murmuró beatíficamente:

—Tendrán caldo y *magras*, gracias a nuestro torero.

Iba a llamarle bribonazo, charrán y otros epítetos; pero... se contuvo.

—¿Qué sería de la beneficencia municipal sin las corridas—murmuró un juerguista sin mala intención.

Doña Lola, que creyó una indirecta lo que era producto de un cerebro equilibrado, le miró encantada.

—La verdad es—dijo doña Lola—que no hay cosa más fácil que preparar una fiesta benéfica cuando por medio hay toros.

—Y toreros como el *Apéndice*—añadió Juan.

Doña Lola, que sentía la querencia, hacía

garabatos con los ojos para mirar a todos y sólo ver al héroe, al amo.

El amo tenía cara de vinagre.

Otro de la Comisión Mixta pronunció un discurso cuya substancia era ésta:

—He ahí dos hospitales que sin los toros tendrían que cerrarse. ¡Y todavía hay quien habla mal de ellos!

—*¡Mochales perdíos!*—exclamó Juan.

El *Mochales perdío* creyó que le llamaban y se acercó.

Doña Lola observó con curiosidad aquella pieza humana, que parecía un hombre, y él miró a doña Lola con esa mirada que los hombres llamamos ardiente, pero que tiene otro nombre, el cual, como sucede en todo en este pícaro mundo, no se puede escribir.

Le fué presentado.

—*Mochales perdío*, bailaor genial, de raza, hace con su cuerpo lo que le da la gana, y se impone, porque baila como los ángeles.

Doña Lola le miró ahora como antes él a ella.

Después le presentaron a *Nene Bitongo*.

—*Nene Bitongo*, *tocaor* de guitarra; castizo, más que Dios; cuando él toca, hay que quitarse el sombrero; en cada dedo tiene una fortuna; pero como los mueve tanto, se va, y no tiene una gorda.

Doña Lola quedó satisfecha.

Después, la conversación tomó adorables giros.

—¡Los toros, ah, los toros! ¿Qué sería de España sin ellos?

—Como que son nuestro paño de lágrimas—dijo uno.

—Ahí recibimos la noticia de todas las palizas que nos dan—reflexionó un juerguista.

—¡Y que nos dan pocas!—gruñó un tercero.

—Porque no ponen al frente hombres como el *Apéndice*—sentenció Juan.

—¡Cualquier cosa le inmuta a éste—dijo otro que no hacia otra cosa que volver la vista al sitio de la tragedia tan minuciosamente contada en el capítulo anterior.

—¡Está triste Gervasio!—indicó doña Lola a su marido.

—Es natural—mujer—respondió el aficionado—. Calcula tú, mañana se juega el pellejo.

El *Apéndice* dejó caer sobre el pecho el órgano o miembro al que él enfáticamente llamaba cabeza, y dijo con sencillez espartana:

—Mañana a estas horas habré muerto.

—¿De qué?—preguntó un *gachó del arpa*.

—De amor—dijo otro *gachó* de la Comisión Mixta.

—¡Ay!—suspiró la tantas veces llamada doña Lola.

Su marido no pudo por menos de observar en su fiel esposa síntomas de desfallecimiento, que él atribuyó a haber venido en automóvil desde tan lejos.

—¿De amor?—interrogó sonriendo a lo Mefistófeles el amo—. Eso no vale la pena.

—¡Amor!—exclamó uno mirando a doña Lola.

Y todos repitieron la palabra, que el viento concluyó por llevarse.

Hubo un silencio.

De pronto se oyó el llanto de un hombre.

Era *Nene Bitongo*.

—Dejadle que lllore—gritó imperiosamente el *Apéndice* a los que acudían en alivio del cuitado.

—¿Por qué llora ese hombre—preguntó doña Lola.

—Los nervios, señora—respondió un linfático.

El *Apéndice* puso en antecedentes a Juan.

—Allí—dijo—señalando un lugar lóbrego del cortijo, allí acaba de morir la mujer de ese hombre, la famosa *Niña de las Púas*. Justo es que lllore. Las lágrimas son el láudano de la existencia.

—Y el bromuro de las penas—concluyó uno de la Comisión, que había estudiado medicina hasta el segundo año.

Juan lo sintió mucho, y preguntó como un doctrino:

—¿Y de qué ha muerto?

Nadie supo responder, o no quiso, lo que es casi igual para nuestro propósito.

—Hay allí un cadáver, señores; tomémos un poco de interés—dijo uno de los diez, que sin duda era sensible.

—E insepulto—añadió otro.

—Y cubierto con más sangre que un jarmelgo en la plaza.

Doña Lola sonreía.

Una mujer de menos es siempre una buena noticia para una mujer enamorada.

Sin embargo, resolvió ir a verla.

—Conmigo—dijo resueltamente el *Apéndice*, echando un capote.

Doña Lola, por refinamiento en la crueldad—¡oh tragedia!—pidió permiso con los ojos a su marido.

—Con ese vas segura; Lola—dijo él—. Ya puedes ir con ese a todos los lados sin miedo.

El *Apéndice* no la dió el brazo, por ser esto muy cursi, o porque doña Lola no se sostenía mal en sus macizas piernas.

Pronto estuvieron lejos de la reunión.

Doña Lola entonces se abrazó a su amante en un abrazo bárbaro, salvaje, de francesa que imita a una española.

—Rabio de amor, Gervasio.

—Te adoro, Lola.

—Soy tuya, mátame, písame, estrújame.

—Como la otra, tóas iguales.

—¿Qué dices?, pillo...

Y dando un brinco, zalamera, hiperbólica, dejada de la mano de Dios, se colgó de los hombros de su gladiador y lo mordió en un ojo.

—¡Dime si me amas, *pendicito!*

—Si no te amara... Lola... si no te amara...

El tono de enigma de esta frase conmovió a Lola hasta los huesos.

—Habla... habla... ¿qué te ocurre?

—Ocurre, Lola, que eres cómplice en la muerte de la *Niña de las Púas*.

—¿Yo, gatito mío? Si no he salido de la iglesia en toda la tarde, vendiendo localidades para mañana.

El *As de Oros* rugió herido de muerte:

—¡Lola! ¡Lola! ¡Lola! ¡Y además cómplice de la mía!

Lola se hubiera desmayado a no estarlo siempre por culpa de su amor.

—Pero... ¿qué te pasa?... ¡Vamos, desembucha!

—Oye—gritó desencajado el *As de Oros*—. Ven, ven, ven.

Y la arrastró hacia el lugar de la expiación:

—¿Ves ese cadáver, Lola?—rugió.

—Lola se aturdió algo.

El torerazo, cruzándose de brazos ante la majestad de la muerte, dejó caer estos monosílabos como campanadas...

—Yo... tú... ella...

Lola, que aunque sicalíptica, trágica y pasional, tenía más sentido común del que parece, se acercó a su amante y le dijo:

—O estás *chalao* o aquí hay *matute*. ¿No es esa la *Niña de las Púas*?

—Esa es, Lola.

—Y bien... que la entierren.

El monólogo existe.

Ante el cadáver, el torero dió rienda suelta a su remordimiento.

—Me amó y me demostró que me amaba. Me maldijo. Me nombró la bicha. Me predijo que moriría mañana, que me mataría un toro. Y todo por celos por ti, por ti, Lola.

Lola empezó a asustarse.

Se inclinó sobre el cadáver.

En el pecho tenía una herida que parecía de cuerno. Metió su delicada mano y no dió fondo. Más tarde los facultativos, por cierto no sin asombro, hallaron interesados el pulmón, el corazón, las tripas, y encontraron el puñal en la vejiga, lo que sin duda alguna era asaz extraordinario, pues aunque estas mujeres no son como las otras, el caso se prestaba a volverse loco, de no ser detective de nacimiento.

Los ojos del cadáver estaban macabramente abiertos.

La muerte, que lo iguala todo mejor que una pared los albañiles, no pudo librar de

aquellas pupilas exangües el brillo metálico del odio de raza.

Lola se llevó las manos a la cabeza, exclamando:

—¡Esta mujer me odiaba!

Luego, como si esta idea la hubiera dado increíble valor, cogió la cabeza de la víctima con el gesto de una Salomón y dijo:

—En mi vida he visto cosa más fea. Lo menos tenía ochenta años.

—¡No insultes la muerte, escorpión!— aulló el *Apéndice*.

—¡Me da la gana!

—Mira que te piso como a un sapo.

—Tú que vas a pisar, ¡pelele!

Y se levantó a medir sus fuerzas con el sér sobrenatural de una Raza.

Confesamos que estaba hecha una real hembra.

Las sombras de la noche esperaban.

En el cortijo oíase a intervalos, y como si alternaran en dúo misterioso, un acordeón y un perro.

Tuvo entonces el *Apéndice* un rasgo romántico. Parece ser que dijo:

—Si mañana he de morir, ¡qué importa morir antes!

Y acercándose a la que tanto le idolatraba la increpó:

—¿Por qué te rebelas contra mí, dulce Tiranía?

Eso era cantar las cuarenta.

Lola, seducida, fascinada por aquella poderosa mirada que hasta en las tinieblas magnetizaba, se acercó al coloso taurino.

—Soy tu sierva. Sea en mí según tu palabra.

E inclinó la cabeza en el hombro adorado. La luna salió a ver aquello.

Un cadáver cerca de un idilio; el marido de Lola también cerca; una Corrida de Beneficencia al otro día; y la maldición de la muerta moviendo sus pestañas vibrátiles en el viento de aquella noche tibia.

Creemos que esto son aventuras; jugarse la vida, ser castizo y merecer andar por ahí *arrastrao* en coplas.

La luna, la cómplice escandalosa de tantas cosas que ponen los pelos de punta iluminó el grupo.

Estaba ella como hemos dicho lánguidamente despierta, pero dormida en ese éxtasis de almibar o azúcar cande, del que desgraciadamente despertamos demasiado pronto.

Su pálida frente marfileña, frente pura de cromolitografía, caía cerca de los labios voluptuosamente pérfidos del lidiador.

¿No estáis viendo aquí temblar un beso en estas indecisas? ¿No sentís la vasta aproximación de dos almas? ¿No os da en las narices que va a ocurrir algo gordo o grueso?

En el momento en que la boca del torero

se unía a la piel de Lola, fresca piel de España, en el instante en que aquellos dos seres se entregaban a la ley natural sin acordarse de los jueces ni otras galimatías o protuberancias óseas de la realidad, un acontecimiento inusitado vino a dejar caer en la miel una mosca.

No de otro modo incautos, dormidos en el brocal de un pozo, ignoramos el peligro que corremos.

La miel era su alma, una e indisoluble e indivisible ya.

La mosca era él.

¿Quién?

Juan.

Juan el duelista, el hombre que partía de un tiro un cabello lanzado al aire desde la ventana de una torre o de un tren en marcha; Juan el aficionado recalcitrante, conde, millonario, dueño de un automóvil, pero no dueño, ¡ay!, del alma de Lola.

¿Qué pasaría por el alma de aquel hombre?

Divaguemos.

Figuráos que os casáis con un ángel.

Figuráos que viene un quídam y se hace vuestro amigo.

Figuráos que el amigo y el ángel hacen migas.

Figuráos que un día lo veis.

Decidme: ¿qué os quedá?...

Vengar vuestra honra, ya que no la vigi-

lásteis como aquel caballero de Avila que se pasó la vida espiondo su alma sin moverse de la silla.

Han dicho todos los sabios que las manchas de la honra no las quita ni Dios.

Pero como hay drogueros del alma lo mismo que hay boticarios del cuerpo, se ha inventado que la sangre borra esas manchas.

O sea: un revólver puede devolveros la dignidad; dos cápsulas o una bien administradas pueden traer os la honra a casa.

Lo que no os traen es la nena otra vez.

En un minuto el conde Juan se hizo las anteriores reflexiones.

Meditar es deducir; pero hay meditaciones que enredan.

Dad un ovillo a un gato y tendréis la imagen de la imaginación de un hombre en el caso de Juan.

Lola presintió a su hombre, y como es natural, aunque no debía serlo, se agarró a su torero como con tenazas.

Porque es lo que diría aquel angelito: —Si nos matan, que nos maten a los dos.

El amor tiene estas envidiables prerrogativas.

El *Apéndice*, acostumbrado a ver pasar la muerte bajo los sobacos y a veces por otros sitios más peligrosos, puso en sus labios de tenorio una mueca sarcástica.

¿Miedo un torero, cuando son la regla, es-

cuadra, metro, compás y vara de todas las clases de valor?

¿Miedo *As de Oros*, que en América se ganó un premio por dejar que una locomotora pasara por encima de su cuerpo?

Juan, al fin, habló. Su voz parecía venir del otro mundo.

—Si un día viene uno y me dice lo que hoy veo, lo mato.

La frase inicial no podía prometer más.

El bicorne bípedo continuó:

—Si tú, *As de Oros*, hubieses confiado tu mujer a un canalla y éste hubiera demostrado serlo, ¿qué recurso te hubiera quedado?

Un cuco lució su genio musical en el seno materno del viento.

Las estrellas brillaban indiferentes a todo.

El cadáver de la *Niña de las Púas* parecía sonreír.

El torero sentía en su intrépido corazón la respiración ardiente de Lola.

Juan avanzó.

Sacó un revólver y lo amartilló.

—Si eres hombre—exclamó—, deja esa mujer a un lado y defiéndete.

El torero forcejeó por desasirse, y ella entonces dió un terrible grito.

Al grito acudieron los diez individuos de la Comisión Mixta.

Encontraron el caso grave.

Lola dió un gran pellizco al *Apéndice*.

Estaban salvados.

Los diez entablaron negociaciones con pasmosa sangre fría.

He aquí el estado del asunto a media noche:

Entre dos hombres había dos Hospitales.

Si al día siguiente no toreaba el *Apéndice*, más de mil quinientos enfermos no probarían caldo alguno en un año, lo que se presta a espléndidas conjeturas.

El diablo, que todo lo añasca, ha unido tan endiabladamente la caridad y los toros, que si no hay éstos revienta la otra.

Tenéis un duro, por un casual, que se dan estos casos, palabra.

Se os pide ese duro para sostener un Hospital.

Claro está que os negáis.

¿Por qué?

Porque la condición de un hombre que tiene un duro es así.

Pero teneis un duro y leéis un cartel de toros.

Se habla en él de los beneficios sociales que reporta la Caridad, lo meritorio del que por los inválidos se sacrifica, de ocho toros que se las traen y de tres hombrecitos que son una futesa matando bichos bovinos y entonces...

Entonces, como ya no os piden un duro, sino que os exigen, en nombre de la caridad,

tres, dais el duro que tenáis, buscáis los otros debajo la tierra y a la Plaza, a remediar la precaria situación de los pobrecitos enfermos, ¡no faltaba más!

La caridad así entendida es un encanto.

Tan moral es esa idea de la caridad, que dan ganas de... ¿de qué dan ganas, hermanos?

Pues de deciros que *m'alegrito* de veros *güenos*.

¡Pobre Juan!

He ahí una situación anómala.

Los diez de la Comisión, después de deliberar, se dividieron en dos Subcomisiones, que a su vez delegó funciones en el inmediato inferior, como es vieja costumbre española.

Habíase determinado—¡caso raro que una Comisión determine algo!—que en cuanto acabara de torear el *Apéndice* al otro día Juan le pegaría un tiro.

Juan, no sabemos si por los enfermos o por ver torear una vez más a su ídolo, accedió.

Saltó a su automóvil y se perdió en las sombras.

Lola y el *Apéndice*, estrechamente unidos, abandonaron el lugar fatídico donde la pobre *Niña de las Púas* había atentado impiamente contra su vida.

El *Nene Bitongo* se les acercó, la gorra en la mano.

Entre el marido y el amante se entabló el siguiente curioso diálogo:

—¿Cuánto crees que valía la *Niña de las Púas*?

—Cien pesetas, *Apéndice*.

—Como éstas.

—¡Que el cielo te pague lo que haces conmigo, torerazo, generoso, baratero y derrochador!...

Lola cortó el diálogo dando al amado un beso de tres bemoles.

III

Una Corrida de Beneficencia es una fiesta ideal.

Consiste en una oferta y una demanda magníficamente disfrazadas de acto voluntario.

—Señorito, una limosna.

—¡Hola!

—Deme un centimito para pan.

—¡Caramba!

—Se me ha muerto mi madre y estoy solito en el mundo.

—Bueno; pues límpiame las botas.

Se os limpia las botas y dais el céntimo.

¿Me queréis decir ahora qué es lo que habéis dado?

La caridad ha inspirado las más grandes obras del espíritu humano y ella debe informar nuestros actos más modestos; pero en su nombre nadie debe cometer acciones torpes.

Decid así, sin hipocresías:

—Me da la realísima gana *diversionarme* y no hay ningún *nene* que me lo impida .

—¡Ele!... Pero que en el morrillo.

Mas si vais a los toros por hacer un bien, sabed que lo misma podías hacerle sin ir a la Plaza, y que el ir con ese objeto es tener muy mal corazón.

Sabed que mientras os divertís un hombre sufre en una cama.

Si el Gobierno, este infame Estado español, que explota la Lotería como una de las más saneadas rentas de su peculio, se diera cuenta de que el Pueblo aprende así a no tener sentimientos verdaderamente nobles, prohibiría esas corridas hipócritas.

¿Las prohibirá?

¡Quíá!

Porque no; porque si un Hospital recibe diez mil duros mondos y lirondos por este tubo, letrina, conducto o cañería, ¿qué necesidad hay de *apochinarlos* del Erario? En cambio, hay para guerras miserables, fondos de reptiles y otras concupiscencias.

Primer aviso.

Corramos, pues, un velo de acero Krupp a estas porquerías e historiemos con esa meticulosidad lírica con que hasta ahora hemos venido haciendo las delicias de nuestros lectores.

Trasladémonos a un lujoso gabinete amueblado a la oriental.

En un diván, Lola; en otro diván, el *As de Oros*.

Es la mañana del día de la corrida.

Lola tiene en la mano una maraña de cabello postizo; el *Apéndice* un periódico, un gran diario.

Validos del mágico poder que tienen los malos novelistas para meterse donde no los llaman, leamos por encima del hombro del torero maestro:

«Se dice que el *Apéndice* está mejor que nunca de facultades. La herida del tobillo no se le ha vuelto a abrir esta temporada, y sólo le supura un poco la cicatriz que un toro del duque le infirió el 17 del mes de las flores del año pasado un centímetro más allá del ombligo. La tremenda cornada, que, desgarrando la piel en media legua de extensión, interesó los tejidos, partió el cúbito, fracturó el éliaco, abrió una horrible brecha en el hígado y declaró la peritonitis, está en vías de plena cicatrización, aunque el diestro se resiente de ella cuando las *juergas* duran más de tres meses seguidos. El puntazo de la ingle ha entrado en período de franca mejoría, un infarto en los ganglios como de un metro de diámetro, que le molesta, sobre todo al andar en bicicleta. Los once varetazos de la espalda han mejorado desde que el famoso diestro no come higos chumbos. Los cincuenta y cuatro puntos de sutu-

ra que le dieron en la región supra venal no le causan la menor inquietud. Algo más le fastidia el terrible pisotón que en el pie izquierdo le dió un toro de Parladé el 2 de Enero del año 1898; la historia de esta herida es curiosa por demás. El caso es que se trata de una tontería; pero los toreros suelen decir que temen más a las heridas tontas que a esas otras en las que se tiene que meter el médico entero para ver hasta dónde llegan. El toro llegó al último tercio con más humos que un velón. Frente al 2, y con los terrenos cambiados, el *Apéndice* entró por uvas, quedando empitonado por la coronilla y viéndose obligado a dar el doble salto de corvas o triple tirabeque. Se resintió por entonces de dolores en la región escapular, mas no hizo caso. Después de un soberbio pase de pecho, que remató en el rabo como Dios manda, el toro se revolvió sin decir allá voy y lo largó un pisotón macho. Hubo que recoger del suelo los huesos del pie, y gracias a la paciencia del doctor, que los unió y suplió los que faltaban con varillas de aluminio o celuloide, el diestro pudo andar como si tal cosa, aunque no deje de sentir por allí conatos de insubordinación, sobre todo los jueves a la caída de la tarde. El golpe de la rabadilla parece ser que no ha traído más consecuencias que un tumor que hay que abrir doce veces al mes para vaciarle. El maes-

tro ha notado que cuando no se vacía busca salida por sitios en extremo delicados, y cuantos le han visto en estas circunstancias le han aconsejado, sin remorderles la conciencia, que se pegara un tiro. El antrax parece que disminuye, y algunos restos de enfermedades juveniles andan poniéndose aquí y allá. Pero, según nuestros informes, de origen fidedigno, lo que más le hace padecer es un boquete atroz que tiene en un sobaco y que por la espalda le llega al otro. Le han puesto bizmas, emplastos, cataplasmas y barrenos de liddita o kimosse (pólvora japonesa de acorazados) sin resultado alguno. Los botones de fuego y corrientes de alta frecuencia le dejan en su lugar descanso, es decir, frío. Por ahora no le puede venir otro mal que empeorarle una grieta hereditaria de origen gotoso que le parte del bulbo raquídeo (vulgo nuca) y concluye en el talón de Aquiles. Su médico no puede con él y se maravilla de que no intente la curación de la apendicitis, enfermedad que tan peligrosa es. Además, a consecuencia del vuelco famoso del automóvil de su querida, la *bella Cucurucho*, en el que murió esta malograda joya de la coreografía víctima de las más bárbaras dolencias (se le partió el espinazo en siete partes), le ha quedado en el cuerpo como unas doce docenas de cardenales, por

los que se exhalan los gases más metíficos y virolentos.»

«Pero, según nos afirman, el *Apéndice* viene mejor que nunca, y nos congratulamos de ello, porque amigos fervientes (y conste que no le debemos algún favor) suyos le aconsejamos se exceda a sí mismo esta tarde. El *Torpedero número 13* viene pegando, y la faena que hizo la otra tarde en Panticosa le ha puesto en la Osa Mayor. Lo mismo sucede con *Robespierre II*, que debuta esta tarde en nuestro circo taurino. Sepa el *Apéndice*, y se lo avisamos (como admiradores incondicionales que le somos desde hace cuarenta y tres años, muchos años antes de que naciera, porque le presentíamos), que *Robespierre II* no es ninguna babosa, sino canela en barras; sus pases mixtos han hecho furor, y hay una sala en el manicomio de Leganés con su nombre. De modo que hasta luego, maestro. Nos atrevemos a añadir que representamos a la afición en este ruego y que nos veremos obligados a pegar firme si no...»

—Si no hay cañamones—dijo el *Apéndice* en voz alta—, haciendo con los dedos ese movimiento que quiere decir tanto para los pelafustanes, pelagatos, truhanes, tahures, follones y bigardos.

Lola le contemplaba embriagada de amor. Desde su diván le envolvía en una ráfaga

envenenada de cariño más peligrosa que gas de llave libre.

No obstante sentirse acariciado por aquellos aterciopelados ojos, el *Apéndice* pensaba en su situación.

¡Oh, era verdaderamente trágica ésta!

Una mujer muerta e insepulta. Un hombre ofendido en el centro de la gravedad de todo hombre. Una maldición brutal. La carga dulce, pero al fin una carga, de Lola, mujer-globo, hija del viento, cuya inflamante sangre parecía de hidrógeno...

—Piensas en algo malo—le dijo—; lo leo en tus ojos.

—Pienso en los toros, Lola.

—¡Ah! Esta tarde estaré allí...

Lola saltó del diván, enseñando unas interioridades como para ver pocas; sitios de esos para los que parece haberse inventado la simbólica frase de «por aquí se piden los Santos Sacramentos».

Se le acercó tremante de cariño. Le murmuró:

—Estaré allí, ¿sabes? Y te animaré con todo mi cuerpo, y tú mirarás para beber en mi asadura. Es preciso que quedes como los ángeles. ¿Te atracarás?

—He de hacer tales cosas—sentenció con solemnidad imponente—, que los venideros digan mi nombre con miedo.

Lola se le echó encima, con sus cinco

quintales de peso en flor, y si no se le abrieron las heridas descritas en el periódico de marras, fué porque el amor cura las heridas que abre.

Tenemos el orgullo de creer que nos explicamos como las propias rosas.

En esto comenzaron a llegar los admiradores de cien en cien, como las patas de los escorpiones.

¡Los admiradores taurofenomenológicos!

Los hay discretos, que admiran sinceramente lo que ellos no tienen.

Los hay frescos, que lo admiran y lo tocan.

Los hay que dan la hora.

Los hay que por un torero darían lo que les pidieran.

Los hay sinceros, que creen que el valor artístico empleado contra el toro es un dato nacional y la única reserva positiva de que disponemos.

Los hay con más camándulas que un perro.

Los hay con escamas.

Mientras el diestro de nuestro relato se vestía, operación delicada, que consiste nada menos que en cargarse el fardo más pesado del mundo, de tal modo, que parezca lo contrario y aun etéreo; mientras Lola repartía entre sus íntimos sendos apretones de manos y concesiones insignificantes, discu-

tianse las proezas leídas del *Torpedero número 13* y del *Robespierre II*.

Decía uno, jefe de corro, varón de cara de juez, esgrimiendo un periódico técnico-taurino con vistas a la calle:

—Si lo entiendo, que me ahorquen. Dice aquí que la especialidad de *Robespierre II* es los *pases mixtos*. ¿Qué es eso? Y que lo que distingue al *Torpedero núm. 13* son los lances de capa: «de *vuelta doble, de costado, a lo molinillo*».

A la verdad, esto no era corriente. La técnica taurina, bastante complicada por cierto, es, sin embargo, del dominio de los niños.

¡Como que lo maman!

Porque eso se mama, hermanos. Está en la sangrecita.

Ahí tienen, por ejemplo, el «dar cadera». ¿Hay algo más rudimentario que al final de un lance clásico el hueso de la cadera se salga de madre y haga lo suyo? Pues al avío, y oiréis cosas. ¡Ahí es nada, santo Dios! ¡Como que el cuerpo no ha de moverse, y, sin embargo, hay que estar andando!

En un rincón sonó un aullido.

La gente se agolpó allí. Uno leía:

—Lo cita en los medios; el toro acude como un ciclón; ladea el amigo de un modo inexplicable, ¡sin moverse!; le recoge con el talón del pie (citaba a cuerpo limpio), y lo

deja muerto por fractura del espinazo. La ovación le produjo abundante hemorragia nasal.

Se miraban los unos a los otros.

Les consumía la impaciencia. Habían pagado las localidades quince veces el múltiple de su valor, y estaban deseando exteriorizar una protesta estilo flamenco, o sea metiendo zaragata, los cuatro remos y un lío de herradero; el todo, empapado en mostaza.

Se acabó de vestir.

Salió.

Y con él España; toda una Nación.

Le rodearon embobaliconados, alagartados.

Lola le largó media docena de besos marca negrita, y le estiró suavemente lo que había sido estirado cien veces.

Luego, sentenciosamente, le dijo:

—Hoy es hoy, *Apéndice*.

Se despidieron.

Lola lloró como una gotera.

Por las calles nadie podía dar un paso. Daba lo mismo ir en coche que en el caballito de San Francisco. El ruido y el polvo cegaban los sentidos. *Apéndice*, nombrado por millares de bocas, pensaba en su destino.

¿Qué reservaría el Destino al *As de Oros*?

¡El destino, la suerte, la bicha!...

Al cruzar por un callejón, para ganar

tiempo el carro de los toreros, éste tuvo que detenerse. De una casa de miserable aspecto salía un negro ataúd. *Apéndice* se persignó con miedo.

Entonces ocurrió un caso inusitado. Los que conducían la lúgubre carga, la carne sin alma, la grasa sin espíritu, por ver a los toreros no se cuidaron del ataúd, y éste cayó sobre el empedrado. Se abrió como un melón. Ante los ojos del *Apéndice* apareció una repugnante «agüela», como de noventa años. Estaba seguro de que aquel cadáver hediondo le había dicho:—¡Buena suerte!

Al volver la esquina venía el cura de la Parroquia para dar los Sacramentos a un pobre diablo que acababa de caerse de un octavo piso. Lo vió en pedazos sobre la acera, entre vastos y caprichosos lamparones de sangre. Volvió a persignarse. Había creído oír al moribundo:—¡A ver cómo te portas, *Apéndice*!

Un niño muy pequeño le hizo un corte de mangas bastante significativo; y aunque esto podía ser hijo de la precocidad de los anormales y hasta de falta de ambiente, él lo tomó por el filo.

Otro entierro se cruzó con ellos cerca de la Plaza. Creyó que el muerto había sacado la mano por las junturas del ataúd para decirle adiós.

Al entrar en el patio de caballos se des-

tacó de la muchedumbre un hombre alto, tan alto, que el *Apéndice* no había visto un hombre tan largo. Una puya de picador le serviría de bastón. Llevaba en la mano un neceser, y se presentó a él sin más requilorios, como el médico que había de asistirle si la *diñabá*.

Además, cuando él entraba moría un anciano de muerte natural, como dicen los que ignoran que, por lo menos hasta ahora, nada se sabe de muertes artificiales. El *Apéndice* se puso muy serio.

Entró en la capilla y rezó.

La Virgen debió oírle, porque sintió un cosquilleo grande, como picazón de parásitos en la región mamaria.

Esto le dió algún consuelo, y por vez primera se atrevió a sonreír.

Inmediatamente mil caras sonrieron con él al unísono.

Cerró la boca, y las mil del ala la cerraron.

Volvió a sonreír y...

—Señal de buen agüero—se dijo.

Un monosabio le entregó una carta dirigida a su nombre.

La abrió y no encontró papel alguno.

Esto le puso sombrío. ¿Hay cosa más vacía que un sobre vacío?

Al volver a salir al patio de caballos para formar en cuadrilla, el monosabio del so-

bre saltaba con un estilete un ojo a un penco.

Se acercó y le dió un sopapo; pero el caballo le sopló una coza a él, creyéndole el autor de la infamia.

Allí conoció a sus rivales: al *Torpedero número 13* y a *Robespierre II*. El primero era muy mono, andaba a saltitos y parecía un crío enseñado por los jesuitas. El segundo tenía cara de ignorarlo todo, y tenía semejanza con el *Chato de la Larga Lengua*, que murió en cadena perpetua por violar a cinco de sus hijas.

Los tres se saludaron afectuosamente, como es costumbre entre compañeros de lidia, y conferenciaron brevemente sobre el reglamento.

Cuanto más miraba al *Robespierre II*, más se aferraba a la idea de que lo conocía. Esto le dió mala espina, porque el alma no suele olvidar sino a los que la han hecho algún mal.

—¡Por los cuernos de Juan!—exclamó—ya recuerdo.

En efecto: según parece, aquel hombre, entonces empleado de una funeraria, le sirvió un ataúd para una querida suya, que murió por haber creído ver en la escalera a su primer amante, muerto hacía unos años.

No repuesto de su asombro, se echó a la cara a Juan.

—Vengo—le dijo éste—como *aficionao*, a darte la mano, y desearte una tarde de *mistó en salsa verde*. Luego me encontrarás como hombre.

Ya en la Plaza, y pasado ese ahogo del paseo en el que los toreros se creen dioses, el *Apéndice* miró al palco de Lola: ¡El 13!

No tuvo tiempo de soñar más. El toro estaba en el ruedo.

Todas las miradas se fijaron en el *As de Oros*.

Sentía calambres en las pantorrillas, zumbido de oídos y hormiguillo en las manos.

Llegó a los medios, aireó la capa, vió al toro caer sobre él y luego sintió... ¿el qué? Palabra que sintió al toro decirle: —Hola, comparito, ¿y la *Niña de las Púas*?

Se le quedó mirando de manera tan estúpida, que el público le aplaudió a rabiar, creyendo de buena fe que era aquello una mojiganga más del toreo fino.

Le dió otro capotazo, y oyó ahora perfectamente claro lo siguiente, que lo heló de espanto:

—Mal vienes hoy, nene.

La capa se le cayó de las manos encima de la testuz, y como si fuera de una percha la volvió a recoger. Estaba *mochales*.

El público se le echó encima. La ovación duró una hora.

El toro le dijo entonces:

—Saluda, *panoli*, ¿no ves que te *las tocan*?

No había que darle vueltas, o estaba más *chalo* que el *Bolo* o los toros modernos sabían hablar como personas.

El griterío en la Plaza producía espanto y vértigo.

No se movía de al lado del toro y el toro parecía encontrarse bien allí. La gente sentía el calofrío de esa sensación popular que se expresa con el vocablo «¡atiza!»

El toro, observándolo con relativa compasión, le volvió a decir:

—Estás *azarao*, *litri*.

Paso a paso se fué hacia la barrera.

El toro, paso a paso, se fué tras él.

La gente en masa, enorme, imponente, le aplaudió hasta enloquecer. Aquello no se había visto nunca, y el ver las cosas por vez primera se paga muy caro en las Plazas de Toros.

De pronto, el gentío, que estaba congestionado de tanto aplaudir, vió la despechugación, lo que por los siglos de los siglos no se había de ver jamás, amén.

El desgraciado, que se creía en Jauja, o en los alrededores por lo menos, llegó al estribo y se sentó en él. El toro, que a decir verdad debía ser un toro sabio y más *corrío* que una locomotora del 60, se acercó hasta tocarle las narices con su húmedo belfo sin hacer por él ni niñerías.

El *Apéndice* saltó, por fin, la barrera para conferenciar con el Presidente sobre su amarga y singular situación; pero el Pueblo soberano se tiró al callejón y lo besaba y estrujaba que daba pena.

—¡Ese toro habla!—gritaba estentóreamente.

Y el Pueblo le respondía aún más fuerte:

—Hablará si tú lo quieres, maestrazo.

—Bendita sea tu madre, *pimpollo*.

—Anda con Dios, niño, que en ti se agotó la Providencia.

—Me iría contigo al fin del mundo, serafin.

—¡Quién tuviera una hermana!...

Lola en su palco fué víctima de un desmayo, lo que dió lugar a cuatro más listos que ardillas a prestar valiosos servicios.

Entonces ocurrió lo siguiente en el callejón de la Plaza:

Juan, el Conde, el espadachín, el que tenía su honra sobre todas las cosas, se abrió paso entre la multitud, con esa facilidad que hay siempre entre la multitud para todo, y poniéndose de rodillas delante del héroe, le dijo:

—Lola hizo bien. Si yo fuera Lola haría lo mismo.

El público mismo lo hizo saltar a la Plaza. Quería ver cosas sublimes; puesta en tensión su avaricia de emociones fuertes, estaba en camino de querer la luna.

En el estribo, avergonzados, confusos, ante el sol de la Tauromaquia, el *Torpedero número 13* y *Robespierre II* esperaban.

Maquinalmente el pobre *Apéndice* se dirigió al toro, que escarbaba impaciente la tierra lanzándola sobre sus ijares. El toro no se movió, y el *As de Oros* lo cogió de un cuerno, luego del otro, más tarde lo besó, después se apoyó en él, en seguida lo paseó por el ruedo como un chiquillo y por último lo preguntó:

—¿Y ahora qué hacemos?

—Diles, respondió el sesudo animalito, que me perdonen la vida.

El *Apéndice* pidió la vida del toro.

Se la concedieron.

Le hubieran dado el trono, de quererlo.

Si fuéramos filósofos sacaríamos de esta escena de Arcadia la moraleja de lo mucho que puede la bondad.

El segundo toro era berrendo en un color de fuego, con dos puñales por astas, parecía llevar pólvora en las patas y mugía como una tormenta. En su primera carrerita mató dos caballos, un picador, tres monosabios y un pobre guardia, que, como todos los guardias que mueren de servicio en Plaza, dejan invariablemente mujer y siete hijos. En el segundo paseo triunfal hubiera hecho lo mismo si hubiese encontrado un títere en pie.

Pero la vergüenza es una cualidad de la

sal en rama, y el *Torpedero número 13* saltó la barrera decidido a parar los pies al miserable criminal cornudo.

No lo hubiera hecho jamás, amén. Verle el toro, correr a él, cortarle el paso, el aliento y la sangre y hundirle el cuerno, todo fué uno. La plaza entera se puso en pie, ululando.

¡Horror, furor y terror! Pavoroso espectáculo ciertamente.

El cuerno del toro redujo a una masa sanguinolenta lo que fué cuerpecito rumboso, en sueño de femíneas almas de gacelas.

Nadie se atrevía a salir a los medios, alegando la familia, instintos domésticos, que-rencias disculpables y otras martingalas.

Allí, en los medios, estaba la asadura del *Torpedero número 13*, sacada por el toro de su estuche con una habilidad de cirujano.

¿Creéis que el publiquito dió por terminado el acto?

Pues no conocéis al publiquito.

Aquello era una Corrida de Beneficencia, si la memoria no nos la pega como doña Lola.

Y una Corrida de Beneficencia es, como antes hemos quedado, para caldos de enfermos, socorros de huérfanos y otras obras por el estilo.

Así es que yendo en el segundo toro no hay Dios que se vaya de la plaza *manque*

fuera el Juicio Final y oyera la corneta angélica.

El presidente, que era un buen padre de familia y tenía de Cuestor o Pretor romano lo que yo de flamenco, se dignó interceder por los toreros y víctimas.

¡Buena se armó! Arrojaron sobre el ruedo todo lo que hubieron a mano; destrozaron lo que el arquitecto ideó de madera sin acordarse dónde vivía; hicieron hogueras, desencajaron puertas; arrollaron guardias y, por coronamiento, se lanzaron al ruedo.

Siete *morenos* mató el toro; pero al toro lo venció el publiquito. Allí quedó el toro con más agujeros que criba castellana. Después, como solaz, quisieron quemar vivo al tierno presidente, pero éste les prometió que seguiría la corrida y le perdonaron.

Y siguió la divina fiesta que Dios nos conserve el siglo que tenemos de vida.

¡No faltaba más que en esos lugares donde se siembra y crece el valor como el arroz se fuera a tener *mieditis*, *canguelo* o *arasnó*!

Allí van hombres, y lo demás es pringue.

El tercero era un buen hombre. Se adivinaba en él un corazón.

Magro de chichas, reflexivo, cauto, dándose cuenta de la situación como un gobernador primerizo, sin ganas de quebrantos.

El *Robespierre II* pudo lucirse, y ¡vive Dios! que se lució.

Por fin salieron de dudas los que ignoraban qué eran *pases mixtos*.

Procuraremos, haciendo de tripas letras, explicarnos.

El *Robespierre II* encontró al toro cansado de la vida como un vulgar rastacuero. Lo tanteó sin precipitarse, pero con mucha pupila, y trasteó con una inteligencia de la que no se hubiera creído capaz al muchacho. Dos pases por bajo, arrastrando tela y castigando, le bastaron para humillar al morlaco, que tenía la cabeza más alta que un alabardero. Con uno en redondo le dió la noción de la circunferencia, lo que en términos taurinos equivale a enseñar que se haga lo que se haga allí se ha de hincar el pico. Cinco naturales le sirvieron para demostrar al toro que la realidad se impone aun a las almas más anárquicas, y uno de pecho enseñando el bulto para más claridad le dió sobre la fiera en cuestión una superioridad indiscutible.

Antes de seguir adelante digamos de una vez para siempre:

Existe la fiera; ejemplo: el toro.

Existe el hombre; prueba: el torero.

Ponedles enfrente al uno del otro. ¿Quién vencerá a quién?

La fuerza, no: la inteligencia.

Luego si examináis un pase de muleta, allí hay talento.

Luego si a la luz de la razón juzgáis una faena, allí hay arte.

Luego si yo quiero enseñaros lo que es un *pase mixto* os diré que lleva viajeros y mercancías, ambos en muy malas condiciones por lo regular, o sea que ese pase es una mezcla de fuerza y de talento, el sí y el no puestos sobre un palo que termina en punta.

Cuando el gran Hieron contestaba a los curiosos que le preguntaban por qué procedimientos hacía sus vasijas misteriosas, decía:

—Yo hago una vasija que da agua o vino a discreción; pero el secreto está en quien la maneja.

Quiero, pues, concluir diciendo que el *pase mixto* es una sucesión de cosas que uno no se explica ni el que las hace tampoco. Con el *pase mixto* acabó por atortolar al toro y de un golletazo lo despenó, con gran alegría suya.

El cuarto salió despacio. ¡Malo!

El *Apéndice*, que a fuerza de vino había recobrado el sentido común, salió a la plaza también despacio.

Ambos combatientes se miraron y midieron.

El toro, de quien hemos dicho que no tiene una pizca de talento, le tiró un derrote alevo-so, pérfido, y, por así decirlo, estratégico, y lo metió en el callejón de cabeza, con gran

susto de Lola, la manola, que al oír el choque de la cabeza del amado con el suelo, creyó llegado el fin. Mas levantóse el héroe y, encoraginado, lo toreó según los cánones, hasta que llegó la hora de la verdad.

Que es una hora con toda la barba.

Cogió los trastos, brindó en el tendido del 9 a un recaudador de contribuciones que conoció merodeando en el Japón, y pasito a pasito llegó cerca del sitio donde la ciega Fortuna pone seis pápiros de mil para los buenos, los castizos y los *lipendi*.

Fué corta aquella faena memorable, pero trágica.

Dos de arriba, con mucha manteca, y uno de abajo, sin corteza, que desopilaron; media docena de derecha a izquierda, oscilando sobre las puntas de los pies, y otra media, cambiando la muleta sobre las puntas... de los cuernos; uno, dándolo todo, vísceras inclusive, que produjo frenesi agudo, y otro, no dando «na», que se grabó en los Doctrinales taurómacos con este epígrafe: «Inverosímil pase dado por el *Apéndice*, que no es pase, y, sin embargo, es el pase más pase que *s' a dao* en este Valle de lágrimas»; otros tres de frente, por detrás, con vía doble de circunvalación, que provocaron la inflamación de los elementos, y un tute de pases marcando el *As de Oros*, sobre todo, que ocasionó en la Plaza misma los suicidios de

dos adolescentes. Y como postre de tan opíparo banquete, he aquí los dulces:

Girando, sin mover los pies, y moviendo la cintura, sin moverla, alargando el brazo, sin que tal brazo se alargara, *el Apéndice* se puso a un decímetro más décimas del cornúpeto.

Se oía la respiración angustiosa de la Plaza.

En su palco, el pecho de Lola se inflaba y desinflaba, como un fuelle de fragua.

Se hubiera oído cantar a la Loreto.

Caíansele las lágrimas a Jacinto Arropo de Cucaracha, aficionado meritísimo que durante sesenta y cinco años no había faltado un día a una corrida.

El aficionado técnico Juan Puerco de las Ventas, decía solemnemente a sus circunvecinos:

—Vais a presenciar ustedes la despampación.

El *Apéndice* se acordó de Lola.

Miró al palco.

Toda la Plaza volvió al palco sus miles de ojos.

Entonces se vió una cosa inusitada.

El *Apéndice*, que, como ya hemos descrito, estaba más cerca de la tumba fría que España, se encaró con Lola y brindó.

Hasta el *As de Oros*, nadie había brindado así.

He aquí un extracto de aquel brindis, que hizo época:

—Por ti, Lola. Si muero, no me la pagues, siquiera en memoria de quien se acordó de ti en el momento en que nadie se acuerda ni del santo de su nombre.

Lola, al oír esto, se levantó como una yegua encabritada.

—¡Piensa—le gritó con voz estentórea— que estoy yo en el morrillo, vidita mía!

Eso era tener hígados una mujer.

Mujeres así no se dan en ninguna parte.

La frase hizo su efecto.

Como si el *Apéndice* viera en el morrillo sangriento las rosáceas carnes de su Lola, recto, sin mirar oblicuo, sin hacer testamento, sin salirse fuera ignominiosamente, a paso de entierro de tercera, *As de Oros*, bello como un bitonguito, se inclinó sobre el hocico de la res y metió la mano en aquel sitio, ¡ay!, donde no hay salida, ni billete de vuelta, ni latifundios.

Media hora aquel grupo estuvo sin deshacerse, ¡media hora!

El público, puesto en pie y entontecido, como si fuera un público de pingüinos, helado de espanto, no sabía qué hacer.

Lola, echado medio cuerpo fuera de la barandilla del palco, las manos en la cabeza, desmelenada y pálida como la tripa de un mono, esperaba el desenlace.

Fué trágico.

Dos seres cayeron.

El uno, adelante.

El otro, atrás.

El toro, con una estocada hasta el hombro mismo del *Apéndice*.

El *As de Oros*, con una cornada tremenda en el bajo vientre.

El toro, rígido, extendió sus patas al aire.

El torero dejó escapar los intestinos sobre la arena del circo.

Lola se dobló sobre la baranda goyesca, como un cuerpo sin alma.

La muchedumbre dió alarido épico, y tres mil quinientos de aquellos seres de epopeya se desmayaron.

En el ruedo, el *As de Oros*, se desangraba.

Primero echó los intestinos.

Luego, arrojó una arroba de sangre.

Después, se encogió como perro dormido sobre sí mismo, en forma de rosca, y giró tres veces a manera de tornillo.

Por último, se le oyó decir con voz horrible:

—*¡Mama tao!...*

Los monosabios se acercaron con sus serones.

Recogían las tripas del *As de Oros* con una indiferencia tan de buen gusto que hacían reír,

Esto español de cepa es.

No mentimos.

Podíamos apelar a hechos históricos que ponen de punta aquellas extremidades que en Sevilla quisieran pelar a cierto iluso teórico-danzante de la cultura y otras porquerías.

Un monosabio, con la bolsa del estómago del *As de Oros* en la mano, hacía chistes.

Durante la Revolución francesa cogían las cabezas segadas y arrojadas al cesto y las tiraban de las orejas.

Como veis hay precedentes.

Lola volvió pronto en sí, como es proverbial en las mujeres.

Lo primero que vió fué a un monosabio recogiendo el hígado de su *Apéndice*.

¿Se inmutó?

No.

Con una serenidad, que conceptuareamos guzmanesca, sin permiso de la Academia, Lola gritó a un monosabio:

—¡Animal, no ves que estás pisando un riñón!

IV

Mientras conducen al *Apéndice* a la enfermería, mitad en serones, mitad a hombros de «morenos», séanos permitido una ligera digresión, mitad humana, mitad española.

Se ignora cuándo sale la muela del juicio.

Algunos doctores ponen este acontecimiento hacia el fin de la adolescencia de los adolescentes, pero otros galenos la colocan hacia la mitad o promedio de la virilidad de los púberes, existiendo opiniones de que esa muela no sale nunca en muchos sujetos sino después de muertos.

Sentimos no recordar los nombres de los extranjeros que afirman esto último, pero una de las cualidades de los españoles es no tener memoria.

Vayamos al bulto del asunto.

Queríamos preguntar si a España le ha salido esa muela.

¿Por qué?

Porque escenas como la de la cogida del

Apéndice ponen tales interrogaciones en la boca de los pensadores.

¿Qué es un pensador?

Un hombre que piensa.

Y el pensamiento, ¿qué es?

Darse cuenta.

¿Es esto fácil?

Muy difícil.

¿Y por qué es difícil?

Porque no es fácil.

Más claro... vino.

Prosigamos.

Decíamos ayer... que los morenos llevaban el cuerpo del *As de Oros* a hombros y a estilo del acto último de «El Ocaso de los Dioses».

Como es de suponer, el menor movimiento le producía un dolor indescriptible al dios taurómaco.

Si no, imagináos a vosotros mismos con las tripas y otras menudencias en serones y echando sangre como agua la fuente de Pontejos, y así os explicaréis el caso patológico que descubrimos.

El dolor o es moral o es físico.

Si es físico no es moral, y viceversa.

El *Apéndice* lo tenía físico.

Lanzaba ayes prolíferos.

Decía:

—¡Ay, Lola, cómo más puesto!

Aludía al hule.

Otro le oyó susurrar:

—¡No somos naide!...

Los toreros seguían aquel fúnebre cortejo llorando.

Una *cantaora*, al ver aquello que parecía un Paso de la Semana Santa, lanzó al aire una lúgubre, lóbrega, saeta:

*¡Miráslo por ónde viene
el mejor de los nastos...!*

—¿Me he muerto ya—preguntó el *As de Oros*?

—Falta poco—le contestó un chulo para aliviarle.

Le llevaban lentamente por el callejón.

La gente de las barreras, contrabarreras y delanteras de tendido se inclinaban para ver al desgraciado astro moribundo.

Un «gachó» de andanada le preguntó:

—¿Te sientes mal, nene?

El *Apéndice* abrió los ojos y contestó:

—¡Regularsillo!

Lola era contenida por cinco férreos sargentos de la Guardia civil a duras penas, y eso que los tales sargentos, etc... amén.

Las lágrimas cubrían aquel bello rostro con un velo mortuario.

La Dolorosa de Salzillo a su lado se estaría riendo.

El caso no era para menos.

En esto llegaron a la enfermería, después de un paseo de hora y cuarto.

Todos los toreros cogidos habrán observado, como el autor de esta hermosa historia, que el torero coge siempre en tal sitio que para ir a la enfermería hay que dar la vuelta entera a la plaza.

La enfermería estaba en el patio de caballos.

Las autoridades se dividen en dos clases:

Unas, las que tienen la autoridad en las borlas del bastón.

Otras, las que no tienen autoridad ni aun en las borlas.

Así se comprende que existan enfermerías como las de las plazas de toros.

¡Oh, lord Lister, descubridor de la asepsia!

Desde el bátrato, óyeme, inmenso cirujano, ya que los médicos de mi Patria están sordos.

Una enfermería de plaza de toros es:

Un cuarto pequeño sin luz cenital.

Con una ventana que da a un patio de caballos muertos.

El aire es un fermento de boñiga y sangre.

Hay dos camas de hermana de la Caridad.

Un armarito con algodón en hojas que no en ramas.

Un cajón de serrín como los que necesitan los gatos.

Algunas sillas de picador para dejar libre el paso.

Una Virgen de la Soledad en la pared.

Un excusado es decirlo que es más excusado que una puerta secreta.

Un palanganero de presidiario.

Agua de pozo o río con o sin; pero sin filtros.

Una columna mingitoria de Talavera de las que tienen un ojo en el fondo.

Un arsenal de cirugía de urgencia apto para dar el *santóleo*.

Arena en montones para el ruedo.

Un depósito de muebles del conserje.

Si hace calor, abanicos.

Si hace frío, un brasero de más tufos que un nene bitongo.

En tal sitio metieron al *Apéndice*.

Cuando entró todo el que quiso, cerraron.

Únicamente Lola, que llegó a la cita tarde, como es proverbial en las mujeres, no entró.

Se oían los gritos del héroe a través de las paredes como en la ópera *Tosca*.

Lola se retorció las manos y mesaba los cabellos.

Golpeaba como un bombero la puerta fatídica de la enfermería, sorda a sus penas, como es proverbial en los tabiques.

De pronto oyó un grito imperativo del médico:

—¡¡Morucho, la sierra, la pinza de dientes, el martillo!!

Lola cayó desplomada sobre la panza de un caballo muerto.

Morucho era un monosabio que hacía las veces de practicante.

Veamos lo que pasaba en el antro.

Aquel doctor espigado, nervioso, seco, que saludó al *As de Oros* antes de la fiesta nacional, era el galeno de tanda.

En cuanto lo vió *As de Oros*, murmuró:

—¡La bicha!

El doctor se arremangó los velludos brazos y procedió a la inspección.

—¡Ejarlo solo!—gritó el *Apéndice* al ver que docenas de curiosos metían la cabeza en la herida.

—Cabe—dijo un curioso—la Giralda.

El doctor contuvo la hemorragia.

El destrozo era tremendo.

El doctor dijo:

—Ni un tren pasando por encima de un hombre haría cosa semejanté.

Los periodistas le interrogaron:

—¿Curará?

—Indudablemente—dijo el doctor.

—Usté es mi padre—murmuró el *Apéndice*.

—Sí, hijo, sí—añadió el médico—. Si no fuera por nosotros, ya no habría corridas de toros.

Un periodista, lápiz en mano, preguntó al *As de Oros*:

—¿Tienes la bondad de decirme lo que sientes?

—Ponte en mi caso y lo verás—le contestó con ironía fina de puntas.

Un fotógrafo muy popular rogó al doctor suspendiera la cura, pues iba a inmortalizar al héroe.

Como era muy obscura la habitación, encendió magnesio.

Un humo admirable invadió la estancia.

El *Apéndice*, que se vió retratar, se sacó de la boca la sábana que tenía dentro de ella y sonrió como un conejo.

El fotógrafo obtuvo después doce placas de la herida, y se fué corriendo a revelarlas, para que salieran aquella misma noche en la Prensa.

El *Apéndice* pidió a uno de los circunstantes un cigarro.

Y fumó.

Fumando sintió que le serraban tres costillas.

Las vísceras, recogidas en los serones, le fueron puestas en su sitio.

Luego el doctor le cosió las heridas.

Entre ayes y chistes se había llegado al fin.

La cura había durado seis horas.

—De modo, doctor—le dijo un plumífero—, que curará.

—Cosa de cinco días—le contestó.

—¡Pero si está hecho una calamidad!

—¡Oh, no importa! ¿Usted sabe lo que es carne de torero? Pues hágase cuenta que lo abren, lo rajan, lo machan, y total, nada.

El *Apéndice* se puso a cantar un tiento de moda:

*¡Y de la sangrecita
que yo por ti derramo,
voy a teñirte un traje...!*

Un asadura que oyó esto, se puso a *marcarse* un bailable.

El doctor se amoscó y cesó la juerga.

De pronto dió el héroe un berrido furibundo:

—¡Ay, ay, ay...!

—¿Qué le pasa?—le preguntó el doctor.

—¡Que s'a dejao osté las tijeras dentro!

El doctor le abrió de nuevo y le volvió a coser.

En esto, el gentío era tan numeroso, que por la ventana se veía un océano de caras, entre las que caracoleaban civiles a caballo.

Al enterarse el pueblo, había acudido en masa.

A media noche llegaron las parihuelas.

La fiebre del *Apéndice* era torera; *na*: ciento cinco grados.

Lola, al fin, dió tal empujón con sus espléndidas caderas a la puerta de la enferme-

ría, que ésta, arrancada de sus goznes, cayó toda entera sobre la cama del *As de Oros*.

El *Apéndice* sintió algo que no puede escribirse, y que tiene en el lenguaje una palabrita de expresión que...

Bueno. El caso es que Lola, sin reparar en ello, se abalanzó a su amante; y como las mujeres de sangre no reparan en *peñiyos*, le abrazó, le sobó y besó de tal manera, que abriéndosele los puntos de sutura, saltó la sangre en surtidores hasta el techo.

Había que oír aquel idilio.

—¡*Apendicito* mío!...

—¡Mardita sea la mar!

—¡Vidita de mi...!

—¡Un rególver! ¡Que me peguen un tiro!

Los monosabios le metieron en las parihuelas y cerraron el hule.

La sangre goteaba siniestramente.

Por llevar la camilla, se dieron de puñaladas seis hombres, de los que expiraron allí mismo cuatro.

El héroe, al ruido, sacó la cabeza y exclamó:

—¡A ver si *sus* estáis quietos!

El orden de marcha fué éste:

Un piquete de la guardia romanésca.

Dos filas de civiles a caballo.

Tres compañías de guardias bigotudos.

La camilla.

Lola.

Ciento dos síncope le dieron a Lola antes de llegar a casa.

Como tenían que avanzar muy despacio a causa de la concurrencia, llegaron a casa a las once de la mañana del día siguiente.

El pueblo estaba en conmoción.

Se enarenó la calle, prohibiendo el alcalde que pasara por allí algún coche, bajo la multa de uno de a veinticinco.

Los amigos del maestro.

Y como medio millón de acompañantes.

La sangre, cayendo de la camilla, dejaba un reguero horrible.

De la camilla salían ayes que partían el corazón.

V

Trescientos sesenta y cinco médicos estaban reunidos en torno de la cama del héroe.

—¡Pero quién ha curado a este hombre!— exclamaban...

El héroe ayeaba espantosamente.

La inflamación del vientre era tan inconcebible que con la cúpula llegaba casi al techo.

Aquello era inexplicable.

Por fin se decidieron a abrirle de nuevo.

—¡Pero quién ha curado a este hombre!— exclamaban sin cesar.

Cada dos minutos se daba un parte a la Prensa de la situación del herido.

El cartel pegado a la puerta era leído por millares de honrados ciudadanos ávidos de saber y de cultura.

En uno de ellos, colocado hacia las cinco de la tarde, un espectador indiferente hubiera podido leer lo que sigue:

«Abierto *Apéndice* cinco lados barriga se

ha encontrado esportón monosabios olvidado allí médico enfermería plaza. Inyecciones morfina héroe duerme. Cubos sangre cincuenta y cuatro. Lola come espárragos lata. Cuerno toro llegó corazón abriendo masa quinto boquete tapón corcho. Curará dos días. Corrida Pascua monstruo realizarse.»

Los periódicos publicaban ediciones incessantes, que eran materialmente devoradas.

La explicación de la cogida, dada por un famoso periódico profesional, que dirigía un fenómeno literario, se hizo merecidamente célebre. He aquí un fragmento de ella:

«El toro, que por cierto tenía en el anca el número 1.313, era un animal casi metafísico de puro sabido. El vaquero nos ha dicho que en la dehesa era el árbitro de los otros toros cuando había una cuestión. Su inteligencia era tan clara, que oyendo un día el pasodoble del *Gallo* se puso a marchar con arrobos de salero en sólo dos patas. Así es que no es de extrañar la cogida. En tercios del 2 ya dió una arrancada, de la que el diestro se libró echándose de cabeza en el callejón, como una carta en el buzón del correo. La faena de muleta, la más grande que se haya hecho desde la monumental del *Escarola*, en 1807, en Despeñaperros, le volvió zalamero, y como el *Apéndice* se dejó querer demasiado cayó en la red. El toro no tuvo más que ladear el cuerno un centígrado y él

sólo entró en las partes blandas. Creemos que si los pases, en vez de ser por bajo, hubieran sido por alto, con uno en redondo en tiempo de seis por ocho, la cogida hubiera sido inevitable, más aparatosa, pero menos terrible. En casos semejantes, Manuel Cornucopia, el *Cucurucho*, hacía lo siguiente, o miente el célebre libro del árabe Ismael Ben y Ben; alegraba al toro con un coleo previo, le humillaba con siete verónicas marca Cupido, le banderilleaba con cinco pares de medias en su sitio, y después, de un solo pase, pero excelentísimo, como un ministro, lo arreaba un sopapo de órdago en los rubios que lo volvía loco. La ignorancia en el arte del *Besugo Chico* es lo que trae las cogidas. Si los tales leyeran en la Biblioteca Nacional no les pasaría eso.»

Los telegramas sumaron la cantidad de cinco millones.

Se interesaban por el *Apéndice* todas las clases sociales, sobre todo la media, que como es media siempre está en medio.

La Marquesa de Punta en Blanco, que era muy flamenca y, por lo tanto, muy beata, le envió el siguiente telegrama:

«Pido Dios consérvete gloria España. Dedicote doscientas misas tres curas novenario San Marcos carta Papa impetrando Padre Santo luz. Cabeza toro disecada mandaré Museo Arqueológico.»

Una vez realizada la segunda cura pidió jamón con tomate, cangrejos, una guindilla y callos a la madrileña, que le fueron servidos de la clásica taberna del *Cerrojo Verde*, y se durmió.

Y se durmió cinco días.

Al cabo de los cuales despertó, sin sentirse el menor mal.

Aquella misma tarde salió a la calle:

Lola, llorando, se abrazaba a él, diciéndole:

—¿Pero, *Apendicito*, de qué cosa es tu carne?

El *As de Oros* contestó:

—De lo que sea.

—No salgas.

—Me da la gana.

—Te va a hacer daño la calle, monín.

—Necesito venganza.

—¿De quién, riquito?

—Del médico de la enfermería de la Plaza de Toros.

—¡Ah! Es verdad. ¡Mira que dejarte un se-rón dentro!

Salió a la calle vestido de persona.

La gente lo seguía.

Tomó un coche.

La gente lo seguía en coche.

Preguntó a un guardia dónde vivía el médico que lo había curado en la enfermería y el guardia le dijo:

—Calle de tal número cual.

Allí se dirigió. Llamó y entró. Y esperó.

En el recibimiento esperaba también una mujer.

Le daba a él en las narices haber visto aquella mujer en otra parte.

A la mujer lo mismo respecto de él.

Apéndice se acercó.

—¿Sois—la dijo—por un casual la querida del *Escorpión*?

—Era—contestó.

Apéndice se quedó mirando aquel cacho de gloria, vivo retrato de María Santísima.

—¿Y ya no lo sois?—interrogó el maestro.

—Nopi.

—¿Y por qué?

—Se murió.

—¿*Aonde*?

—Lo mató un toro de una en un ojo.

—¿Entonces estás otra vez soltera?

—Estoilo.

—¡Ay!

Ella se puso mansamente en sus rodillas.

El acarició, perverso y sabio, aquel tocino de cielo.

—¿A qué vienes aquí?

—A una venganza.

—Yo también.

—¿Tú también?

—A ver.

—¡Qué coincidencia tan coincidencia!

Un criado les mandó pasar.

Allí estaba el misterioso doctor en la misma posición en que el famoso *Lagartijo* recibiera a un célebre lord, es decir, lavándose los pies.

—¡Pero qué pies!

¿No recordáis los que de goma se ponen algunos clowns?

Pues un poco más largos.

Ella se estremeció. Aquellos pies habían sido su ruina.

El, acostumbrado a todo, entró como siempre, citando en corto.

—¿De modo, *so* tío asno, que me dejó un serón dentro?

—Sí—le contestó el otro, sacando un piecito y cortándose las uñas con un machete auténtico de la manigua.

—Supongo que me daréis una explicación.

—¿Técnica?

—No; ahora mismo.

—Pues os dejé el serón dentro—le dijo calmoso el médico, para que la gente tuviera que decir algo.

El *Apéndice* se quedó turulado.

El doctor continuó:

—Como los españoles no tienen en qué ocuparse y los toreros se curan al galope, quise que tuyieran asunto para conversar y leer.

—¿Y si reviento?

—No se sabe aún de un torero que se haya muerto.

Entonces ella, que se estaba mordiendo los labios, le dijo esto:

—¿Dónde habéis escondido mi hijo?

—¿Os interesa mucho?

—Como que soy su madre, *so* tío animal.

—Madre, según la naturaleza.

—Madre según *to*.

—Pero no madre según la ley.

—¡Claro! ¡Como que salió como los hongos!

—La ley...

—¡Leñel...

—La ley dice que los hijos tienen padres, y el tuyo no lo tiene.

Ella bajó la cabeza avergonzada. Era verdad; ignoraba quién había sido padre de aquel niño.

Entonces ella recordó que el *Escorpión* había sido picador de la cuadrilla del *Apéndice*. Y como del hilo se saca el ovillo y el pan de un grano, ella tuvo una revelación.

—¡Ah!—se dijo, dándose un golpe en la frente.

—¿Queréis saber quién es su padre?

—¿Quién?

—¡Este! ¡El *Apéndice*!

—Lo sabía—exclamó el galeno.

—¿Lo sabíais?

—Sí. Casi todos los hijos que no tienen padre son hijos de... Don Juan Tenorio.

El *Apéndice* recordó. Sí, era verdad. Y en su memoria apareció aquella noche de abandono y *juerguecita sorda*. El picador le trajo su querida y le dijo:

—Maestro: mira mi socia.

La socia, coima o furcia le dió un abrazo y *aluego* lo que necesariámente ha de pasar: el tributo, ¡ay!, a la débil y miserable naturaleza humana.

—Tres y tres, seis; y tres, nueve—murmuró *As de Oros*.

El doctor de la enfermería llamó a su criado, y le dijo:

—Tráete el frasco número trece mil trece.

El frasco llegó.

El doctor sacó de él un niño y se lo entregó.

Aquel niño estaba vivo.

Ella y él salieron.

En el portal ella, que era castiza, le dijo:

—No me vuelvo a separar de ti aunque me ahorquen.

—¿Y Lola?

—La matamos.

—Eso, no.

—¡Gallina!

—Lola no morirá.

—A Lola la mataré yo.

Ambos, conducidos por el Destino, que hace tan mal los dramas como los idilios, cual le pasaba a Echegaray I, llegaron a casa.

Lola estaba desnudándose, y su cuerpo macizo, de dos toneladas, fulgia, espléndido, a la luz rabiosa de un balcón abierto de par en par.

Ella dejó a su hijo en una butaca alfombrada con terciopelo de Utrech, o sea como están guarnicionadas las butacas en todas las novelas.

Se puso en jarras, escupió, y dijo:

—Aquí no hay más mujer que yo. De modo, que a la calle.

Lola miró alternativamente al *Apéndice*, al crío y a la sujeta que tenía delante.

Era una situación como para pegarse un tiro.

—No me explico... ese niño.

—Ese niño es hijo de ese.

Apéndice tembló de pies a cabeza, como tiemblan los héroes que tienen la cabeza en los pies.

Lola, que era más lista que un obispo famoso y muy flamenco, lo concibió todo en un momento.

Se vistió, y acercándose al *Apéndice*, le dijo:

—¿A quién he dejado yo por ti?

—A tu marido—contestó *As de Oros*.

—¿Qué dice la sociedad de mí, por tu causa?

—Que estás *mochales* perdía.

—¿No he perdido, pues, la honra?

—Y tan perdida.

—¿No se lava en España la honra con sangre?

—Sí.

—Pues ¡toma!

Y sacando una navaja que tenía en la liga, lo descabelló a pulso.

El *As de Oros* se desplomó como un caballo muerto.

Lola se acercó y dijo:

—Ha muerto sin necesidad de puntilla.

¡Pobre *As de Oros*!

Cuando volvió los ojos nadie había allí; ni el niño.

Lola miró al hombre que había querido tanto, y sus ojos se preñaron de lágrimas. Exclamó, rehaciéndose, sin embargo:

—¡De esta corná no lo libra ni Dios!

Y canturreando un aire flamenco, salió de la habitación en busca de su antiguo marido...

El silencio del crimen abría en la habitación la interrogación fulgurante de las cosas trágicas...

Lola, la española Lola, la hija de Carmen, bajaba las escaleras, cantando...

Oíase su voz metálica romperse en el ambiente como un cohete:

*¡Cuando una española mata,
ni Dios resucita al muerto!*

BIBLIOTECA HISPANIA



OBRAS PUBLICADAS

COLECCIÓN HISPANO-AMERICANA

Pesetas

<i>Primera parte de la Historia del Perú</i> , por Diego Fernández, el Palentino, to- mos I y II, cada volumen en 4.º.....	7,50
<i>Corona Mexicana.—Historia de los Motezu- mas</i> , por el P. Diego Luis de Motezu- ma, en 4.º, 512 páginas.....	7,50

COLECCIÓN ROSA PARA LAS FAMILIAS

<i>Genoveva</i> , novela, por Alfonso de Lamartine, 378 páginas en 8.º.....	3,00
<i>La Leyenda Dorada</i> (Vidas de Santos), por Jacobo de Voragine, tomos I y II, cada volumen.....	3,00
<i>Lámparas votivas</i> , poesías, por Francisco Villaespesa.....	3,00

SECCIÓN GENERAL

<i>Como buitres...</i> , por Manuel Linares Rivas.	3,00
<i>La fuerza del mal</i> , por Manuel Linares Rivas	3,50
<i>Obras completas</i> , por Manuel Linares Rivas.	

Tomo I: <i>La Cizaña, Aire de fuera, Porque sí.</i> — Tomo II: <i>El Abolengo, María Victoria, Lo posible.</i> — Tomo III: <i>La estirpe de Júpiter, Cuando ellas quieren... En cuarto creciente.</i> — Tomo IV: <i>La divina palabra, Bodas de plata.</i> — Tomo V: <i>Añoranzas, El idolo, Clavito,</i> cada tomo.	3,50
<i>Tapices viejos,</i> por Eduardo Marquina.....	3,50
<i>Frente al mar,</i> por José López Pinillos (Parmeno).....	3,00
<i>Coplas,</i> por Luis de Tapia.....	2,50
<i>Don José de Espronceda: su época, su vida y sus obras,</i> por José Cascales Muñoz...	4,00
<i>La Política de Capa y Espada,</i> por Eugenio Sellés.....	5,00
<i>La Negra,</i> por Pedro de Répide.....	1,00
<i>El horror de morir,</i> por Antonio de Hoyos y Vinent.....	1,00
<i>La Garra</i> (segunda edición), por Manuel Linares Rivas.....	3,00
<i>Barrio Latino,</i> por Federico García Sanchíz.	3,00
<i>La espuma del champagne,</i> por Manuel Linares Rivas.....	3,50
<i>La guerra palpitante</i>	3,00
<i>Una mancha de sangre,</i> por Joaquín Belda.	1,50
<i>El Monstruo,</i> por Antonio de Hoyos y Vinent	3,00
<i>La Cocina racional;</i> por Magdalena S. Fuentes.....	3,00
<i>Mi Venus,</i> por Joaquín Dicenta.....	1,00
<i>Fantasmas,</i> por Manuel Linares Rivas.....	3,00
<i>Fatal dilema,</i> por Abel Botelho, tomos I y II, cada volumen.....	2,50
<i>Años de miseria y de risa,</i> por Eduardo Zamacois.....	3,50
<i>Presentimiento,</i> por Eduardo Zamacois.....	1,50

<i>La Leona de Castilla</i> , por Francisco Villapespa.....	3,50
<i>El Paraíso de los solteros</i> , por Andrés González Blanco.....	1,00
<i>Al son de la guitarra</i> , por Federico García Sanchíz.....	2,00
<i>Tomínadas</i> , por Manuel Linares Rivas.....	3,50
<i>Una vida ejemplar</i> , por Diego San José....	1,50
<i>La enemiga</i> , por Darío Nicodemi.....	3,50
<i>El oscuro dominio</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent.....	1,00
<i>En camisa rosa</i> , por Felipe Trigo.....	3,50
<i>El crimen de Avellaneda</i> , por Atanasio Rívero.....	3,50
<i>Al margen de la vida</i> , por Baldomero Argente.....	2,00
<i>Más chulo que un ocho</i> , por Joaquín Belda..	1,00
<i>Rosalía Castro</i> , por Augusto González Besada.....	2,50
<i>Los cascabeles de Madama Locura</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent.....	3,50
<i>Los Lázaros</i> , por Abel Botelho.....	3,50
<i>Las noches del Botánico</i> , por Joaquín Belda.	2,00
<i>Como hormigas...</i> , por Manuel Linares Rivas.....	3,00
<i>El caso clínico</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent.....	0,95
<i>Jesús que vuelve</i> , por Ángel Guimerá.....	3,50
<i>La mujer española</i> , por S. y J. Álvarez Quintero.....	1,00
<i>La Procesión del Santo Entierro</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent.....	0,95
<i>La Providencia al quite</i> , por Eugenio Noel.	3,50

457

R.77/5/6



Suc. de Rivadeneyra, S. A.—Artes Gráficas.

Paseo de San Vicente, 20. — MADRID

EUGENIO NOEL

La
Providencia
al quite

G 61907